



*No amemos de palabra
sino con obras*

Índice

<u>Este número</u>	3
<u>Retiro</u>	5
<u>Formación</u>	16
<u>Comunicación</u>	29
<u>Vida salesiana</u>	32
<u>Pastoral Juvenil</u>	38
<u>La Solana</u>	44
<u>Familia</u>	53
<u>Apúntate a lo nuevo</u>	68
<u>Lectio divina</u>	74
<u>El Anaquel</u>	81
<u>La levedad de los días</u>	86
<u>150 portadas</u>	87

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000

Tercera época

Delegación Inspectorial de Formación

Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Samuel Segura, Juan José Bartolomé, Cándido Orduna, Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano e Isidro Lozano.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

► Este número

La misión en el corazón de la fe

Mateo González Alonso

El pasado domingo se ha celebrado por primera vez la jornada, instituida por el papa Francisco, dedicada a los pobres. Bergoglio pretende con esta jornada que en nuestra conciencia se produzca un fuerte llamamiento, de modo que estemos cada vez más convencidos de que compartir con los pobres nos permite entender el Evangelio en su verdad más profunda y de que los pobres no son un problema, sino un recurso al cual acudir para acoger y vivir la esencia del Evangelio. En su mensaje, que recogemos dentro de nuestro “**Anaquel**”, el Papa recuerda que no amemos de palabra sino con obras. Hemos de ofrecer así la cercanía sincera, la oración y la ayuda generosa y efectiva a tantas personas que, cerca y lejos de nosotros, sufren las muy variadas formas de pobreza que se dan hoy en nuestro mundo. De esta forma estaremos cumpliendo la Palabra de Dios que hoy escucharemos haciendo el elogio de quien sabe abrir sus manos al necesitado y tender sus brazos al pobre.

Con esta motivación iniciamos este nuevo número de forum.com, en el que también nos encontramos las secciones habituales. El “**Retiro**” rescata algunas pistas de un documento de referencia para la vida religiosa, *Caminar desde Cristo*. No faltan tampoco los apartados habituales dedicados a la “**Formación**” con un artículo que ofrece pautas cristianas para combatir un problema tan actual como la corrupción, la de “**Pastoral juvenil**” retoma nuevamente algunos aspectos del acompañamiento, como elemento de “**Comunicación**” comenzamos la publicación de un subsidio de 50 preguntas relacionadas con la cuestión de la “infoética” –los retos éticos en la sociedad de la información–, en la sección “**Familia**” el obispo de Teruel nos ofrece una visión teológica de la realidad

familiar o “**La solana**” dedicada a la vivencia de la vida consagrada desde la ancianidad o la enfermedad.

Continuamos, además, con las secciones inéditas de nuestra revista. Juan José Bartolomé nos ofrecerá la tercera etapa de itinerario de acompañamiento de Jesús en la nueva “**Lectio Divina**”, siempre con la mirada puesta en los temas del próximo Sínodo. Cándido Orduna, aporta una serie de claves evangélicas sobre cómo abrirse a la novedad que el contexto reclama a la vida religiosa en la sección “**Apúntate a lo nuevo**”.

Tampoco faltan las reflexiones de “**Vida salesiana**” de Carlos Rey ni las sugerentes anotaciones de la vida cotidiana de Isidro Lozano en la sección de cierre de la “**Levedad de los días**”. Continuamos también, con la tercera entrega, la exposición de un mosaico de las portadas de los 150 número de esta publicación para cerrar este número.

¡Buena lectura!

Meditación sobre la vida consagrada con "Caminar desde Cristo"

Patrick Griffin, CM

¿Sabían que uno de los argumentos utilizados contra Galileo era que si la tierra giraba alrededor del sol, deberíamos notar el movimiento? Está claro que no notamos nada, y hay razones para ello, pero me parece que es argumento de sentido común con el cual la mayoría de la gente estaría de acuerdo. La verdad en este asunto es que estamos constantemente en movimiento. Nuestro planeta gira sobre su eje; la tierra gira alrededor del sol; nuestro sistema solar gira alrededor de nuestra galaxia; y nuestra galaxia se mueve gracias al grupo de galaxias vecinas y así sucesivamente. Estamos en constante movimiento en todas direcciones y todos al mismo instante. Para hablar sólo de nuestro ser físico.

Cuando comenzamos a pensar en nuestra vida espiritual, podemos en primer lugar pensar que está en constante movimiento y es una cosa buena: no queremos permanecer congelados o movidos sencillamente por la costumbre, pero tampoco queremos estar en pleno desorden o en plena confusión en los esfuerzos que hacemos para ir hacia el Señor. La disciplina y la constancia son importantes. Sin embargo, también necesitamos reducir la velocidad, dedicar un tiempo al descanso y hacer distancia para repartir con una energía y una motivación renovadas.

Justamente nos encontramos al final del año y a comienzo del nuevo. Es el buen momento para hacer balance, verificar la velocidad y el rumbo. Es el momento favorable para dar gracias por todo lo que ha pasado y ser creativas en la manera de enfocar el futuro. Es una bendición tener la posibilidad de detenernos algunos instantes, hacer silencio, descansar y meditar; tal vez es un punto de partida para nuestro crecimiento continuo. Para ayudarlas en este momento, me gustaría ofrecerles algunas reflexiones sobre un documento de Iglesia del año 2002 en el que Juan Pablo II nos invita a recapitular e ir hacia delante a partir de un punto fijo en nuestro universo. Este documento se titula *Caminar desde Cristo, un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio*. Está citado en el Documento Inter-Asambleas y en otros escritos. El punto de partida es Cristo.

El documento *Caminar desde Cristo* contiene una maravillosa descripción de nuestra vida consagrada. "*Caminar desde Cristo*" significa proclamar que la vida consagrada es una *sequela Christi* especial, "*memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús*

como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos”. Esto comporta una comunión de amor particular con él, convertido en el centro de la vida y la fuente permanente de toda iniciativa. Es, como recuerda la Exhortación apostólica *Vita consecrata*, experiencia del compartir, “especial gracia de intimidad”; “identificarse con Él, asumiendo sus sentimientos y su forma de vida”, es una vida “afianzada por Cristo”, “tocada por la mano de Cristo, conducida por su voz y sostenida por su gracia” (nº 22).

Esta descripción con mucho colorido (pintoresca) está llena de expresiones evocadoras. Vamos a concentrar nuestra mirada sobre tres de entre ellas:

- seguir a Cristo
- hacer de Jesús el centro de nuestra vida
- acoger a Jesús como la fuente permanente de toda iniciativa.

1. La vida consagrada: un “seguimiento de Cristo”

Caminar desde Cristo recuerda que la vida consagrada “es especial *seguimiento de Cristo*“. En los Estados Unidos, y probablemente en muchos otros lugares, existe un juego llamado “el director de orquesta”. El objetivo del juego consiste en seguir al niño designado como “el director de orquesta” quien guía al grupo para todo un seguido de acciones que los otros niños deben imitar fielmente. La originalidad y la creatividad del director de orquesta añade gusto al juego. Los discípulos de Cristo son como estos niños que cumplen los mismos gestos que el director de orquesta.

Miramos a Cristo, su ejemplo y su manera de ser; nos esforzamos por expresar lo más fielmente posible que la realidad de su presencia en el mundo e invitamos a los demás a seguirle. Como dice san Pablo: “*Sed mis imitadores, como lo soy de Cristo*” (1 Co 11, 1). Sabemos que Jesús nos conduce. No sólo es el fin sino es que Él es el camino (Jn 14, 6).

En el Nuevo Testamento, los discípulos tienen por misión ilustrar las lecciones que Jesús enseñó. Respecto a esto, la manera de ser y hacer de Pedro es particularmente instructiva. Veamos tres ejemplos:

a) Pedro se adelanta

Generalmente, para seguir a alguien, nos quedamos detrás y miramos al guía. Pedro no estaba siempre cómodo con esta posición: “*Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día. Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: ” ¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso! ” Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ” ¡Quítate de mi vista,*

Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres! “ (Mt 16, 21-23)

Pedro se precipita para conducir las operaciones, como si dijera a Jesús la manera como debe llevar su vida y a donde debe ir. Jesús subraya su tentación de querer ofrecerle el camino de la facilidad y aconseja a Pedro que se comporte como un discípulo, es decir, que le siga. Su camino no es evitar el sufrimiento y la muerte. Lo mismo para nosotras, el sufrimiento y el don de nuestra vida son el camino para seguir a Cristo. Muchas de nuestras hermanas nos muestran este camino, algunas de entre ellas son testigos entre nosotras. Lo que es importante es seguirle con fidelidad y no evitar el sufrimiento.

b) Pedro queda a remolque

A veces, creemos que hemos identificado el camino; entonces queremos adelantarnos para continuar el camino e imponer el paso. Este no es el lugar del discípulo. Otras veces, nos encontramos en la situación contraria y estamos con retraso, dejando que Cristo se aleje delante de nosotros hasta que lo perdamos de vida y así cogemos un camino equivocado. De nuevo, Pedro pone en relieve esta realidad: después de la Cena, cuando Jesús fue detenido por las autoridades, Pedro queda a remolque: *“Entonces le prendieron, se lo llevaron y le hicieron entrar en la casa del Sumo Sacerdote; Pedro le iba siguiendo de lejos. Habían encendido una hoguera en medio del patio y estaban sentados alrededor; Pedro se sentó entre ellos. Una criada, al verle sentado junto a la lumbre, se le quedó mirando y dijo: “Este también estaba con él”. Pero él lo negó: “¡Mujer, no lo conozco!” Poco después, otro, viéndole, dijo: “Tú también eres uno de ellos.” Pedro dijo: “Hombre, no lo soy!” Pasada como una hora, otro aseguraba: “Cierto que éste también estaba con él, pues además es galileo.” Le dijo Pedro: “¡Hombre, no sé de qué hablas!” Y en aquel momento, estando aún hablando, cantó un gallo”* (Lc 22, 54-60)

Comprendemos la negación de Pedro en ese momento. Seguía a Jesús pero no de muy cerca para poder decir que lo conocía. También al decir: *“no lo conozco”* dice la verdad. Cuando alguien le dice que él es uno de los discípulos de Jesús, Pedro dice “No lo soy” y entendemos ahí una parte de la verdad.

No lo ha seguido con bastante fuerza para confirmar que él es un discípulo. Finalmente, cuando es acusado de ser “con Jesús”, Pedro dice con sinceridad: *“No entiendo lo que me quieres decir.”* No está preparado para levantarse y ser contado entre los discípulos de Jesús. En efecto, tiene miedo (es un miedo perfectamente comprensible) y no comprende verdaderamente a Jesús. Puede parecerse a uno de sus discípulos y hablar como ellos, pero todavía no está preparado para serlo. Y nosotros, ¿la gente se equivoca al tomarnos por discípulos de Jesús? Miran la manera como vamos vestidos y las palabras que pronunciamos y los lugares en los que vivimos, algunas cosas que hacemos y dicen: “Es una de sus discípulos” pero, ¿Percibimos la verdad de esta identificación? ¿miramos a Jesús con la seguridad que seguimos su ejemplo? ¿Es posible que Cristo haya escogido una dirección diferente para nuestra vida y nos hemos quedado en retraso? Es una cuestión verdadera. Es importante ser

fieles a lo que se nos pide en la vida consagrada: vida de oración, de servicio y de comunidad, viviendo nuestra vida a ejemplo de Cristo y no sólo observando un reglamento. Actuar con amor, es un compromiso personal y no sólo un deber que hay que cumplir.

“Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha” (1 Co 13, 1-3)

La elocuencia, el conocimiento, la fe, la generosidad, la acción, todas son importantes, pero si ellas no se realizan con amor, no tienen sentido. Para nosotros, “cumplirlas con amor”, designa las expresiones de nuestro seguimiento y servicio de Jesús. En nuestro caminar y en lo que hacemos, tengamos los ojos fijos en Jesús. Hay un dicho que dice “Si guardáis la regla, ella os guardará”. Es una sabiduría limitada que debe ser interpretada y utilizada de manera apropiada. Caminamos a ejemplo de Cristo y no a ejemplo de una regla. Al acercarnos al final de este año, podemos dedicar un tiempo para detenernos y preguntarnos, ¿dónde nos encontramos en nuestro recorrido?

¿Nos hemos precipitado para adelantar a Cristo, seguros de saber a dónde íbamos y seguros de nuestras decisiones? ¿Nos hemos quedado atrasados, seguros que el hecho de ser fieles a lo que creemos era el camino a seguir? En los dos casos ¿perdimos de vista a Cristo, aunque no fuera esta nuestra intención? Hay que recordar que somos discípulos y lo que esto exige de nosotros. Para comenzar este nuevo año, caminemos desde Cristo.

c) Pedro mira a su alrededor

Teniendo en cuenta a Pedro por tercera vez, aprendemos una nueva lección gracias a su experiencia del Señor resucitado. Jesús se levantó de entre los muertos y dio a Pedro la oportunidad de decirle, por tres veces seguidas que le amaba. Jesús dice a Pedro que su seguimiento le conducirá a la muerte. Ahora, Pedro está preparado para aceptar esta realidad. Sin embargo, Pedro todavía se distrae: *“Pedro se vuelve y ve siguiéndoles detrás, al discípulo a quién Jesús amaba, que además durante la cena se había recostado en su pecho y le había dicho: “Señor, ¿quién es el que te va a entregar?” Viéndole Pedro, dice a Jesús: “Señor, y éste, ¿qué?” Jesús le respondió: “Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú, sígueme” (Jn 21, 20-22)*

Incluso en medio de su compromiso por seguir a Jesús decididamente y con amor, Pedro se preocupa de la manera cómo otra persona va seguir a Jesús. Jesús lo devuelve claramente a su realidad: no tiene que preocuparse por la manera cómo esta otra persona será llamada a seguirle. ¡Lo que tienes que hacer, es seguirme! Podríamos pensar que Pedro aprendió algo del incidente en el que *“lo vieron caminar*

sobre el mar,” (Mt 14, 26), pero, como nosotros, le debemos recordar y animarle sin cesar a prestar atención a Jesús.

Esta primera imagen nacida de *Caminar desde Cristo* posee importantes connotaciones bíblicas, como podemos verlo. Como personas consagradas, estamos llamadas a ser discípulos de Cristo y observadores los unos de los otros. No nos tenemos que medir con los demás, sino en Cristo, al que queremos seguir de cerca, el que nos adelanta en el camino.

2. La vida consagrada: hacer de Jesús el “centro de nuestra vida”

Caminar desde Cristo significa también que la persona consagrada hace de Jesús el “centro de su vida”. El “seguimiento de Cristo” es una imagen que orienta nuestra atención hacia el exterior, estar “centrados en Cristo”, focaliza nuestra atención hacia el interior. El centro de un objeto no se encuentra nunca en el exterior. El centro es lo que es único, profundo y factor de equilibrio. Jesús es el centro de nuestra vida consagrada.

a) El centro es único

Jesús debe ser este único centro de nuestra vida. Todo viene de él y todo vuelve a él. Jesús lo recuerda a sus discípulos: *“Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero.”* (Lc 16, 13)

Cuando una persona hace de Jesús el centro de su vida, no hay más lugar para otro motivo de atención u otro valor en los más profundo de su ser. El seguimiento de Cristo no permite ningún otro compromiso, ni de seguir dos caminos a la vez. Jesús es el único centro, el único punto de partida.

En el Antiguo Testamento, esta realidad es afirmada repetidas veces por la insistencia sobre la singularidad y la unicidad del Dios de Israel. Así, en el profeta Isaías: *“Yo soy Yahveh, no hay ningún otro; fuera de mí ningún dios existe. Yo te he ceñido, sin que tú me conozcas, para que se sepa desde el sol levante hasta el poniente, que todo es nada fuera de mí. Yo soy Yahveh, no ningún otro ”* (Is 45, 5-6)

Cualesquiera que sean las distracciones que forman parte de nuestra vida, cualquier cosa que pueda atraer nuestra atención en diversas direcciones, existe esta exigencia de ponerlas de lado y meditar sobre la única verdad: Dios es Dios y no hay otro. Dios debe ser el centro de nuestra vida.

Hemos oído hablar de la práctica de la “oración centradora o recentrante”. Esta oración tiene su origen en el clásico espiritual titulado *“La Divina Nube de lo Desconocido”* y ha conocido una seria renovación a lo largo de estos últimos años. En

el centro de esta oración se encuentra una invitación a guardar a Dios en el centro de su vida y de su oración sin ninguna distracción ni otros valores. Me gusta como esta noción está expresada en un versículo de los Salmos: *“¡Basta ya; sabed que yo soy Dios, excelso sobre las naciones, sobre la tierra excelso!”* (Salmo 45, 11)

Jesús es para nosotros el centro de la vida. Se alcanza lo esencial sin agitarse, ni buscando muchas informaciones y clarificaciones, sino dejando que Jesús sea el centro absoluto de nuestra vida, que da sentido y orientación a todo. Jesús nos recuerda: *“Mientras iban caminando, uno le dijo: ‘Te seguiré adondequiera que vayas.’ Jesús le dijo: ‘Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.’ A otro dijo: ‘Sígueme.’ El respondió: ‘Déjame ir primero a enterrar a mi padre.’ Le respondió: ‘Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios.’ También otro le dijo: ‘Te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa.’ Le dijo Jesús: ‘Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.’* (Lc 9, 57-62)

Tener a Jesús en el centro de su vida hace relativizar los otros valores. Todo debe medirse en su relación al centro y todo lo que de ello se desvía debe ser apartado. La vida consagrada tiene por único centro a Cristo, y debe dar testimonio de él.

La imagen de la piedra angular expresa también la medida de esta verdad para nosotros: *“Y Jesús les dice: ‘¿No habéis leído nunca en las Escrituras: La piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido; fue el Señor quien hizo esto y es maravilloso a nuestros ojos’* (Mt 21, 42)

Esta imagen reconoce la centralidad de Cristo de una manera diferente. La piedra angular en un edificio es la piedra de fundación puesta con cuidado sobre la que las otras piedras del edificio son alineadas. Da la dirección y la orientación al conjunto de la estructura. Para nosotros, Cristo es esta piedra angular. A partir de Él, todo el resto recibe su importancia y su atención. Él es a partir de quien todo el resto recibe su medida y su orientación.

b) El centro es profundo

El centro se encuentra en lo más profundo de nosotros mismos. No lo buscamos en el exterior ni en la periferia sino en el interior, en profundidad, allí donde todo el resto recibe su unidad. Cuando dejamos a Cristo ser este centro, estamos de verdad presentes en el instante presente.

Cuando vamos por primera vez a una ciudad, nos sentimos perdidos y buscamos un punto de referencia, un lugar que nos sirva de centro. Puede ser una iglesia, un parque o una plaza y cuando nos encontramos allí, sabemos dónde nos encontramos y nos podemos poner en marcha hacia cualquier dirección, encontraremos siempre nuestro camino. Así es Cristo para nosotros en nuestra vida.

Cuanto más avanzamos en el conocimiento y la vida en profundidad en Cristo, más nos adentramos en *“mar adentro”* (Lc 5, 1-11). Jesús anima a los discípulos a ir hacia

este centro y les compensa sus esfuerzos. Cuando meditamos la Palabra de Dios con más atención, cuando adoramos al Señor en su presencia sacramental con una mayor veneración, cuando hacemos frente a nuestro pecado con más conciencia, avanzamos más profundamente hacia el centro de nuestro corazón donde deseamos ardientemente estar unidos al corazón de Cristo, en el más profundo de nuestro ser de personas consagradas.

c) El centro favorece el equilibrio

Un malabarista sabe que el equilibrio de un objeto o de un ser consiste en centrar su peso de manera apropiada.

Si una persona consagra demasiado tiempo y esfuerzos en una dirección o en otra, entonces se desequilibra. Toda persona debe instaurar relaciones adaptadas entre el trabajo y la oración, entre la toma de palabra y la escucha, entre la acción y el descanso. Al poner a Cristo en el centro, sabemos reconocer lo necesario que es ponerse a parte e ir con el Señor y escucharle. Con Cristo en el centro, reconocemos cuando es el tiempo de actuar o el de ser paciente. Con Cristo en el centro, sabemos cuándo tenemos que hablar. Estar centrados en Cristo nos ayuda a identificar los desafíos en nuestra vida y responder de una manera sana y adecuada. Encontramos el buen equilibrio.

Recordemos el relato del joven rico: *“Se ponía ya en camino cuando uno corrió a su encuentro y arrodillándose ante él, le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?” Jesús le dijo: “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. Ya sabes los mandamientos: No mates, no cometas adulterio, no robes, no levantes falso testimonio, no seas injusto, honra a tu padre y a tu madre.” El, entonces, le dijo: “Maestro, todo eso lo he guardado desde mi juventud.” Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: “Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme.” Pero él, abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes”* (Mc 10, 17-22)

Este relato no es el de un hombre malo sino el de un hombre que se esfuerza por hacer lo que es justo cada vez que pueda. Pero es alguien que no deja a Jesús ser el centro de su vida, porque otra cosa ocupa ya este lugar. No sabemos cuáles son las disposiciones finales de este hombre; tal vez llegará a liberarse de su gran necesidad de posesión y más tarde seguirá a Jesús. No debemos dejar que su debilidad particular nos distraiga del fin de este relato. Si viniéramos al Señor y le pidiésemos lo que debemos hacer, puede ser que nos diga otra cosa. En nuestras vidas, la abundancia no es tal vez el problema que nos hace perder el equilibrio, sino que puede ser nuestro deseo de ser siempre perfectos a los ojos de los demás, o la dificultad de conceder el perdón a los que nos han herido, etc...sin ninguna duda, hay aspectos en nuestras vidas que nos impiden dejar a Jesús ocupar una posición central y así, encontrar nuestro equilibrio.

Jesús nos mira con amor pero a menudo, estamos tristes debido a estas cosas que no estamos dispuestos a renunciar. ¿Conocen este autoadhesivo en el que está escrito: “no podéis hacer que Jesús ser el rey de vuestra vida al menos que abdicuéis”? Jesús no puede ser el centro de nuestra vida mientras no hayamos renunciado a lo que actualmente ocupa nuestro corazón.

Con Cristo en el centro, podemos caminar desde lo que está en lo más profundo y que hace la unidad de toda nuestra vida. Puesto que este año se termina, podemos examinar nuestra conciencia para saber si nos permitimos o no a alguna cosa o a alguien ocupar esta posición central en nosotros. ¿Tal vez hayamos dejado un poco de lado a Cristo para alcanzar más fácilmente otros objetivos? Como personas consagradas, caminar desde Cristo, restaura a Jesús como el único centro de nuestra vida, dándole su profundidad y su equilibrio.

3. La vida consagrada: acoger a Jesús como la “fuente permanente de toda iniciativa”

Los escritores, los artistas, los poetas, y otros creadores a menudo hablan de quien les concede la inspiración a su trabajo y les sostiene en el cumplimiento de su arte. *Caminar desde Cristo*, describe a Jesús en esta función para la persona consagrada: él es la “fuente permanente de toda iniciativa”. Si “el seguimiento de Cristo” para un observador exterior, es una manera de describirla por un compromiso interior, tal vez podemos utilizar la imagen de una “fuente permanente de toda inspiración” como una manera de describir la vida consagrada que une estos dos elementos. Cristo es el punto de partida y la inspiración que motiva todas nuestras acciones.

Tomar a Cristo como “la fuente de toda iniciativa” exige que conozcamos bien a Cristo y que estemos preparadas para actuar como Él, lo que San Pablo llama “revestirse del espíritu de Cristo”.

“Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz” (Flp 2, 5-8).

San Pablo invita a la comunidad y también a nosotros, a revestir el espíritu de Cristo, lo que implica el descentramiento, la humildad, el servicio y la obediencia –tantas expresiones habituales de nuestros santos fundadores. *“Y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Ga 2, 20)*

El Espíritu Santo sigue guiando la iglesia actual, como lo hizo durante su fundación; este Espíritu nos ayuda a comprender lo que Jesús enseña.

“Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho “ (Jn 14, 26)

El Espíritu sigue conduciéndonos partiendo de Cristo; nos enseña con más profundidad lo que Jesús dijo e hizo. Nos transforma en nuestro modo de seguir el Evangelio y nuestro carisma.

Las nuevas obras realizadas por la Compañía no son las que hubiéramos escogido por nosotros mismos. El Espíritu nos conduce por las necesidades de los pobres, las orientaciones de la Iglesia, la fuerza de nuestro carisma y lo que comúnmente llamamos los signos de los tiempos. El Espíritu nos ayuda a ser creativos y valientes en estas decisiones para avanzar en el camino de Cristo.

En el Nuevo Testamento hay muchas imágenes que resaltan a Cristo como la fuente. Veamos dos de ellas:

a) Cristo es la viña, nosotros somos los sarmientos

“Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada.” (Jn 15, 4-5)

Esta imagen tomada de la naturaleza nos dice una gran verdad. Para estar verdaderamente vivo y portador de vida, un sarmiento debe estar unido a la viña. Si separamos uno del otro, el sarmiento puede todavía parecer verde y muy vivo durante un corto período, pero ya está muerto. El único medio por el cual un sarmiento vive, es gracias al vínculo sólido a la viña, de la que recibe su alimento y su fuerza. Ocurre lo mismo con nuestra relación a Cristo: si no estamos unidos a él, no podemos estar de verdad vivos en el Espíritu y capaces de ser portadores de vida. Sin Él, como el sarmiento, rápidamente nos secamos y morimos. Y no habrá fruto.

La imagen de la viña la encontramos en el discurso de la última Cena del Evangelio de Juan, en la que Jesús enseña a los discípulos el carácter inmanente de la presencia de Dios: *“Y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad [...] “Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14, 16-17.23)*

El Dios trinitario permanece entre nosotros y nos da la vida y la fuerza. Siendo receptivas a esta presencia, llevamos la vida a nuestro mundo como a nosotros mismos. Damos fruto.

Unido a la viña, el sarmiento crece, florece y da fruto. Es el carácter continuo de esta imagen que lo hace tan poderosos. El sarmiento obtiene su alimento y su orientación de la viña; después, la viña alimenta los racimos de uva. Nosotros lo mismo: obtenemos nuestro alimento y nuestra orientación de Cristo que permanece en nosotros.

b) Cristo es la fuente del agua que da vida

“Jesús le respondió: “Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna” (Jn 4, 13-14).

La imagen del agua que da la vida y que procede de Dios es bastante corriente en el Antiguo Testamento. En una de las visiones de Ezequiel, el profeta ve un gran torrente que proviene del Templo del Señor: *“Entonces me dijo: “¿Has visto, hijo de hombre?” Me condujo, y luego me hizo volver a la orilla del torrente. Y a volver vi que a la orilla del torrente había gran cantidad de árboles, a ambos lados. Me dijo: “Esta agua sale hacia la región oriental, baja a la Arabá, desemboca en el mar, en el agua hedionda, y el agua queda saneada. Por dondequiera que pase el torrente, todo ser viviente que en él se mueva vivirá. Los peces serán muy abundantes, porque allí donde penetra esta agua lo sana todo, y la vida prospera en todas partes adonde llega el torrente. A sus orillas vendrán los pescadores; desde Engadí hasta Eneglayim se tenderán redes. Los peces serán de la misma especie que los peces del mar Grande, y muy numerosos. Pero sus marismas y sus lagunas no serán saneadas, serán abandonadas a la sal. A orillas del torrente, a una y otra margen, crecerán toda clase de árboles frutales cuyo follaje no se marchitará y cuyos frutos no se agotarán: producirán todos los meses frutos nuevos, porque esta agua viene del santuario. Sus frutos servirán de alimento, y sus hojas de medicina” (Ez 47, 6-12)*

El agua aporta la frescura, la limpieza, la curación y el alimento. Ella es una fuente de vida para todos. El libro del Apocalipsis (22, 1-2) contiene el mismo tipo de imágenes, pero allí, a aguas brotan del trono del Dios y del Cordero.

Jesús es la fuente de agua que da la vida. En el corazón de toda persona, hace brotar la vida eterna. Así, cuando la Compañía o cada Hija de la Caridad busca saber a dónde ir y cómo crecer, Cristo le da el impulso y el alimento. Cuando contamos con la vida de Cristo y estamos atentos a la manera de actuar, encontramos ahí el modelo de nuestras iniciativas. Cuando vemos cómo nos aporta su ánimo y afirma a los que escogen seguirle, entonces sabemos de qué fuerza nos alimenta para cumplir nuestra misión. Caminar desde Cristo en nuestro servicio nos une a la fuente verdadera y permanente de todo servicio realizado con amor.

Conclusión

Caminar desde Cristo es una maravillosa manera de decir, en pocas palabras, que Cristo debe estar siempre en el centro de nuestras esperanzas y actos. A veces, estamos tan acostumbrados al trabajo, que nos olvidamos que estamos al servicio de Cristo. Perdemos de vista nuestra consagración personal al aspirar a la productividad y a la eficacia. Este documento de la Iglesia nos invita a recordar lo más importante:

“Caminar desde Cristo significa reencontrar el primer amor, el destello inspirador con que se comenzó el seguimiento.” (RDC 22)

Las imágenes utilizadas hoy nos invitan a tomar los medios para ser verdaderos discípulos de Cristo, mujeres que ponen a Cristo en el centro de su vida, toman a Cristo por modelo y se apoyan en su presencia constante.

Nuestras vidas están siempre en movimiento. Hoy, el Señor nos brinda la oportunidad de detenernos y hacer balance para caminar desde Cristo.

Formación

¿La conversión del corazón y la ética democrática, antídoto contra la corrupción?¹

María Teresa Compte Grau, UPSA (Madrid)

Introducción

El título de este artículo introduce el término antídoto. En el diccionario de la RAE, antídoto se define como

1. Medicamento contra un veneno.
2. Medicina o sustancia que contrarresta los efectos nocivos de otra
3. Medio preventivo para no incurrir en un vicio o falta.

El veneno, la sustancia nociva y el vicio son, sin lugar a dudas, la corrupción. ¿Cuál es el mejor antídoto? Sin lugar a dudas la transparencia. No pretendo refutar con esto el título que vosotras mismas habéis dado a esta ponencia, sino subrayar que la conversión del corazón y la ética democrática como antídotos contra la corrupción solo serán verdaderos antídotos si alimentan la transparencia y vencen la opacidad y la impunidad que son el cultivo idóneo en el que crece la corrupción.

La cuestión que nos ocupa y el ámbito en el que nos movemos nos lleva a pensar la corrupción desde la DSI y, por lo tanto, desde el encuentro de las exigencias del mensaje evangélico con los problemas que surgen en la vida de la sociedad (LC 72).

Situarnos desde la Fe en este ámbito que es de diálogo con el mundo y con las ciencias que nos permiten conocerlo nos lleva a fijar nuestra atención en la realidad desde el método ver-juzgar-actuar que es “el “método” con que actuamos en la Iglesia, tanto en las pequeñas asambleas como en las grandes. No es sólo una cuestión de modo de proceder; es el resultado de la misma naturaleza de la Iglesia, misterio de comunión con Cristo en el Espíritu Santo”².

Hablamos, pues de un modo de proceder que *ve* la realidad para conocerla en profundidad, que *juzga* para analizar los hechos a la luz de la Fe, para ayudar a tomar

¹ Encuentro de la región europea de la UMOFC, Madrid 17 al 20 de marzo de 2017.

² Homilía Benedicto XVI, Viaje apostólico a Brasil con ocasión de la V Conferencia General CELAM y del Caribe. Misa de inauguración de la V conferencia del CELAM 13 de mayo de 2007.

conciencia del pecado personal y estructural y para profundizar en la Buena Noticia, y que actúa en la realidad para transformarla en orden al plan de Dios.

Me gustaría comenzar nuestro recorrido a partir de uno de los cuatro criterios con los que Francisco ilustra el modo de acción de la Iglesia en el mundo: la realidad es más importante que la idea (EG 231-233). Este principio supone “evitar diversas formas de ocultar la realidad: los purismos angélicos, los totalitarismos de lo relativo, los nominalismos declaracionistas, los proyectos más formales que reales, los fundamentalismos ahistóricos, los eticismos sin bondad, los intelectualismos sin sabiduría. La idea —las elaboraciones conceptuales— está en función de la captación, la comprensión y la conducción de la realidad. La idea desconectada de la realidad origina idealismos y nominalismos ineficaces, que a lo sumo clasifican o definen, pero no convocan. Lo que convoca es la realidad iluminada por el razonamiento. Hay que pasar del nominalismo formal a la objetividad armoniosa. De otro modo, se manipula la verdad, así como se suplanta la gimnasia por la cosmética.

Pues bien, atender a la realidad nos obliga a estar pendientes de lo que acontece y de los modos cómo las sociedades en las que vivimos protagonizan y aprehenden esa realidad.

Decía Pablo VI que el diálogo Iglesia-Mundo pasaba por un encuentro que llevara al reconocimiento y desde allí al amor. La *Ecclesiam Suam* es crucial para el tema que nos ocupa. Como lo es, a mi entender, el Discurso que Benedicto XVI dirigió al Colegio de Escritores de la *Civiltà Cattolica* el 17 de febrero de 2006. Abrir la cultura actual a las verdades de la fe cristiana y hacerlo sin espíritu polémico es nuestro desafío. Para eso hay que regresar, les decía Benedicto XVI a los jesuitas, a los signos de los tiempos. Lo mismo recordaba el Cardenal Cottí en la celebración del 50 Aniversario de la GS durante el Simposio convocado por el Pontificio Consejo Justicia y Paz. La Iglesia debe, pues

1. Escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza (GS 4).
2. Discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas. El Concilio se propone, ante todo, juzgar bajo esta luz los valores que hoy disfrutan la máxima consideración y enlazarlos de nuevo con su fuente divina. Estos valores, por proceder de la inteligencia que Dios ha dado al hombre, poseen una bondad extraordinaria; pero, a causa de la corrupción del corazón humano, sufren con frecuencia desviaciones contrarias a su debida ordenación. Por ello necesitan purificación (GS 11)

Si hay que leer y releer una y mil veces los signos de los tiempos, y si la realidad es más que la idea habrá que ir una y mil veces a la realidad no solo para conocerla, sino para amarla porque en ella está Dios y porque es precisamente esa realidad la

mediación entre la Promesa y el Cumplimiento, el lugar de la Encarnación, el tiempo y la historia en las que Dios sigue encarnándose.

Una mirada a la realidad

Los fenómenos de corrupción por los que hoy queremos preguntarnos acontecen en un mundo que denominamos global.

La globalización es, entre otras cosas, relaciones transnacionales marcadas por la interdependencia entre actores distintos que se relacionan más allá de los niveles nacionales y regionales. Esta tendencia, de la que Juan XXIII habló en la *Mater et Magistra* con el término mundialización y de la que había hablado ya en 1931 Pío XI al referirse a la mundialización de la economía industrial hace que se multipliquen las relaciones y que sea necesario institucionalizar la coordinación entre los diferentes actores de la sociedad transnacional.

La globalización llega a todas las dimensiones de la acción humana y se manifiesta en lo económico, lo político, el ámbito del derecho, la ecología y lo cultural. Es por lo tanto un fenómeno plural y ambivalente hasta el punto que raya lo paradójico.

Lo más conocido de la globalización es la internacionalización de los mercados financieros y el comercio de los bienes y servicios con la consiguiente división del trabajo propia de este nuevo entramado de relaciones de competencia.

El capital tiene alas, dicen los expertos, está absolutamente desterritorializado, escapa al control de los Estados nacionales y, no solo eso, sino que escapa al control de las propias instituciones financieras porque los negocios se hacen por teléfono o a través de plataformas digitales. Si esto es posible es, precisamente, porque se ha producido un avance tecnológico que ha llevado a una alianza entre sociedad de la información y mercado, similar a la que se estableció entre capitalismo e industrialización y de la que Pío XI habló en *Quadragesimo Anno*. La diferencia es que en ese caso la alianza entre capitalismo e industrialización iba de la mano de los Estados Nacionales que se convirtieron tras la crisis del 29 del siglo pasado en los garantes del mercado y de su expansión. Hoy, las cosas ya no son así. El Estado Nacional no tiene poder coactivo ni puede ofrecer a los mercados las herramientas que este precisa para expandirse. Lo que hace, a día de hoy, que el poder político pierda su naturaleza coactiva y no pueda “entrometerse” en las relaciones entre élites transnacionales.

Los estados nacionales han estado históricamente ligados a un territorio delimitado por fronteras, vinculados a sociedades-nacionales más o menos homogéneas, caracterizados por un poder coactivo que en la tradición occidental se ha ido conformando como gobierno representativo y como sistemas institucionales cuyas funciones han crecido gracias, al menos en el mundo occidental, en forma de estado del bienestar.

La necesidad de cooperación en el plano internacional obliga hoy a los Estados a una mayor coordinación y gestión conjunta de políticas a las que ya no pueden hacer

frente en soledad: defensa, protección del medio ambiente, seguridad, lucha contra el crimen organizado, cooperación frente a la economía criminal, cooperación frente a los delitos de tráfico ilegal y trata de seres humanos son algunas de las cuestiones que reclaman la acción conjunta de los Estados. Sobre todo porque, no debemos olvidarlo, hoy son legión los grupos que operan a escala internacional al margen de la ley.

Para esto, los Estados hoy deben aprender a coordinarse con otros y caminar hacia la cooperación internacional para gestionar mejor las interdependencias globales y, algo muy importante, deben aprender a gobernar con la sociedad incorporando a los actores sociales en los procesos de toma de decisiones. Quizás lo que hoy esté en crisis sea el modelo jerárquico clásico de Gobierno y sea preciso socializar, un poco más, la política. Ayer fueron las masas las que irrumpieron para quedarse y hoy son las organizaciones de la sociedad civil las que solo incorporándose al proceso político de toma de decisiones, ya sea en los ámbitos nacionales como en los ámbitos de integración regional, dejarán de ser grupos de presión y, por lo tanto, representantes de intereses de parte. El reto está en evitar la fragmentación que lleva a la pugna entre intereses de parte para promover la integración que lleva a coordinar intereses plurales al servicio del todo.

La corrupción es uno de los fenómenos transnacionales de este mundo globalizado en el que vivimos y con toda seguridad es uno de los fenómenos que más y mejor demuestra la necesidad de la cooperación internacional no solo entre Estados y Organismos gubernamentales, sino con Organizaciones no gubernamentales y con la sociedad civil.

La lucha internacional contra la corrupción

Cuando en el año 2000 se suscribió en Palermo la Convención de Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional, la comunidad internacional reconoció que dado que la delincuencia atraviesa las fronteras, lo mismo ha de hacer la acción de la ley³.

“Si el imperio de la ley se ve socavado no sólo en un país, sino en muchos países, quienes lo defienden no se pueden limitar a emplear únicamente medios y arbitrios nacionales. Si los enemigos del progreso y de los derechos humanos procuran servirse de la apertura y las posibilidades que brinda la mundialización para lograr sus fines, nosotros debemos servirnos de esos mismos factores para defender los derechos humanos y vencer a la delincuencia, la corrupción y la trata de personas”.

La Convención se refería a la dicotomía civil-incivil para explicar el límite que separa la tolerancia, el pluralismo y el respeto, los grupos de ciudadanos, empresas, sindicatos, profesores y periodistas, los partidos políticos y demás grupos que desempeñan una función esencial en el funcionamiento de toda sociedad, de los terroristas, criminales, traficantes de drogas, tratantes de personas y otros grupos que desbaratan las buenas obras de la sociedad civil.

³ Resolución 55/25 de la Asamblea General, (15-11-2000).

Lo incivil, apuntaba la Convención, “saca ventaja de las fronteras abiertas, de los mercados libres y de los avances tecnológicos que tantos beneficios acarrearán a la humanidad. Esos grupos prosperan en los países con instituciones débiles y no tienen escrúpulos en recurrir a la intimidación o a la violencia. Su crueldad es la verdadera antítesis de lo que consideramos civil. Son poderosos y representan intereses arraigados y el peso de una empresa mundial de miles de millones de dólares; pero no son invencibles”.

El guante fue recogido y se creó en el seno de Naciones Unidas un Comité Especial que trabajó hasta la redacción y aprobación de la Convención de Naciones Unidas contra la corrupción. En esta misma línea de trabajo se desarrollaron la Conferencia Internacional sobre la Financiación para el Desarrollo (18 al 22 de marzo en Monterrey, México), la Cumbre de la Tierra (26 de agosto al 4 de septiembre de 2002 en Johannesburgo, África del Sur) y la Conferencia política mundial para la firma de la Convención de Naciones Unidas contra la corrupción (9 al 11 de diciembre de 2003 en Mérida, México).

La corrupción, tal y como se aborda en los documentos citados, es abuso de poder en beneficio propio, ya sea a gran escala o a menor, es abuso de confianza, manipulación de políticas, instituciones y procedimientos en la asignación de recursos y financiación por parte de los responsables de las decisiones políticas quienes abusan de su posición para conservar poder, estatus o patrimonio. Se trata de un fenómeno maligno que dificulta el buen gobierno, afecta especialmente a los pobres, desvía fondos, socava la acción de las instituciones y atenta contra su valor, incrementa las desigualdades y la injusticia, atenta contra la estabilidad y la seguridad, desalienta la inversión, atenta contra la democracia y los valores de igualdad y libertad, afecta a la ética y a la justicia, atenta contra el desarrollo y el imperio de la ley. Los vínculos entre corrupción, delincuencia organizada y blanqueo de capitales compromete a los Estados, lo que convierte a este fenómeno en un flagelo que atenta contra valores como la honestidad y el respeto a la ley, y que solo puede ser enfrentado cumpliendo con la obligación de rendir cuentas y con la transparencia.

La naturaleza poliédrica y transnacional de la corrupción nos obliga a tratar este fenómeno desde un enfoque interdisciplinar, al tiempo que nos sugiere, como ya hemos apuntado, la necesidad de fortalecer la lucha cooperativa entre Estados, sociedad civil y organizaciones no gubernamentales, organizaciones de base comunitaria, personas y grupos, tanto en los ámbitos nacionales, internacionales como transnacionales.

En el ámbito europeo, la Comisión Europea aprobó en 2011 un paquete de medidas de lucha contra la corrupción. En este sentido hay que señalar que el tratamiento que la UE da a este fenómeno es extenso, en la medida en que los organismos de la UE, desde el Parlamento al Comité Económico y Social pasando por el Consejo de Europa, están comprometidos en la lucha contra la corrupción a gran escala y a menor escala. En la línea del Tratado de Funcionamiento de la UE reconocen que la corrupción es un crimen muy serio contra el que los Estados no pueden luchar solos y demandan que la lucha contra la corrupción asuma el rango de política pública, especialmente en un contexto de crisis financiera que ha puesto en apuros a los

ciudadanos y a los gobiernos y que obliga a incrementar los estándares de integridad y transparencia

La lucha contra la corrupción en un mundo globalizado pasa por la cooperación entre todas las instancias internacionales y de manera muy especial por la colaboración entre las instituciones políticas y las instituciones y asociaciones de la sociedad civil. Desde el año 1993 Transparencia Internacional, organización internacional no gubernamental, viene trabajando para que la lucha contra la corrupción sea un capítulo prioritario en las agendas políticas nacionales e internacionales. Una de las tareas prioritarias de Transparencia Internacional es la de crear conciencia entre la población sobre los daños que ocasionan los sobornos y la corrupción, colaborar a favor de la reforma de los sistemas legales y políticos nacionales y fomentar la participación de la sociedad civil y de las organizaciones de la sociedad civil en la lucha contra la corrupción en los niveles nacionales. En este sentido es muy importante destacar los Convenios que Transparencia Internacional suscribe con Partidos Políticos, con Instituciones oficiales y sociales, por ejemplo con la Conferencia Episcopal Española⁴, la elaboración de Declaraciones de Utilidad social, la publicación de un Portal de Transparencia Pública, la elaboración de Estudios e Informes, el Proyecto Integridad o la publicación de la Revista Internacional de Transparencia e Integridad.

Desde la Doctrina Social de la Iglesia

En el año 2006, el Pontificio Consejo Justicia y Paz desarrolló en el Vaticano una Conferencia Internacional sobre corrupción, métodos de lucha, y clarificación de la contribución de la Iglesia. Uno de los aspectos clave tratados en esta Conferencia Internacional, teniendo en cuenta la naturaleza de la Iglesia católica, fue el estudio de los efectos de la corrupción sobre los bienes inmateriales o, dicho de otro modo, aquellos bienes más estrechamente vinculados con la dimensión cualitativa y humana de la vida social.

A lo largo de la historia de la DSI la corrupción entendida como abuso de poder y confianza ha sido enfrentada no solo como un fenómeno de alcance nacional, sino como hemos apuntado en la Introducción a esta charla, como un fenómeno que compromete el bien común internacional, tal y como el Magisterio de Juan XXIII plantea desde 1961. El Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia publicado dos años antes de la celebración de la Conferencia Internacional citada, abordaba la cuestión de la corrupción precisamente desde la perspectiva del daño al bien común internacional al tratar el fenómeno de la corrupción con relación a la solidaridad, el desarrollo y la deuda externa, los daños a bienes inmateriales, como la dimensión moral de la vida pública y la cultura, y la relación de la corrupción con la misión evangelizadora de la Iglesia.

⁴ <http://transparencia.org.es/convenio-entre-ti-espana-y-la-conferencia-episcopal-espanola>.

Creo que es precisamente en este momento, cuando el fenómeno de la corrupción deja de ser para la Iglesia católica un asunto exclusivo del mundo sobre el que la DSI tiene un juicio muy definido, para convertirse en un asunto que compromete la propia vida de la Iglesia.

No tiene mucho sentido que al subir el escalón del juicio para analizar los hechos a la luz de la Fe, para ayudar a tomar conciencia del pecado personal y estructural y para profundizar en la Buena Noticia nos limitáramos a poner el foco en el mundo como si nosotros pudiéramos quedar al margen. No parece lógico, por lo tanto, preguntarnos por el modo cómo “clarificar la contribución de la Iglesia” en la lucha contra la corrupción, si pasamos por alto los deberes que en primer lugar nos vinculan a nosotros como Iglesia.

Transparencia, Honestidad y Responsabilidad

Si tuviera que señalar una fecha que marque el punto de no retorno en el proceso de clarificación del servicio de la Iglesia en el mundo en materia de lucha contra la corrupción, no dudaría ni un segundo. La fecha no es otra que el mes de marzo de 2005. Recordemos la Meditación y Oración del *Via Crucis* de Viernes Santo de 2005. En la Novena Estación, *Jesús cae por tercera vez*. La lectura del Libro de las Lamentaciones (3,27-32) es el texto bíblico escogido. En la Meditación se escucha:

¿Qué puede decirnos la tercera caída de Jesús bajo el peso de la cruz? Quizás nos hace pensar en la caída de los hombres, en que muchos se alejan de Cristo, en la tendencia a un secularismo sin Dios. Pero, ¿no deberíamos pensar también en lo que debe sufrir Cristo en su propia Iglesia? En cuántas veces se abusa del sacramento de su presencia, y en el vacío y maldad de corazón donde entra a menudo. ¡Cuántas veces celebramos sólo nosotros sin darnos cuenta de él! ¡Cuántas veces se deforma y se abusa de su Palabra! ¡Qué poca fe hay en muchas teorías, cuántas palabras vacías! ¡Cuánta suciedad en la Iglesia y entre los que, por su sacerdocio, deberían estar completamente entregados a él! ¡Cuánta soberbia, cuánta autosuficiencia! ¡Qué poco respetamos el sacramento de la Reconciliación, en el cual él nos espera para levantarnos de nuestras caídas! También esto está presente en su pasión. La traición de los discípulos, la recepción indigna de su Cuerpo y de su Sangre, es ciertamente el mayor dolor del Redentor, el que le traspasa el corazón. No nos queda más que gritarle desde lo profundo del alma: *Kyrie, eleison* – Señor, sálvanos (cf Mt 8,25).

El 19 de abril de 2005 el cardenal que había escrito ese *Via Crucis* fue elegido Papa. Todo había comenzado cuando el Prefecto para la Congregación de la Doctrina de la Fe había dado orden de iniciar la investigación al fundador de los Legionarios de Cristo (27-11-2004). Que nadie frunza el ceño o desespere. Lo que está en juego, en palabras del Papa Benedicto XVI es la credibilidad de la Iglesia y, más aún, el servicio a la Evangelización.

Esa disposición exige afrontar el tema de la corrupción y de la lucha contra la misma desde una perspectiva doble. A saber:

1. Desde la perspectiva del bien común internacional y de la edificación de la paz entendida esta como relaciones pacíficas y justas de convivencia, una de las cuestiones claves de la DSI desde sus orígenes a nuestros días, y
2. Desde la perspectiva del servicio de la Iglesia en el mundo, tal y como vienen insistiendo la Encíclica *Ecclesiam Suam*, la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, las Exhortaciones *Evangelii Nuntiandi* y *Evangelii Gaudium* y el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización.

Es precisamente desde esta doble perspectiva que Benedicto XVI promulga el día 30 de diciembre de 2010 un *Motu Proprio* de enorme alcance normativo, moral y pastoral para la prevención y el contraste de las actividades ilegales en el sistema financiero y monetario⁵.

El documento, un total de cuatro leyes sobre prevención y lucha contra el blanqueo de ingresos procedentes de actividades criminales y financiación del terrorismo, fraude y falsificación de billetes y monedas en euros, reproducción, sustitución y retirada de billetes en euros y derechos de autor, entraba en vigor solo un año después de que el Vaticano firmase la Convención monetaria con la Unión Europea⁶. De este modo, la Santa Sede, Dicasterios, organismos y entidades como el IOR, se comprometían con la comunidad internacional en su lucha contra la corrupción. Lo que significaba que todos los entes en conexión con el Gobierno de la Iglesia católica quedaban insertados en el sistema de principios e instrumentos jurídicos que la comunidad internacional construye con la finalidad de garantizar una convivencia justa y honesta en un mundo cada vez más globalizado.

El desgobierno de las realidades económicas y financieras internacionales y el desarrollo de las nuevas tecnologías es terreno abonado para el desarrollo de actividades criminales como el blanqueo de capitales, la financiación del terrorismo, el tráfico ilegal de personas y la trata de seres humanos. La Santa Sede, siguiendo los dictados de la DSI en materia de bien común internacional y de servicio de la Iglesia en el mundo, asumía las reglas “para prevenir y combatir” la infiltración de esas formas de mal contra las que solo se puede luchar desde la cooperación internacional. ¿De qué otro modo se puede luchar contra actividades ilegales que se aprovechan de todos los puntos débiles y frágiles que existen en los sistemas de control de la legalidad? Que la Iglesia asuma las reglas internacionales de lucha contra la corrupción es un modo de asumir el deber de solidaridad a escala internacional. De ahí el compromiso decidido de la Iglesia católica de trabajar con las autoridades nacionales de vigilancia, los organismos internacionales como el Consejo de Europa o el Grupo de Acción Financiera Internacional y de aplicar esta normativa a la Ciudad del Vaticano y a las instituciones de Iglesia que llevan a cabo actividades económicas y financieras.

El *Motu proprio* aprobado en 2010 era, por lo tanto, fruto de esa doble perspectiva desde la que señalábamos que la Iglesia viene trabajando en los últimos tiempos. Por

⁵ Carta Apostólica en forma de “*motu proprio*” de Benedicto XVI sobre la prevención y la lucha contra las actividades ilegales en el campo financiero y monetario.

⁶ Convención monetaria entre el Estado de la Ciudad del Vaticano y la Unión Europea del 17 de diciembre de 2009.

un lado era un ejercicio de cooperación y solidaridad internacional que se materializaba en un acuerdo formal con la Unión Europea, y por otro lado era una concreción de los imperativos de la DSI expuestos en 2009 en la Encíclica *Caritas in Veritate*.

Tal y como se había sentenciado la Encíclica citada, “el gran desafío (...) es mostrar, tanto en el orden de las ideas como de los comportamientos, que no (...) se pueden olvidar o debilitar los principios tradicionales de la ética social, como la transparencia, la honestidad y la responsabilidad” (36).

La actividad económica no puede resolver todos los problemas sociales ampliando sin más la lógica mercantil. Debe estar ordenada a la consecución del bien común, que es responsabilidad sobre todo de la comunidad política. Por tanto, se debe tener presente que separar la gestión económica, a la que correspondería únicamente producir riqueza, de la acción política, que tendría el papel de conseguir la justicia mediante la redistribución, es causa de graves desequilibrios.

La Iglesia sostiene siempre que la actividad económica no debe considerarse antisocial. Por eso, el mercado no es ni debe convertirse en el ámbito donde el más fuerte avasalle al más débil. La sociedad no debe protegerse del mercado, pensando que su desarrollo comporta ipso facto la muerte de las relaciones auténticamente humanas. Es verdad que el mercado puede orientarse en sentido negativo, pero no por su propia naturaleza, sino por una cierta ideología que lo guía en este sentido. No se debe olvidar que el mercado no existe en su estado puro, se adapta a las configuraciones culturales que lo concretan y condicionan. En efecto, la economía y las finanzas, al ser instrumentos, pueden ser mal utilizados cuando quien los gestiona tiene sólo referencias egoístas. De esta forma, se puede llegar a transformar medios de por sí buenos en perniciosos. Lo que produce estas consecuencias es la razón oscurecida del hombre, no el medio en cuanto tal. Por eso, no se deben hacer reproches al medio o instrumento sino al hombre, a su conciencia moral y a su responsabilidad personal y social.

La doctrina social de la Iglesia sostiene que se pueden vivir relaciones auténticamente humanas, de amistad y de sociabilidad, de solidaridad y de reciprocidad, también dentro de la actividad económica y no solamente fuera o «después» de ella. El sector económico no es ni éticamente neutro ni inhumano o antisocial por naturaleza. Es una actividad del hombre y, precisamente porque es humana, debe ser articulada e institucionalizada éticamente.

Entre la publicación de *Caritas in Veritate* (29-6-2009) y la publicación del *Motu proprio* al que nos venimos refiriendo (30-12-2010), Benedicto XVI había ampliado el ámbito de la transparencia eclesial. El día 19 de marzo de 2010 se publicaba una Carta a los Católicos de Irlanda. Benedicto XVI visibilizaba el abuso de poder y de confianza en forma de abusos sexuales en Irlanda y fuera de Irlanda, pedía honradez y transparencia y solicitaba ampliar las bases de participación de los laicos en la misión de la Iglesia. He aquí los antídotos contra la corrupción: visibilidad que se hace patente en el reconocimiento y aceptación de la verdad, honradez, transparencia y participación. La “suciedad”, palabra que los dos últimos Pontífices no rehúyen, solo puede ser barrida con transparencia, honestidad y responsabilidad.

No resulta fácil mirar de frente estas cuestiones y asumir con madurez que el compromiso de la Iglesia en la lucha internacional contra la corrupción exige una lucha sin tregua contra todas aquellas prácticas y actitudes que dentro de la propia Iglesia ponen el *poder* en el lugar del *deber pastoral*. Y, sin embargo, hay que hacer examen de conciencia.

La corrupción, como dice la legislación internacional asumida por la Santa Sede, es abuso de poder y de confianza. Un pecado, nos ha dicho el Papa Francisco en más de una ocasión, que “está al alcance de la mano”, que “pagan los pobres” y que “conduce a una doble vida”. El caldo de cultivo de este pecado grave, como en más de una ocasión lo ha subrayado Francisco, es el de la mundanidad. Lo dijo en su primera Homilía tras ser elegido Papa, “Cuando no se confiesa a Jesucristo, se confiesa la mundanidad del diablo”⁷, y lo ha repetido en muchas ocasiones, especialmente en las Homilías de las Misas matutinas de Santa Marta⁸. El pecado de corrupción ya sea política, empresarial y eclesial se cultiva en la mundanidad y es el pecado propio de quienes tienen poder, ya sea económico, político o espiritual, de quienes se sienten “dueños del mundo”, como la antigua Babilonia, “morada de demonios, guarida de todo espíritu inmundo, guarida de todo pájaro inmundo y abominable”, de quienes no dejan espacio a Dios ni al prójimo y acaban por pudrirse. “Pecadores sí, corruptos no” gritó Francisco el 11 de noviembre de 2013 pensando en la Iglesia. Las imágenes de la Jerusalén distraída y de la corrupta Babilonia son, en palabras del Papa, especialmente significativas para nosotros.

Porque la corrupción es escándalo, “es un mal más grande que el pecado” que hoy se ha convertido en algo natural, hasta el punto de llegar a constituir un estado personal y social relacionado con la costumbre, es una práctica habitual en las transacciones comerciales y financieras, en los contratos públicos, en toda negociación que implique agentes del Estado. Es la victoria de las apariencias sobre la realidad y de la desfachatez impúdica sobre la discreción respetable”⁹. Se trata de una forma de criminalidad que menoscaba la dignidad y el bien común y que en muchos casos no podría cometerse sin la complicidad, activa o de omisión, de las autoridades públicas. Francisco, con su Magisterio, está escribiendo un completo Tratado sobre la Corrupción. Merece la pena que nos detengamos, aunque sea de manera sintética, en la naturaleza de un fenómeno que el Papa aborda desde estas claves:

1. La corrupción atraviesa la vida con los atajos del oportunismo
2. La corrupción es un proceso de interiorización que niega la autocrítica y descalifica la crítica, niega la autoridad moral y ataca con el insulto.
3. La corrupción se expresa en una atmósfera de triunfalismo porque el corrupto se cree vencedor.

⁷ Santa Misa con los Cardenales, Homilía del Santo Padre Francisco, Capilla Sixtina, 14 de marzo de 2013.

⁸ El pan sucio de la corrupción (8-11-2013), Cuando pagan los pobres (16-11-2014), Sólo el humilde comprende (2-11-2014), ¿Abatimiento o esperanza? (27-11-2014), Pecadores con guantes blancos (17-6-2014), Para un examen de conciencia (16-1-2014), Corazones tenebrosos (15-12-2014) Quien escandaliza al pueblo (21-11-2014).

⁹ Francisco, Discurso a una delegación de la asociación internacional de derecho penal (23-10-2014).

4. La corrupción desconoce la fraternidad o la amistad, sino la complicidad y la enemistad.
5. El corrupto no percibe su corrupción. “Se da en cierto sentido lo que sucede con el mal aliento: difícilmente quien lo tiene se da cuenta de ello; son los demás quienes se dan cuenta y se lo deben decir. Por tal motivo difícilmente el corrupto podrá salir de su estado por remordimiento interior de la conciencia”.

Con la conciencia firme de que este grave pecado también afecta a la Iglesia Francisco ha adoptado durante su Pontificado medidas que continúan las reformas emprendidas durante el Pontificado anterior. Así en junio de 2013, el Papa instituyó una Comisión de estudio para la reforma del IOR, mientras que en marzo de 2014 instituyó la Comisión pontificia para la protección de los menores. Como explicó en el vuelo de regreso de la JMJ los pasos adoptados están en la línea de las Congregaciones Generales que los Cardenales celebraron durante el Cónclave de 2013, la oportunidad o, lo que es lo mismo, las circunstancias que pusieron sobre la mesa los asuntos relacionados con el IOR, con la economía de la Santa Sede el famoso Vatileaks y el deber de transparencia y honestidad. Esta es la línea trazada desde 2005 y que ha acometido una reforma seria que, aunque sea de manera sumarisima, se centra en aspectos tan importantes como la Jurisdicción de los órganos judiciales de la Ciudad del Vaticano, la creación de una Comisión de Estudios para los asuntos económicos y administrativos, el Comité de Seguridad Financiera, la consolidación definitiva de la Autoridad de Información Financiera, la creación de la Secretaría de Economía, de la Oficina del Revisor General, la aprobación de los Estatutos de los nuevos organismos económicos, y la aprobación de las normas que delimitan las competencias de la Secretaria para la Economía y de la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica. Con relación a la corrupción en el tema de los abusos sexuales en la Iglesia, el Papa aprobó el pasado 4 de junio de 2016 un Motu proprio que busca prevenir la negligencia de los obispos en el ejercicio de su oficio.

La adhesión de la Santa Sede al Convenio de Naciones Unidas contra la Corrupción, doce años después de su aprobación, es una de las últimas iniciativas en este campo.

Al servicio del mundo

“Si lo local, nos dice *Evangelii Gaudium*, nos hace caminar con los pies sobre la tierra, lo global nos evita caer en una mezquindad cotidiana. Las dos cosas unidas impiden caer en alguno de estos dos extremos: uno, que los ciudadanos vivan en un universalismo abstracto y globalizante, miméticos pasajeros del furgón de cola, admirando los fuegos artificiales del mundo, que es de otros, con la boca abierta y aplausos programados; otro, que se conviertan en un museo folklórico de ermitaños localistas...”

Si cito estas palabras es precisamente para llamar la atención sobre algo de extrema importancia. El todo es superior a la parte, dice la *Evangelii Gaudium* (234ss), y también más que la suma de las partes. De manera, “que no hay que obsesionarse demasiado por cuestiones limitadas y particulares. Siempre hay que ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos. Pero hay que hacerlo sin

evadirse, sin desarraigados. Es necesario hundir las raíces en la tierra fértil y en la historia del propio lugar, que es un don de Dios. Se trabaja en lo pequeño, en lo cercano, pero con una perspectiva más amplia. (...). No es ni la esfera global que anula ni la parcialidad aislada que esteriliza”. Del mismo modo que el Evangelio es uno e íntegro, su riqueza plena incorpora a todos. Así es como hay que mirar el mundo, juzgar y actuar.

En la praxis cristiana o en las orientaciones para la acción desde la DSI no hay recetas. No es posible responder con una sola palabra a la pregunta ¿qué hacer? o ¿cómo hacerlo? Es verdad que hay un estilo de vida cristiano y hay, sobre todo, un imperativo: el de ser fieles a la verdad de Jesucristo porque solo la verdad nos hace libres.

Si lo que corresponder ahora es pensar en el qué hacer, en el actuar, lo primero que deberíamos asumir es el para qué. Creo que parte de la respuesta está en esta pregunta. ¿Para qué habría que luchar contra la corrupción? Porque daña al hombre y al mundo y en los sueños de Dios para el hombre y para el mundo no tiene lugar el daño, sino el bien.

Creo que esta lógica de servicio que antes he planteado como una constante desde la *Gaudium et Spes* es con toda seguridad la más determinante en la lucha de la Iglesia contra la corrupción. Una lectura atenta de las Homilías de Francisco sobre este tema nos da criterios o principios para actuar. Veamos:

1. Frente a la astucia mundana, la astucia cristiana “El recorrido de la vida necesariamente conlleva una elección entre dos caminos: entre la honestidad y deshonestidad, entre fidelidad e infidelidad, entre egoísmo y altruismo, entre bien y mal. No se puede oscilar entre el uno y el otro, porque se mueven en lógicas distintas y contrastantes”¹⁰. Digamos que al mal hay que sorprenderle por la espalda con altas dosis de prudencia, cuidado, sagacidad, reflexión, discernimiento, inteligencia y sensibilidad. La angustia es enemiga de la prudencia y solo pone de manifiesto nuestra dificultad para escuchar al Espíritu Santo.
2. Frente a la mundanidad, humildad. “Muchos pueden conocer la ciencia, la teología incluso. Pero si no hacen esta teología de rodillas, es decir, humildemente, como los pequeños, no comprenderán nada”. Jesús vino precisamente “para los marginados: Él se margina, no considera un valor innegociable ser igual a Dios”. Solo la humildad nos hace tomar conciencia de la necesidad de ser salvados frente al orgullo del corrupto incapaz de reaccionar¹¹.
3. Frente al poder, servicio “porque la corrupción viene del orgullo, de la soberbia, y el servicio te humilla: es precisamente la caridad humilde para ayudar a los demás”¹².
4. Frente a la exclusión, inclusión “porque son siempre los pobres quienes pagan el precio de la corrupción. De toda corrupción: la de los políticos y de los empresarios, pero también la de los eclesiásticos que descuidan su «deber pastoral» por el «poder»¹³.
5. Frente a la apariencia, verdad interior “porque la sola ley no salva. La ley salva cuando te conduce a la fuente de salvación, cuando prepara tu corazón para recibir la verdadera salvación que viene de la fe”¹⁴.

¹⁰ El pan sucio de la corrupción (8-11-2013), El pan de los pobres (18-9-2016).

¹¹ Solo el humilde comprende (2-12-2014).

¹² Cuando pagan los pobres (16-11-2014).

¹³ *Ibid.*

6. Frente al escándalo, la Palabra de Dios “porque de nada sirve decir “pero yo llevo una medalla, yo llevo la cruz: como aquellos que llevaban el arca de la alianza”. “Pobre gente pobre gente. No damos de comer el pan de la vida. No damos de comer la verdad. Muchas veces damos de comer un alimento envenenado”. Pensemos, cuánta gente miraba a Jesús que limpiaba el templo con el látigo. Escribe san Lucas: «Todo el templo estaba pendiente de Él, escuchándolo»¹⁵.
7. Frente a la riqueza, santidad que no es otra cosa que el programa de vida de las Bienaventuranzas¹⁶.
8. Junto a la condena, oración de perdón, “porque la puerta de salida de la corrupción es la petición de perdón, el arrepentimiento”¹⁷.

Las orientaciones de Francisco no niegan ni desconocen el papel del derecho penal en la lucha contra la corrupción, ni la importancia de la colaboración internacional, en la que la Iglesia ha adoptado un papel de protagonista como apunta la constitución del Grupo Santa Marta y los Trabajos de la Academia Pontificia de las Ciencias, o la presencia de la Santa Sede como observador de Naciones Unidas. Sin embargo, la realidad dicta que en muchos casos las normas penales y los instrumentos internacionales no se orientan tanto a la protección de las víctimas, sino a la protección de los intereses de los agentes y mercados económicos y financieros.

La propuesta integral de la Iglesia y de su Doctrina Social al fenómeno de la corrupción

La DSI propone el concepto de ecología humana y ecología integral¹⁸. Los comportamientos corruptos pueden ser comprendidos adecuadamente sólo si son vistos como el fruto de laceraciones en la ecología humana. No olvidemos que la corrupción implica un conjunto de relaciones de complicidad, oscurecimiento de las conciencias, extorsiones y amenazas, pactos no escritos y connivencias que deben interpelar a las personas y su conciencia moral en orden a una verdadera transformación de las estructuras. Sin olvidar jamás, y vuelvo a *Evangelii Gaudium* para terminar, que la tensión entre la coyuntura del momento y la luz del tiempo debe hacernos ver que el tiempo es superior al espacio. Lo que significa que hay que trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos (222-223).

La parábola del trigo y la cizaña consiste en mostrar cómo el enemigo puede ocupar el espacio del Reino y causar daño con la cizaña, pero es vencido por la bondad del trigo que se manifiesta con el tiempo. Por eso y para eso, “nada de ansiedad, pero sí convicciones claras y tenacidad” (224).

¹⁴ Apariencia y verdad (14-10-2014).

¹⁵ Para un examen de conciencia (16-1-2014), ¿No estoy vivo por dentro? (18-22-2014).

¹⁶ El carné de identidad del cristiano (9-12-2014)

¹⁷ Pecadores con guantes blancos (17-6-2014), Quien escandaliza al pueblo (21-11-2014).

¹⁸ *Centessimus Annus* (38), *Laudato Si'* (10-11, 62, 124, 137-162, 225, 230).

Comunicación

Infoética

I. Misión de la Iglesia y medios de comunicación¹⁹

1. ¿Por qué la Iglesia ha mostrado y muestra tanto interés por los medios de comunicación?

Porque son “el primer areópago de los tiempos modernos” ya que en ellos “la iglesia encuentra un excelente apoyo para difundir el evangelio y los valores religiosos, para promover el diálogo y la cooperación ecuménica e interreligiosa, así como para defender los sólidos principios que son indispensables en la construcción de una sociedad respetuosa con la dignidad de la persona humana y del bien común. La iglesia los utiliza también para difundir informaciones sobre ella misma y para ampliar los confines de la evangelización, de la catequesis y de la formación, considerando su uso como una respuesta al mandato del señor: “*Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación (Mc 16, 15)*” (Juan Pablo II, carta apostólica *El rápido desarrollo*, 3. 7).

2. ¿No es verdad que la Iglesia se sitúa frecuentemente ante los medios de comunicación con una actitud negativa y de condena?

No. “La iglesia asume los medios de comunicación social con una actitud fundamentalmente positiva y estimulante. no se limita simplemente a pronunciar juicios y condenas; por el contrario, considera que estos instrumentos no solo son productos del ingenio humano, sino también grandes dones de Dios y verdaderos signos de los tiempos (cf. *Inter mirifica*, 1; *Evangelii nuntiandi*, 45; *Redemptoris missio*, 37). La iglesia desea apoyar a los profesionales de la comunicación, proponiéndoles principios positivos para asistirles en su trabajo, a la vez que fomenta un diálogo en el que todas las partes interesadas –hoy está implicada una gran parte de la humanidad– puedan participar” (Consejo Pontificio de las Comunicaciones Sociales (PCCS), *Ética en las comunicaciones sociales*, 4).

¹⁹ Selección de la segunda edición del documento “50 preguntas y respuestas sobre infoética según los últimos documentos de la Iglesia sobre las Comunicaciones Sociales”, elaborado por el Secretariado de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social de la Conferencia Episcopal Española.

3. ¿Por qué la Iglesia siente el deber de ofrecer orientaciones morales en el ámbito de los medios de comunicación social?

“La iglesia, que es maestra de humanidad en virtud del mensaje de salvación confiado por su señor, siente el deber de dar su propia contribución en aras de una mejor comprensión de las perspectivas y de las responsabilidades que conlleva el actual desarrollo de las comunicaciones sociales” porque estas “influyen sobre la conciencia de los individuos, conforman su mentalidad y determinan su visión de las cosas”. Además, debido a los fuertes vínculos que los medios de comunicación tienen con la economía, la política y la cultura, se hace preciso un sistema de gestión que pueda salvaguardar la centralidad y la dignidad de la persona, la primacía de la familia, célula fundamental de la sociedad, y la correcta relación entre las diversas instancias” (Juan Pablo II, carta apostólica *El rápido desarrollo*, 10).

4. ¿Cuál es la aportación que la Iglesia hace al campo de la ética de la comunicación social?

“La contribución especial que la iglesia ofrece al debate en este campo consiste en una visión de la persona humana, de su incomparable dignidad y de sus derechos inviolables, y en una visión de la comunidad humana cuyos miembros están unidos en virtud de la solidaridad con vistas al bien común de todos. La necesidad de estos dos conceptos es especialmente urgente “cuando se está obligado a constatar el carácter parcial de propuestas que elevan lo efímero al rango de valor, creando ilusiones sobre la posibilidad de alcanzar el verdadero sentido de la existencia”; al faltar esas visiones, “muchos llevan una vida casi hasta el límite de la ruina, sin saber bien lo que les espera” (*Fides et ratio*, 6)” (PCCS, *Ética en las comunicaciones sociales*, 30).

5. ¿Qué bienes pueden aportarse mutuamente la Iglesia y los medios de comunicación?

“La cultura del *memorial* de la iglesia puede salvar a la cultura de la *fugacidad de la “noticia”* que nos trae la comunicación moderna, del olvido que corroe la esperanza; los medios, en cambio, pueden ayudar a la iglesia a proclamar el evangelio en toda su perdurable actualidad, en la realidad de cada día de la vida de las personas. La cultura de *sabiduría* de la iglesia puede salvar a la cultura de *información* de los *mass-media* de convertirse en una acumulación de hechos sin sentido; y los medios pueden ayudar a la sabiduría de la iglesia a permanecer alerta ante los impresionantes nuevos conocimientos que ahora emergen. La cultura de *alegría* de la iglesia puede salvar la cultura de *entretenimiento* de los medios de convertirse en una fuga desalmada de la verdad y la responsabilidad; y los medios pueden ayudar a la iglesia a comprender mejor cómo comunicar con la gente de forma atractiva y que a la vez deleite. estos son algunos ejemplos de cómo una cooperación más estrecha en un espíritu de amistad y a un nivel más profundo puede ayudar a ambos, la iglesia y los

medios de comunicación social, a servir a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo en su búsqueda del sentido y la realización” (Juan Pablo II, *Mensaje para la 38ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 2004, 3-4).

6. Algunos acusan a la Iglesia de querer imponer sus puntos de vista morales. Cuando la Iglesia se pronuncia, por ejemplo, sobre los principios morales que deberían regir Internet, ¿qué pretende hacer?

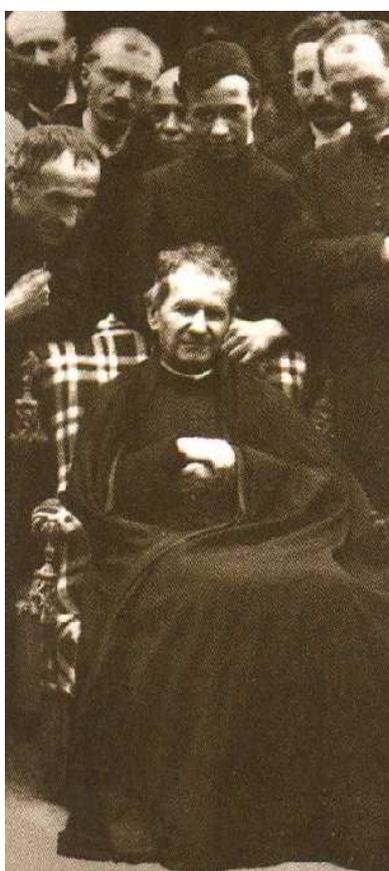
La iglesia católica desea participar junto con otras organizaciones en un diálogo público sobre estas cuestiones. “La iglesia no pretende dictar estas decisiones y estas elecciones, sino que trata de proporcionar una verdadera ayuda, indicando los criterios éticos y morales aplicables a este campo, criterios que se encontrarán en los valores a la vez humanos y cristianos”. “La iglesia no puede imponer sus respuestas, pero puede y debe proclamar al mundo las respuestas que posee; y hoy, como siempre, ofrece la única respuesta totalmente satisfactoria a los interrogantes más profundos de la vida: Jesucristo, que “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación” (PCCS, *Ética en Internet*,18).

▶ Vida salesiana

*Páginas difíciles... de Don Bosco (II)*²⁰

Carlos Rey, SDB

Introducción



Recordará el lector que en mi anterior articulito introduje el tema de la aparición de Comollo, ya fallecido, a Juan Bosco, episodio que presenté como una de las páginas de la vida de nuestro fundador difíciles de interpretar hoy.

Decía entonces que mi pretensión no era explicar lo sucedido, sino invitar al lector a entretenerse conmigo en andar por dentro del relato para penetrar en él y comprender, en lo posible, su lógica y movimiento interiores, aunque respetando el misterio que rodea al episodio.

Informaba también de que el santo narra la aparición de su amigo en dos lugares: en las MO (escritas entre 1873 y 1875) y en la última edición de la vida de Comollo (publicada en 1884), ambas muy posteriores a los acontecimientos, pues Comollo murió el 2 de abril de 1839, y concluía mi presentación reproduciendo ambos textos.

Dejaba para esta segunda parte el comentario de los mismos y la presentación del testimonio de N. Cerrato²¹ sobre el episodio, cosa que hago a continuación, no sin antes volver a reproducir los textos para que el lector pueda recordarlos y consultarlos²².

²⁰ Texto inédito para forum.com.

²¹ Natale Cerrato, nacido en Turín, es sacerdote salesiano. Fue misionero en China hasta 1975. Licenciado en Teología, se ha dedicado al estudio y a la enseñanza de la figura de Don Bosco en la historia de la Iglesia.

²² En negrito y subrayadas las escasas coincidencias entre ambos.

1. Los textos de Don Bosco

1.1. Versión de las MO (1873-1875)

Hacia las once y media comienza a oírse un sordo rumor por los corredores; parecía como si una enorme carreta -arrastrada por numerosos caballos- se aproximara a la puerta del dormitorio. El ruido se hacía por momentos más tético, a semejanza de un trueno que hacía temblar todo el dormitorio. Espantados, los seminaristas huyeron de sus lechos para juntarse y animarse mutuamente. Fue entonces cuando, en medio de aquella especie de violento y espantoso trueno, se oyó la voz clara de Comollo afirmando por dos veces: “Bosco, me he salvado”. Todos escucharon el rumor; bastantes captaron la voz sin comprender el sentido; algunos, sin embargo, entendieron lo mismo que yo. Prueba de ello es que por mucho tiempo se siguió repitiendo en el seminario (MO 75).

1.2. Versión de la vida de Comollo (1884)

Cuando, hacia la medianoche, se oyó un ruido sombrío al fondo del corredor, ruido que se hacía más sensible, más sombrío y más agudo a medida que se acercaba. Se parecía al de un carretón, al de un tren por la vía férrea, casi como el disparo de un cañón. No sabría expresarme sino diciendo que formaba un complejo de fragores tan enérgicos y, en cierto modo, tan violentos, como para producir un miedo espantoso y dejar sin palabras a quien lo oía. Conforme se acercaba dejaba tras de sí ruidosas las paredes, la bóveda, el suelo del corredor, como si estuvieran contruidos de planchas de hierro movidas por un potente brazo. Su acercarse no era tan sensible como para poder medir la disminución de la distancia, sino que dejaba una incertidumbre semejante a la que deja una locomotora, de la que no se puede saber el punto de su recorrido en que se encuentra y tenemos que guiarnos solo por el humo que se difunde por el aire.

Los seminaristas de aquel dormitorio se despiertan, pero ninguno habla. Yo estaba petrificado de miedo. El ruido avanza, haciéndose siempre más pavoroso; está junto al dormitorio; se abre violentamente la puerta del mismo; continúa el ruido más vehemente sin que se vea nada, excepto una lánguida luz, pero de color variado, que parecía ser la reguladora de aquel sonido.

A un cierto momento se hace un brusco silencio, brilla más viva aquella luz, y se oye claramente resonar la voz de Comollo que, llamando por su nombre al compañero tres veces consecutivas, dice: ¡Estoy salvado! En aquel momento el dormitorio se ilumina todavía más, el ruido, que había cesado, se hace oír de nuevo mucho más violento, casi como un trueno que hundiera la casa, pero enseguida cesó y desapareció toda luz.

Los compañeros saltando de la cama huyeron sin saber a dónde; algunos se cobijaron en una esquina del dormitorio, otros se apretaron en torno al prefecto

del dormitorio que era Don Giuseppe Fiorito da Rivoli; todos pasaron la noche esperando ansiosamente el alivio de la luz del día²³.

2. Análisis

Centramos nuestro análisis en ver si los textos citados reflejan algún tipo de experiencia de Dios. Poco aporta, en este sentido, el relato de las MO, que se limita a describir un ruido, la reacción de los seminaristas y la voz de Comollo que dice: “Bosco, me he salvado”. Más útil, para nuestra finalidad es la versión de 1884, mucho más completa. De ella destacamos algunas características.

2.1. El ruido

El ruido, “más sombrío y más agudo a medida que se acercaba”, parece ser natural en un primer momento pues lo captan los sentidos y es posible sentir que se aproxima, pero el autor tiene gran dificultad en identificar de qué tipo de ruido se trata. En un primer momento usa para describirlo las imágenes de un carretón, de un tren o de un disparo de cañón, pero ninguna de ellas parece satisfacerle. Recurre entonces a una fórmula genérica y poco clara para: “No sabría expresarme sino diciendo que formaba un complejo de fragores”, pero tampoco esto parece satisfacerle. Abandona por fin todo intento de descripción para apelar al lenguaje existencial, es decir, al efecto que causaban esos indefinibles ruidos que eran “tan enérgicos y, en cierto modo, tan violentos, como para producir un miedo espantoso y dejar sin palabras a quien los oía”, dando a entender que es esto lo que él mismo sintió: un enorme pavor que le dejó sin habla, experiencia frecuente en la Biblia ante la presencia de Dios.

Conforme el ruido se acercaba, continua Don Bosco, los lugares por donde pasaba permanecían ruidosos como si el ruido los hubiera penetrado y ellos mismos lo reprodujesen desde su interior, algo así como si se tratara de una construcción de hierro movida por un potentísimo brazo, nueva imagen para intentar explicar un ruido que no se asemeja a ningún otro conocido.

2.2. La aproximación del ruido

Tampoco en la descripción de cómo el ruido se aproximaba tiene Don Bosco mejor fortuna. Por tres veces y de diversas formas insiste en que lo hacía, pero de un modo tal que, aunque era el ruido era tremendo y pavoroso y se percibía su aproximación no se podía saber a qué distancia se encontraba, lo que producía una enorme sensación de incertidumbre. Y para hacerse entender utiliza una nueva imagen, la de una locomotora que no se puede saber a qué distancia está y solo se puede hacer una idea por el humo que lanza al aire.

²³ OS V, *Comollo* 1884, 107-108.

2.3. Relato “in crescendo”

Toda la descripción se desarrolla en un “in crescendo”. Así, el “miedo espantoso que deja sin palabras a quien lo oye” llega a dejarle “petrificado de miedo”; el “complejo de fragores” da lugar a un “ruido [...] siempre más pavoroso” y “más vehemente” y al “acercarse” le sigue el “estar junto al dormitorio” y “abrir violentamente la puerta”. Todo ello la particularidad de que aquel sonido parece estar controlado y regulado por una “lánguida luz, de color variado”.

El momento culminante de la escena llega cuando el fragor dominante desaparece y toma el protagonismo aquella luz que, a partir de “un brusco silencio, brilla más viva” precediendo a la voz de Comollo: “¡Estoy salvado!” Después, más luz, un ruido mucho más violento, como de trueno que hundiese la casa..., y todo desaparece.

Resumiendo: ruido no identificable que provoca un miedo atroz, deja sin habla a quien lo escucha, provoca incertidumbre y petrifica; luz que parece controlar el fragor y tiene dinamismo propio: lánguida y de varios colores al principio, más resplandeciente y viva poco antes de las palabras de Comollo, y brillante hasta iluminar todo el dormitorio para finalmente desaparecer junto con el sonido. Ante tal fenómeno, el hombre es incapaz de reaccionar.

3. El testimonio de N. Cerrato

¿Qué es esto? ¿Cómo clasificar el relato de Don Bosco? Escribe a este respecto N. Cerrato:

Es sin duda posible que el relato de D. Bosco suscite dudas e interrogantes en quien quiere conocerlo. ¿Qué podemos decir aquí? ¿Se trató quizás de una alucinación del clérigo Bosco? ¿O incluso de una alucinación colectiva?

Debemos recordar, antes de nada, que D. Bosco estuvo convencido durante toda la vida de la realidad del hecho. En la edición de 1884 de su vida de Comollo escribió expresamente: “Dejo que cada uno de los lectores tenga de esta aparición la opinión que crea más oportuna, advirtiendo, sin embargo, que después de tantos años permanecen vivos todavía algunos testigos del hecho Yo me contento con haberlo expuesto en toda su integridad, pero aconsejo a todos mis jóvenes que no hagan tales acuerdos porque, tratándose de poner en relación las cosas naturales con las sobrenaturales, la pobre humanidad sufre gravemente, especialmente en cosas no necesarias para nuestra eterna salvación

Después conviene recordar que don Bosco contó varias veces el hecho a los superiores del Oratorio (Cf. MB I, 474) y que después de la muerte de Comollo se produjo un cambio de conducta en varios clérigos del seminario, como asegura al respecto D. Ceria en la nota del texto de las “Memorias”.

Pero, ¿cuál habrá sido la razón de un aparato tan terrorífico? ¿Tal vez algunas conciencias tenían necesidad de una sacudida tan formidable? Comollo, dos días antes

de la muerte, le había dicho a su amigo a respecto de ciertos seminaristas: “Algunos de ellos son malos” y podemos recordar, a este respecto, lo que D. Bosco escribió de estos tales: “Tengo que decir... que los hay muy peligrosos. No pocos jóvenes van al seminario sin poseer el espíritu y la voluntad de ser buen seminarista. Es más, recuerdo haber escuchado a algunos compañeros pésimas conversaciones. En una ocasión... encontraron libros impíos y obscenos de toda especie. Semejantes compañeros..., mientras permanecían en el seminario, constituían una peste para buenos y malos” (MO 64). De hecho el acontecimiento trajo grandes beneficios, según escribía don Bosco en las primeras ediciones de la vida de Comollo: “El Rector del Seminario, hace poco tiempo me aseguró que el cambio de moralidad que tuvo lugar en nuestros seminaristas a la muerte de Comollo permanece todavía”.

En fin, ya en la primera vida que el joven Bosco escribió sobre su amigo (1844), después de describir del hecho, Don Bosco observa: «No es mi objetivo exponer cosas a las que yo atribuya efectos sobrenaturales; narraré solo los hechos en la forma que han sucedido con la más escrupulosa exactitud, dejando a cada uno en libertad para hacer el juicio que le parezca mejor».

Es lo que conviene hacer²⁴.

Conclusión

Como comprobará el lector, nuestro “andar por dentro” del texto no explica nada; apenas saca a la luz que cuarenta y cinco años después de sucedidos los hechos Don Bosco no solo no los ha olvidado, sino que parecen haberse revitalizado y, sin embargo, encuentra dificultades al intentar describirlos. Don Bosco no es capaz de definir qué tipo de sonido fue aquel ruido que describe como cada vez más tétrico, sensible, sombrío, agudo, pavoroso y vehemente; tampoco sabe explicar cómo se aproximaba, aunque se sentía que lo hacía, ni es capaz de decir mucho a respecto de aquella luz, a no ser que parecía regularlo todo y cambiaba de intensidad, sin indicar su origen o tipología.

Lo que sí queda claro en la descripción son los efectos que provoca esa misteriosa combinación de luz y sonido: *un miedo espantoso que deja sin palabras a quien lo oye*, y que toda la escena se desarrolla en un “crescendo” que culmina con las palabras de Comollo: “Estoy salvado”.

Todo ello apunta a que Juan Bosco tuvo en aquella noche una “experiencia significativa” del Dios bíblico omnipotente y tremendo, con graves consecuencias, según él mismo afirma, para su salud: sufrimiento, miedo, terror y hasta pavor, al punto de desear morir y una enfermedad que le llevó hasta las puertas de la muerte y de la que tardó años en recuperarse²⁵.

²⁴ N. CERRATO, *Vi presento Don Bosco...*, 100-101.

²⁵ Cfr. MO 75; OS V, *Comollo* 1884, 108.

Son “experiencias significativas” aquellas que nos han marcado dejándonos una huella indeleble que ni podemos arrancar ni se diluye con el tiempo, sino que permanece viva, incluso si se olvidan, pues continúan latentes y pueden ser revitalizadas. Experiencias significativas las tenemos todos y en gran número. La mayoría son pequeñas o casi insignificantes, pero algunas son muy importantes y capaces de influir y hasta de marcar el rumbo de nuestras vidas. Este, creemos, que es el caso del episodio al que nos hemos referido y que Don Bosco titula: “Un fatto del Comollo” (MO).

Fue una ligereza [2º 425-427], una puerilidad²⁶, dice, pero el relato de 1884 apunta, insistimos, a una experiencia del Dios omnipotente y tremendo que le quedó profundamente grabada y viva a lo largo de toda su vida, tal como reconoce N. Cerrato.

²⁶ Ib. 107.

► Pastoral juvenil

La confidencialidad en el acompañamiento espiritual²⁷

Giles Naudeau

“El que da los ejercicios deje inmediate obrar al Creador con la criatura y a la criatura con su Criador y Señor” (Ignacio de Loyola, EE. 15)

Un fenómeno cultural

La confidencialidad está marcada por la cultura y por la materia que se trata. El respeto por la confidencialidad es evidente.

Por una parte, nunca hemos sido tan exhibicionistas de nuestra vida privada y la de los otros. Todo se puede y se debe decir. Todo se puede y se debe saber. Por otra parte, nuestra sociedad quiere protegerse.

El legislador interviene ante, situaciones nuevas: la escucha electrónica, el acceso a la información, el derecho de consultar un “dossier” médico..., etc. La ley deviene un medio de proteger la intimidad y una manera de recordar la importancia de ésta.

Nadie será objeto de intromisiones arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de atentados a su honor y a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales intromisiones o tales atentados (“Declaración universal de los derechos humanos”, Art. 12).

La “Carta de los derechos y libertades de las personas” de Québec inscribe, como derechos fundamentales, los derechos a “la salvaguardia de su dignidad, de su honor y de su reputación” (artículo 4), al “respeto de su vida privada” (artículo 5), al “respeto del secreto profesional” (artículo 9), debiendo ser respetado igualmente este último... “por todo sacerdote u otro ministro del culto”.

²⁷ El texto prestando es un resumen del artículo: GILES NAUDEAU, *Sobre el respeto de la confidencialidad en el acompañamiento*: Manresa, enero-marzo, vol 72 (2000) 75-82.

Con el fin de proteger a clientes y profesionales, diferentes profesiones se dotan de códigos de deontología profesional, comportando artículos sobre el respeto de la intimidad, particularmente del secreto profesional.

En este contexto cultural, en el que la intimidad está a la vez amenazada y protegida, se plantea el problema de la confidencialidad en nuestras experiencias de iglesia particularmente en el servicio del acompañamiento espiritual.

La confidencialidad del acompañante espiritual

En la Iglesia hay diversos tiempos de confidencialidad. En la confesión se llama “secreto de confesión”; en el acompañamiento y coloquio pastoral se llama confidencialidad a la intimidad de la persona que se ha relacionado.

La amenaza de erosión a la intimidad es muy sutil. La lengua es muy ligera y hay que vigilarla. El testimonio verbal o escrito de su experiencia espiritual es considerado por algunos como una manera necesaria de proseguir una andadura de conversión e incluso de evangelización.

En varios grupos de Iglesia, el compartir la vida ha llegado a ser un elemento indispensable de reunión: homilías compartidas, revisiones de vida, grupos de crecimiento espiritual...

Estos modos de hacer no están al abrigo de un cierto exhibicionismo o “voyeurismo” espiritual. Pueden enmascarar muchas ambigüedades e inmadureces. Felices los animadores de grupos que discernen de estas trampas e invitan al respeto mutuo.

El acompañamiento espiritual individual corre el riesgo de ser contaminado también por el virus de la falta de discreción y de confidencialidad. Como acompañantes, tenemos acceso a la intimidad del otro. Estamos regularmente “en el secreto”, expuestos a la verdad de la persona a la que acompañamos. Influidos por el medio cultural ambiente, portadores de nuestras propias ambigüedades e inmadureces, puede suceder que nuestro sentido de la intimidad esté erosionado. No podemos suponer como adquirido nuestro propio respeto de la confidencialidad. Nos hace falta hacer regularmente luz en este punto. ¡Vigilancia!

El acompañante debe pensar que pisa tierra sagrada y que una persona le ha permitido entrar en su mundo personal.

Ejemplo

Una falta de confidencialidad puede ser más o menos sutil. Puede provenir de muchas personas, no únicamente del acompañante. Arriesguémonos a ser concretos y hablemos de experiencias. Quiero presentar ahora situaciones que son, o por lo menos amenazan ser, faltas de confidencialidad. Las situaciones traídas aquí no provienen de

la ficción. Han sido vividas en diferentes lugares en los que se presta el servicio del acompañamiento espiritual.

- “¿Sabes tú que yo acompaño a XXX?”

- “Esta persona atraviesa un período difícil. Yo estoy al corriente; soy yo quien la acompaña. Si supieras lo que yo sé, lo comprenderías.”

- “¿Sabes que XXX ha comenzado un curso de discernimiento con YYY? Yo lo veo ir a sus encuentros.”

- “Hay muchos sacerdotes con dificultades que vienen a consultar aquí.”

- “Mi acompañante lo quiere saber todo. Hace muchas preguntas. Está me molesta a veces.”

- “¿Cómo te las arreglas para hacerte acompañar por XXX o YYY? Yo no sería capaz.”

- “Mi acompañante me ha dicho que eso no era grave. A ti ¿qué te ha dicho?”

- “En nuestro grupo uno de nosotros vive un momento difícil. Es terrible los sufrimientos por los que pueden pasar las personas.”

- “¿Sabías que un tal a quien tú acompañas frecuenta tal medio? Eso me escandaliza. Pensaba decírtelo por si puedo hacerte un servicio.”

- “Tú acompañas a tal persona. Me gustaría hablar contigo antes de hacer una recomendación para la ordenación.”

- “Tú no eres el único que vives esta situación. Yo acompaño a otros que tienen la misma dificultad.”

- “En el cuadro de mi formación, he hecho un “*verbatim*” de mi último encuentro con la persona que acompaño. Lo he hecho por ordenador. ¿Qué pasa si otra persona tiene acceso a él?”

- “Hemos tenido ayer un encuentro del grupo de sostenimiento de los acompañantes. Alguno ha tenido el aire de vivir algo muy difícil en el caso que nos ha contado.”

- “Como acompañante espiritual me encuentro muy a disgusto formando parte del comité que evalúa las personas en formación para llegar a ser guías espirituales. Incluso aunque ellas hayan dado su consentimiento, tengo dificultades en distinguir lo que proviene del fuero interno y del fuero externo.”

- “XXX me hace sentir mucha impotencia en mi acompañamiento. Experimento una gran soledad. Tendría necesidad de hablar de esto contigo.

- Tú tienes más experiencia que yo. ¿Cómo hablar de mí sin hablar de él?”

¿Encontramos estas situaciones irreales, chocantes o completamente normales? ¿Qué me suscita este ejemplo?

Fidelidad a la confidencia en el acompañamiento espiritual

La confidencialidad nos induce a revisarnos. Con el fin de proteger al ciudadano, el legislador estudia la posibilidad de poner exigencias profesionales para las numerosas personas que se declaran “terapeutas”. Nosotros deseamos que el acompañamiento espiritual **sea asumido cada vez más por personas formadas y competentes**. Sin presentarnos como “terapeutas”, cosa que no somos, deseamos que sea dada al acompañamiento una **cierta seriedad “profesional”**. Es muy posible que las circunstancias nos lleven un día ‘a rendir cuentas’ sobre el respeto a la confidencialidad.

Existen razones profundas por el respeto escrupuloso de la confidencialidad en el acompañamiento espiritual. Proceden de la naturaleza misma de este servicio y de la relación que se deriva de él. El acompañamiento espiritual supone la apertura de corazón de la persona acompañada.

Nos es dado entonces, como acompañantes, entrever una realidad del orden del misterio: **la relación de un hermano o de una hermana en la fe con su Señor**. Esta realidad lleva trazas de lo divino. Es del **orden de lo sagrado**. Tenemos el privilegio de estar delante de una “presencia real” del Señor. Difundir aquello de lo ‘que nosotros somos testigos es una especie de profanación. Romper la confidencialidad requerida para aproximarnos a un tal santuario ¿no nos asocia a los ladrones del Templo? Se sabe lo que Jesús ha hecho con ellos. La persona acompañada nos pide ir con ella hasta su santuario interior. Llegados a este lugar nos hace falta, nos dice san Ignacio, dejar que “el Creador actúe sin intermediarios con la criatura, y la criatura con su Criador y Señor”, en una especie de silencio sacro que, a mi parecer, debe estar presente como actitud interior a lo largo de todo el acompañamiento. Romper la confidencialidad es romper este silencio y hacer intervenir a otros intermediarios, incluso si la persona acompañada lo ignora.

Una andadura de acompañamiento espiritual es imposible sin una **confianza recíproca**. Notemos que el deber de respeto de la confidencialidad vale igualmente para la persona acompañada. Esta puede también quebrantar la confianza de la persona del acompañante, como consecuencia de una falta de discreción por su parte.

Ningún acompañamiento sin confidencias, ninguna confidencia sin secreto. Confianza, confidencia, confidencialidad: otras tantas variaciones de la palabra “fe”. El acompañamiento espiritual es un acto de fe permanente en el Espíritu Santo que obra en el corazón de los dos. Seguros con esta certeza, escogemos confiarnos a otro.

Pero la **confianza es frágil**. Si la persona acompañada se siente traicionada por una falta de confidencialidad, reaccionará. Podrá decidir terminar la relación, dudando de recomenzar con otro acompañante por temor a ser traicionada otra vez. Podrá también continuar la relación de acompañamiento, lesionada en la confianza; ella

temerá abrirse de nuevo. Ser acompañado/a es consentir, mostrar su vulnerabilidad. No se puede hacer más que en un clima de confianza. Recordemos que la noción de “**confidencia**” puede ser subjetiva. Lo que a uno le parece una confidencia banal puede no serlo para la otra persona. Poco importa: ¡la confianza es de cada uno!

A modo de conclusión, dejo la palabra a las personas a quienes acompañamos.

Querido/a acompañante:

Un día nuestros caminos se encontraron. Te pedí un gran servicio: ser testigo de mi experiencia de Dios y acompañarme en mi camino hacia El. Tú consentiste: Sábetete que te estoy muy agradecido. Hacernos juntos una gran obra. Gracias por tu disponibilidad de tiempo y de corazón, gracias por tu acogida incondicional, gracias por tu confianza, gracias por tu oración.

Cuando entro en tu casa tengo siempre un poco de miedo, algunas veces más que otras. ¿Lo sabes? Yo te abro mi corazón. Tengo necesidad de decírtelo todo. ¿Sabrás tú comprenderme, por lo menos lo bastante para ayudarme a comprenderme a mi mismo? Requiere mucha humanidad el mostrarme tan pobre delante de ti, y, sobre todo, mucha confianza. A propósito de tu intimidad, ¿estás seguro de que nadie puede oír, desde el exterior de tu escritorio, el contenido de nuestras conversaciones?

¿Qué haces tú con todas las confidencias que yo te hago? Yo no expongo a las miradas de los demás mi vulnerabilidad ni las riquezas de mi corazón.

Tú no debes decir que yo soy acompañado, ni siquiera que eres tú el que me acompaña. Si yo quiero que esto se sepa, lo haré por mí mismo.

No reveles nada, ni siquiera de modo indirecto, de lo que yo comparto contigo. ¡Es tan fácil para los otros el interpretar! No tengo nada contra el humor mientras estamos juntos. Conozco tu delicadeza Pero delante de los otros, nosotros dos debemos estar atentos

Tú debes preguntarme, ayudarme a hacer la verdad, de acuerdo. Pero procede con tacto. Yo no quisiera sobre todo tener la impresión de que tú eres curioso de saber mi vida privada.

Cuando me acompañes no me hables de otras personas que tú acompañas. Quiero ser único a tus ojos. Aunque tú no las nombres, es siempre posible que yo las conozca. Y podría, además, suponer que tú hablas de mí a otros.

Si otro te revela alguna cosa de mí, intenta olvidarla. Me gustaría decir yo mismo las cosas que me conciernen. De otro modo te arriesgas a no escuchar lo que yo te digo, sino estar esperando lo que yo te debería decir.

Te pido que recuerdes a los miembros de nuestro grupo de compartir y a todo el personal de nuestro Centro de acogida que ellos también están obligados a la confidencialidad. Si

mis responsables te piden una evaluación, consulta conmigo antes de responder. Yo te he pedido que seas mi acompañante espiritual, nada más.

En el curso de tu formación yo he consentido a los “verbatim”, estando seguro de que tomarás medidas para que estos textos estén protegidos y desaparezcan después de ser utilizados. ¿Qué haces tú para responder a esta exigencia?

Yo tengo también muchas dificultades a que tú seas a la vez mi evaluador y mi acompañante espiritual. Será necesario hablar de ello antes de que yo dé mi consentimiento. Puede suceder que yo lo recuse.

Comprendo que tú tienes necesidad de ayuda y de formación permanente. Te ruego que hables de ti y no de mí cuando tú te procures estos medios.

En reciprocidad, yo me comprometo a respetar la confidencialidad sobre lo que ocurra en nuestros encuentros. Si falto, recuérdame.

Cuando hables de mí, intenta ponerte en mi lugar. ¿Te gustaría que tus confidencias fueran difundidas como tú haces con las mías? ¿Te encontrarías a disgusto si yo llegara de improviso en el momento en que tú hablas de mí a otros?

¿Me permites confrontarte?: Cuando tú faltas a la confidencialidad, ¿es por mi bien o para valorarte a ti mismo? ¿De dónde provienen esas ganas de hablar? ¿Qué hay de tu libertad interior, de tu “indiferencia”? Soy audaz, lo sé. Es porque tengo confianza en ti, que has escogido el “difícil oficio del acompañamiento espiritual”.

¡Gracias de nuevo! Pido por ti... pido por nosotros.

*De cuidador a cuidado*²⁸

José Carlos Bermejo²⁹

Cuidar y dejarse cuidar son realidades del mismo verbo. Conjugadas de manera diferente no solo verbalmente, sino también a nivel cognitivo, emotivo, afectivo y espiritual. Dejarse cuidar es un arte que reclama la posibilidad de vivir sanamente la crisis, incluida la que puede acompañar al envejecimiento y las pérdidas que este conlleva, con la consiguiente experiencia de duelo. Pero es posible también crecer con ocasión del cambio de rol de cuidador a ser cuidado; es posible la resiliencia en la dependencia. Prevenir una mala gestión del cuidado, con el consiguiente precio de la compasión y el riesgo del «burn-out», constituye un reto para vivir sanamente el dejarse cuidar.

Pasar de cuidador a ser cuidado en nuestra vida es un salto importante. Quizá, tanto más cuanto más hayamos apoyado nuestra identidad como personas en la conciencia de que somos en función de lo que hacemos. O quizá, más aún, cuanto más hayamos definido nuestro hacer como la traducción concreta de algo que sentimos como vocación y que nos ha llevado incluso a consagrar nuestra vida.

En efecto, muchas personas se entregan al rol de cuidador. Lo hacen como familiares (madres, padres, abuelos), como profesionales (profesores, profesionales de la salud...), como religiosos (consagrados a la educación, al trabajo con colectivos vulnerables y marginados o con enfermos y personas al final de la vida y en duelo...). Dedicar una vida a este noble arte de cuidar marca mucho la identidad de una persona. Llegar, fundamentalmente por razones de envejecimiento, a situaciones en las que uno necesita ser cuidado constituye una especie de «vuelta de la tortilla» que, cuando menos, generará algunas crisis y desorganizaciones en el ámbito cognitivo, afectivo, espiritual, de la persona.

Al investigar, uno de nuestros objetivos es la búsqueda de los significados de todo lo que hacemos. Nosotros cuidamos. Cuidamos y observamos. Observamos lo que sentimos al cuidar.

²⁸ Artículo publicado en la revista “Sal Terrae” 1 104 (2016), págs. 227-240.

²⁹ Director del Centro de Humanización de la Salud (San Camilo). Tres Cantos (Madrid). <jcbermejo@humanizar.es>

1. Dependier: un fantasma que... se presenta

Una de las cuestiones que consideramos importantes es la identidad de la persona cuidada. ¿Cómo es el hecho de depender de alguien que te cuida? ¿Cómo es, sobre todo, si antes de ser cuidado fuiste cuidador? ¿Cómo se maneja el cambio del ser que puede con todo al ser que no puede con nada?

Para describir y comprender este salto de cuidador a cuidado hemos hecho un pequeño estudio con metodología mixta (cualitativa y cuantitativa) en personas cuidadas y en personas cuidadoras. En él, las personas se podían definir como *cuidadores*, como *cuidados* o como *cuidadores cuidados* (un día fueron cuidadores y ahora son cuidados). Todos ellos respondían a tres preguntas cerradas y una abierta; tipo de cuidados que le dedican o que usted dedica a otros (jornada completa, parcial o cuidados eventuales); tiempo de cuidados (años desde su pérdida de capacidades o que usted lleva cuidando); y percepción sobre la modificación de la identidad de la persona cuidada (a responder en una escala del 1 al 10). Por último, en un campo abierto, se solicitó una breve reflexión sobre lo que supone el hecho de ser cuidado para la persona atendida.

Enviamos este cuestionario breve a toda nuestra base de datos (ámbito sociosanitario). Respondieron 672 personas.

La experiencia de cuidar

La mayoría de los que respondieron (557 personas) se describieron como cuidadores de otras personas. Cuidadores, sobre todo (75% de ellos), a jornada completa y/o parcial desde hace una media de 15 años.

A la pregunta (del 1 [nada] al 10 [mucho]) *¿sientes que la identidad de las personas cuidadas cambia por el hecho de ser cuidadas?* Contestaron de media 6, lo que puede interpretarse como «algo sí que cambia».

La experiencia de ser cuidado

Solamente 18 personas se describieron como «cuidadas por otras personas». La mayoría de ellas (el 67%) se definieron recibiendo cuidados de manera eventual. Pocos se reconocieron cuidados a tiempo parcial, y menos a tiempo completo. Su pérdida de capacidades o *tiempo siendo cuidados* lo calcularon desde hace una media de 9 años.

A la pregunta (del 1 [nada] al 10 [mucho]) *¿sientes que tu identidad como persona se ha modificado por el hecho de ser cuidada o por la pérdida de capacidades?*: contestaron de media un 3, que podemos interpretar como «no, no creo».

¿Qué podemos interpretar? Primero, si suponemos que deben existir tantos cuidadores como cuidados, el hecho de que sea minoritario el número de *cuidados* que responden da idea de lo que nos cuesta reconocerlos necesitados, además de la dificultad misma de algunos cuidados para responder al test. Otros datos que hablan de lo mismo: los cuidadores se definen como cuidadores a jornada completa y/o parcial, mientras que los *cuidados* solo se reconocen así de manera eventual. Y los cuidadores se definen como tales desde hace 15 años, mientras que los *cuidados* solo se definen cuidados desde hace 9 años.

Segundo, la percepción de cuidadores y cuidados sobre el proceso del que vive *la dependencia* es muy distinta. El que cuida ve a otro en su necesidad de ser cuidado, cree que la identidad de ese otro se modifica en alguna medida por el hecho de ser cuidado (6 sobre 10), mientras que el que es cuidado no siente que su identidad se modifique (3 sobre 10). Esta distancia entre las opiniones de unos y otros viene a ser matizada por ese grupo de gente que en un momento de su vida cuidó y, más tarde, pasó a ser cuidado.

2. Un salto: de cuidador a cuidado

Treinta y cuatro

Obtuvimos 34 valiosas opiniones. Opiniones de personas que en el momento de responder estaban siendo cuidadas, habiendo sido ellas cuidadoras en algún momento de su vida.

Sus definiciones de sí mismos fueron más cercanas al grupo de los cuidados que al de los cuidadores. Con matices, sin embargo. Se viven *cuidados* desde hace menos tiempo (8 años), y en mayor porcentaje de manera eventual (71%). Es como si estas 34 personas que están viviendo el tránsito de dar a recibir se quisieran distanciar de su necesidad más todavía que los que no han vivido el cambio. ¿O quizás es la vivencia actual (que nos hace olvidar lo pasado) la que nos condiciona a la hora de responder?

Sin embargo, a la pregunta *¿sientes que tu identidad como persona se ha modificado por el hecho de ser cuidada o por la pérdida de capacidades?*, contestaron de media un 4. Todos sabemos cuál es la diferencia entre sacar adelante una cosa y la necesidad de hacer unas tareas. Y en este salto hay un trabajo que nos viene evocado en clave de valentía, de firmeza, aprecio de la vida, además de una experiencia de impacto luctuoso descrito con claves de baja autoestima, tristeza, dependencia, pérdida de la intimidad, pérdida del valor como persona...

Es posible vivir sanamente el duelo, como es posible también vivirlo de manera complicada y patológica. Una de las variables que contribuyen a la complicación del duelo es la soledad. La soledad como experiencia vivida en el salto de cuidador a cuidado.

Soledad

Varios cuidadores respondían así: «Para una persona, ser cuidado supone ser una carga si precisa atención física. Ser dependiente es si precisa que le escriban, rellenen, solucionen papeleos, etc. Se ven reconfortados cuando reciben apoyo y compañía en sus momentos de soledad o tristeza». Otro dice: «Supone un giro de 360 grados. Un cambio de roles, la necesidad de reconstruir una identidad, pues quien se era ya no se es. Se pierde la libertad, ya no se puede hacer lo de antes..., ir solo a..., elegir... cuándo, dónde, cómo... Cambia la percepción del tiempo, los vínculos se modifican, y hay que reelaborar otros nuevos, se experimenta la soledad». Otro escribe: «La soledad que también tienen que vivir las personas dependientes, creo que es uno de los principales males que les afectan».

Salir al paso de la soledad³⁰ no es exclusivamente una responsabilidad de quien pasa de cuidador a cuidado, sino de la sociedad en su conjunto, porque corresponde a todos considerar el problema con responsabilidad. En el documento del Pontificio Consejo para los Laicos, publicado con ocasión del Año Internacional de las Personas Mayores (1999), sobre la dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo, se dice que «la experiencia que los ancianos pueden aportar al proceso de humanización de nuestra sociedad y de nuestra cultura es más preciosa que nunca, y les ha de ser solicitada, valorando aquellos que podríamos definir como los carismas propios de la vejez», entre los cuales se citan:

- la gratuidad;
- la memoria y el sentido de la historia;
- la experiencia de vida acumulada a lo largo de su existencia;
- la interdependencia;
- y una visión más completa de la vida, donde se dan cita valores como la sabiduría, el cultivo de la interioridad, la importancia del ser frente al solo hacer, el valor dado a la amistad, a la prudencia, etc.

¿Lavarme los pies tú a mí? Entre resistirse y dejarse querer

En efecto, el duelo por las propias pérdidas puede ser vivido saludablemente si se encuentra como clave de salud la interdependencia. Somos interdependientes y nos recibimos unos a otros en hospitalidad. No faltan resistencias. Pedro se resiste ante Jesús a vivir el rol de cuidado (Jn 13,6). Entre orgullo y falta de salud relacional, clave de intercambio de cuidados.

Porque los seres humanos somos, efectivamente, más sanos cuanto más vivimos en claves que nuestros encuestados han referido también: humildad, aceptación, dejarse, abrirse, reconciliarse, ganar afecto.

En nuestra investigación, una persona dice: el modo en que se vive el ser cuidado «depende del carácter de la persona, del motivo de la necesidad de ser cuidado, si se

³⁰ J. C. BERMEJO, *Envejecimiento y vida religiosa*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2013.

ve como eventual por enfermedad curable o se ve como un deterioro progresivo y depende cómo tiene la conciencia. Pero si se ve necesitado, y el cuidador sabe sintonizar con el enfermo y le apoya, ayuda, lo valora..., se lleva mejor y se puede aceptar con más agrado» Otra dice: «Ser cuidado supone aprender a que te cuiden en tu intimidad quizá de forma muy distinta de como lo venías haciendo; no necesariamente peor, distinta. Estar expuesto en tu intimidad. Aceptar nuestra vulnerabilidad».

«Me recibo mucho más que me hago a mí mismo. Solo me puedo construir porque antes me recibo», decía Teilhard de Chardin. Esta dimensión de la acogida a uno mismo, en cualquier dimensión de la vida, también en el dejarse querer y cuidar, constituye una clave de salud para vivir el duelo por sí mismo.

Albon Mich, en su libro *Martes con mi viejo profesor*, tiene un pasaje interesante al respecto, sanamente provocador para la comprensión de las posibilidades escondidas a veces en este paso a «dejarse querer y cuidar»:

«-Y ¿sabes una cosa? Una cosa muy extraña.

- ¿Qué es?

- Que empecé a disfrutar de mi dependencia. Ahora me gusta que me vuelvan de costado y me pongan pomada en el trasero para que no me salgan llagas. O que me sequen la frente, o que me den un masaje en las piernas. Gozo con ello. Cierro los ojos y me deleito con ello. Y me parece muy familiar. Es como volver a ser niño. Que una persona te bañe. Que una persona te tome en brazos. Que una persona te limpie. Todos sabemos ser niños. Lo llevamos dentro. Para mí, es una cuestión de recordar el modo de disfrutarlo. La verdad es que cuando nuestras madres nos tenían en brazos, nos acunaban, nos acariciaban la cabeza, ninguno de nosotros se cansaba nunca»³¹.

Ciertamente, vivir así el ser cuidado es un desafío.

¿Es posible la resiliencia?

En el salto de cuidador a cuidado, algunos de nuestros entrevistados han expresado palabras como «privilegio», «empaparse de cariño», «expandirse», «apreciar más la vida». Evocan así la posibilidad no solo de adaptarse al nuevo rol de ser cuidado, sino las posibilidades exitosas de desarrollo personal, la posibilidad resiliente.

La resiliencia es un canto a la libertad³², una forma de negación del determinismo y del pesimismo, un modo esperanzado de situarse ante las crisis, tanto propias como ajenas. Es un «olé a la vida» en medio de las dificultades, un brindis a las posibilidades a veces escondidas en las personas en medio del sufrimiento. Pero, si es mal entendida, hasta podría caer en puro voluntarismo, o incluso en dolorismo.

³¹ A. MITCH, *Martes con mi viejo profesor*, Maeva, Madrid 2005, 69.

³² J. C. BERMEJO, *Resiliencia*, PPC, Madrid 2011.

Nos está influyendo favorablemente la psicología positiva de Seligman, con sus aplicaciones al mundo de la intervención en salud y en acción social. Nos están ayudando los estudios de Boris Cyrulnik, uno de los máximos expertos en el tema.

Este constructo psicológico nos está ayudando a caer en la cuenta de que los fatalistas, quienes se refugian en la pasividad de «es el destino», tienen un recorrido corto de posibilidades. Nos invita a promover el optimismo, la esperanza, la libertad, la responsabilidad, en medio de las dificultades.

Considerar a la persona como capaz de preservar la integridad en los momentos difíciles y madurar tras la adversidad, utilizando todos los recursos personales y ambientales de los que cada uno puede disponer, es esperanzador.

Pero no nos equivoquemos. Hablar de resiliencia no es hablar de mero voluntarismo. Ha de ser hacer un pacto, ante todo, con la realidad, no negando que el sufrimiento es sufrimiento y la persona es la que es. En cierta medida, la resiliencia es innata, en cierta medida es aprendida a través de las experiencias vitales en las que hemos aprendido a dar significados a las dificultades, y en cierta medida depende del entorno social, del apoyo que recibamos... En nuestro estudio, uno se expresa así: «Si se ve necesitado, y el cuidador sabe sintonizar con el enfermo y le apoya, le ayuda, lo valora..., se lleva mejor y se le puede aceptar con más agrado». «Supone una carga que muchas veces no quiere aceptar: todo va a depender de la empatía que logre con el prestador de la atención»,

La resiliencia no es una exaltación o renovación de ninguna forma de dolorismo. No es una conversión en positivo de lo que es negativo, ni es una vacuna contra el sufrimiento, ni un estado adquirido, sino un proceso, un camino que se puede recorrer. Una persona cuidada dice: «Una conciencia de ciertas pérdidas o autonomía y también el sentimiento de ser valioso e importar a los demás».

3. Impacto del cuidado en el cuidador

Una mirada obligada en el binomio cuidador-cuidado es la que tiene que ver con lo que le pasa al cuidador. Nuestro trabajo nos muestra que el cuidador tiene una percepción de la persona cuidada muy distinta de la que esta tiene de sí misma. Como si se pudiera hipnotizar también que el cuidador tiene una visión más negativa de la reacción de la persona cuidada.

Así dice un cuidador: «Supongo que a veces se les hace sentirse mal, porque notan que necesitan que les ayuden porque no pueden valerse por sí mismas. Otros supongo que también lo usan como cierto chantaje emocional». Y otro: «En el caso de mi familiar, es un problema, porque no asume que ya no puede hacer ciertas cosas».

En estos últimos años somos muy sensibles al rol de cuidador y a su experiencia, en particular a los riesgos que puede tener la persona que no regula bien su entrega como cuidador. El cuidador cree que la identidad de la persona cuidada se modifica

en alguna medida por el hecho de ser cuidado (6 sobre 10), mientras que el que es cuidado no siente que su identidad se modifique (3 sobre 10).

Un cuidador dice: «Supone ansiedad cuando no pueden tener lo que desean en el momento; vulnerabilidad; soledad a veces; impotencia al ver que las cosas no pueden ser como antes y tú no puedes hacer nada».

La salud del cuidador

El cuidado también tiene consecuencias en la salud física de los cuidadores, que frecuentemente son de una edad avanzada, de la misma generación que el que recibe su cuidado. Un cuidador dice: «A veces, como que pierdo un poco la paciencia tal vez por otros motivos; y como está más sensible, me parece que ahí es cuando ella cree que me aburre. Pero hay ocasiones en que me dice “¿qué sería de mí sin ti?”».

En este sentido, vale la pena evocar los conceptos de fatiga por compasión y de riesgo de *burn-out*. A finales de los años 70, el psiquiatra alemán Freudenberger empezó a hablar del síndrome del *burn-out* como un riesgo laboral resultante del manejo del estrés en el que confluyen diferentes factores personales, organizacionales, propios de la naturaleza del trabajo, etc. Y el lema «cuidarse para cuidar» se ha convertido en estos treinta años, en una llamada a la prevención de este síndrome en profesionales que intentan ayudar mediante la relación.

Fatiga por compasión

Así nos dice un cuidador: «Dejarse cuidar supone falta de intimidad, y sufren de verte entregadas a ellas y que tú te resientas por el trabajo, aunque intentes disimular tu cansancio y hagas todo con alegría y buen humor para que ella se sienta cómoda y bien».

Recientemente, la literatura está evocando el «desgaste por empatía» o la «fatiga por compasión», presentada particularmente por Figley en 1995 como cuadro más bien agudo que está en el centro de nuestra capacidad de realizar el trabajo de ayuda con la actitud empática.

La actitud empática y la pena que experimentamos por otro que está sufriendo, acompañada por el fuerte sentimiento de aliviarle el dolor y resolverle sus problemas (eso es la compasión), ponen de relieve también nuestra capacidad de ser lastimados por el trabajo.

La fatiga por compasión, pues, es considerada como un tipo de estrés resultante de la relación de ayuda terapéutica, de la empatía y del compromiso emocional. Este término, visibiliza una realidad que afecta específicamente a profesionales que trabajan con el objetivo de aliviar el sufrimiento en la vida de las personas que atienden, aparte de ser vulnerables a otros tipos de estrés o al desgaste por el trabajo.

La empatía es una variable clave para comprender el cuadro³³. El cerebro humano está estructurado con una capacidad innata para trascender las fronteras de la propia piel de su cuerpo. Los mecanismos neurobiológicos implicados en el proceso empático sugieren que se desencadena por mecanismos de imitación que hacen aparecer en quien observa emociones similares a las que se observan a través de la activación de la amígdala, la corteza órbita-frontal y las neuronas espejo. De algún modo, vibra en mí lo que siente otra persona; y cuando las emociones a las que una persona se expone son de profundo sufrimiento, el impacto es evidente.

El síndrome del «burn-out»

Otra cosa es el síndrome del *burn-out*, del que hoy tanto se habla y que ha llegado a convertirse incluso en una fácil arma arrojadiza para expresar sentimientos de cansancio o hartura en contextos laborales estresantes por el motivo que sea.

En 1974, el psiquiatra Freudenberger, que trabajaba como asistente voluntario en la Free Clinic de Nueva York para toxicómanos, al igual que otros voluntarios jóvenes e idealistas, observó que al cabo de un periodo más o menos largo, entre uno y tres años, la mayoría sufría una progresiva pérdida de energía, desmotivación, falta de interés por el trabajo, hasta llegar al agotamiento.

Una persona cuidada dice: «Descargan emociones, sobre todo familiares, descubrí mucho sufrimiento. Mi lema: no pidas si no das».

Recuerdo cómo mi sobrino me explicaba que esta palabra significa también la situación en que entran los motores cuando, al acelerar en exceso, empiezan a echar humo blanco por el tubo de escape y se producen explosiones en él (se oye el «pa-pa-pa»), produciéndose un «corte de encendido» que provoca la parada del motor. Como en las personas...

Más tarde, la psicóloga social Cristina Maslach, en 1976, estudiaba las respuestas emocionales de los empleados de profesiones de ayuda a personas. Eligió también el mismo término que utilizaban de forma coloquial los abogados californianos para describir el proceso gradual de pérdida de responsabilidad y desinterés cínico entre sus compañeros de trabajo. *Burn-out* era una expresión con gran aceptación social: los afectados se sentían fácilmente identificados con este término descriptivo. Maslach elaboró la conocida escala MBI para medir el *burn-out* chequeando el agotamiento emocional, el grado de despersonalización en las relaciones de ayuda y el nivel de experiencia de autorrealización en el desempeño del propio rol.

Sea como sea, o uno se busca su «librillo»... porque cada maestrillo tiene el suyo, o el precio de las relaciones de ayuda puede ser serio. Hoy se calcula que entre el 20 y el 30% de los médicos, profesores y policías locales padecen los síntomas del *burn-out*. Como para no cuidarse...

³³ J. C. BERMEJO, *La empatía terapéutica. La compasión del sanador herido*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2012.

Eduardo Galeano, en Ventana sobre la memoria, de las palabras andantes, escribe:

«A orillas de otro mar, otro alfarero se retira en sus años tardíos.

Se le nublan los ojos, las manos le tiemblan, ha llegado la hora del adiós. Entonces ocurre la ceremonia de la iniciación: el alfarero viejo ofrece al alfarero joven su pieza mejor. Así manda la tradición, entre los indios del noroeste de América: el artista que se va entrega su obra maestra al artista que se inicia. Y el alfarero joven no guarda esa vasija perfecta para contemplarla y admirarla, sino que la estrella contra el suelo, la rompe en mil pedacitos, recoge los pedacitos y los incorpora a su arcilla».

Los cuidadores, con frecuencia no son jóvenes en nuestra sociedad, sino que también tienen su edad... En todo caso, recoger el testigo de quien se dedicó al cuidado para hacer de él tesoro de continuidad de una humanidad interdependiente.

El designio de Dios sobre el matrimonio. Fundamento del Evangelio de la Familia³⁴

Carlos Escribano Subía (obispo de Teruel)

El pasado 8 de octubre, la oficina de prensa del Vaticano anunció mediante un comunicado la convocatoria por parte del Papa Francisco de un Sínodo extraordinario de los obispos para tratar sobre “Los desafíos pastorales sobre la familia en el contexto de la evangelización”. A este le sucederá otro sínodo en el 2015. Es la primera vez que un Papa convoca dos sínodos consecutivos sobre la misma temática: la familia. El primero, la III Asamblea General Extraordinaria, se celebrará en octubre del 2014 y pretende conseguir concretar el “status quaestionis”, recogiendo testimonios y propuestas que lleven a la Iglesia a anunciar y vivir de manera creíble el Evangelio de las familias; el segundo, un sínodo ordinario a celebrar en 2015, buscará líneas operativas para la pastoral que atañe a la persona humana y a la familia. Estamos, pues, ante un itinerario de trabajo en dos etapas que debe alertar a toda la comunidad cristiana para dejarse interpelar por el papel evangelizador de la Iglesia respecto de la familia.

En el Documento preparatorio elaborado para el Sínodo Extraordinario, se nos recuerda que *“la doctrina de la fe sobre el matrimonio ha de ser presentada de manera comunicativa y eficaz, para que sea capaz de alcanzar los corazones y de transformarlos según la voluntad de Dios manifestada en Jesucristo”*³⁵.

Una de las cuestiones fundamentales que hay que transmitir para mostrar con eficacia la belleza del matrimonio y de la familia es la del proyecto creador y redentor de Dios: *“Pienso sobre todo en el matrimonio, como unión estable de un hombre y una mujer: nace de su amor, signo y presencia del amor de Dios, del reconocimiento y la aceptación de la bondad de la diferenciación sexual, que permite a los cónyuges unirse en una sola carne (cf. Gn 2,24) y ser capaces de engendrar una vida nueva, manifestación de la bondad del Creador, de su sabiduría y de su designio de amor”*³⁶.

³⁴ Revista “Familia” 48 (2014), 109-128.

³⁵ III ASAMBLEA EXTRAORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Documento preparatorio: Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización*, punto II.

³⁶ FRANCISCO, *Carta encíclica Lumen Fidei* (29 de junio de 2013), n. 52; Cfr. III ASAMBLEA EXTRAORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Documento preparatorio: Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización*, punto II.

Me gustaría adentrarme, brevemente, en el significado de este designio del amor de Dios sobre el matrimonio y la familia. Las enseñanzas del Concilio Vaticano II y el desarrollo posterior propuesto por el Papa Juan Pablo II en su pontificado y, en especial, en la Exhortación Familiaris Consortio³⁷, nos ayudan a escrutar algunas cuestiones nucleares que nos permitan entender esas razones de Dios que deben fundamentar nuestra acción evangelizadora.

La Conferencia Episcopal española ha seguido profundizando en esta temática en su último documento sobre la familia, “La Verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar”, del 26 de abril de 2012³⁸.

LAS RAZONES DE DIOS

En el año 1988, el Beato Juan Pablo II haría una afirmación en su Carta Apostólica “*Mulieris Dignitatem*” que puede presentarse como un auténtico reto para la Nueva Evangelización: “*Se trata de comprender la razón y las consecuencias de la decisión del Creador que ha hecho que el ser humano pueda existir sólo como mujer o como varón*”³⁹.

Intentar comprender la intención que Dios manifiesta en el hecho de que el ser humano exista en la diferencia sexual de varón y mujer. Nos encontramos de este modo ante un verdadero plan, ante un designio que se convierte para la humanidad y la Iglesia en un don y en una tarea: un don porque partimos de un dato que nos ha sido entregado y que desvela un deseo profundo del corazón creador de Dios. Una tarea, porque comprender las razones de Dios nos debe llevar a intentar acogerlas y hacerlas realidad como camino de plenitud para el hombre y la familia. El reto de desvelar estas “razones de Dios” va a marcar el pensamiento del Papa Juan Pablo II desde el primer momento de su pontificado⁴⁰.

El deslumbrante carisma de Juan Pablo II y la relevancia que tuvo su pontificado en la lucha contra el comunismo hasta la caída del muro de Berlín, puede llevarnos a hacer una lectura en clave política del mismo. Pero en el corazón del Papa hay cuestiones que van más allá de una realidad coyuntural, aunque importante, en la historia de la humanidad. La preocupación que inquieta su inteligencia y su corazón es “*la degradación, y hasta (...) la pulverización de la unidad fundamental de cada persona*”

³⁷ Me voy a centrar especialmente en los contenidos de los números 11 al 16 de: JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Familiaris Consortio* (22 de noviembre de 1981).

³⁸ Especialmente en los números 17 al 44. Respecto a esta temática Cfr. J. de D. Larrú (ed.), *La grandeza del amor humano. Comentario al documento "La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar"*, BAC, Madrid 2013.

³⁹ JUAN PABLO II, *Carta apostólica Mulieris Dignitatem* (15 de agosto de 1988) (MD), n. 1

⁴⁰ Es de destacar que con este motivo el Papa de las Familias había comenzado a proponer esta verdad en las Audiencias Pontificias de los miércoles en la Plaza de San Pedro, dedicando aquellas catequesis a lo que después se ha venido a llamar la “Teología del Cuerpo” de Juan Pablo II.

*humana*⁴¹. Él ha sido testigo de la quiebra de esa dignidad a lo largo del siglo XX, desde las ideologías fascista, nazi y comunista.

En el fondo anida en su corazón el drama de tener que hacer frente a la propuesta de distintos falsos humanismos que presentarán modelos antropológicos insuficientes o inadecuados. Y a ello dedicó su Pontificado⁴². Se trataba entonces de proponer una perspectiva positiva que desvelase las “razones de Dios” sobre las que instaurar un verdadero humanismo, que partiese de la síntesis entre la revelación de la escritura y la vida del hombre.

El tema del matrimonio y la familia ya había sido presentado en la Constitución conciliar *Gaudium et Spes* como la primera de las urgentes necesidades “*del tiempo actual que afectan sumamente al género humano*”⁴³. En el desarrollo del Concilio Vaticano II, Pablo VI se reservará, como se sabe, la polémica y entonces candente cuestión del control de la natalidad, a la que dedicará en su momento la Encíclica *Humanae Vitae* de 1968. El inicio del pontificado del Papa Juan Pablo II, el 16 de octubre de 1978, viene marcado por la recelosa recepción de la encíclica de su antecesor. Cualquier declaración sobre sexualidad humana por parte de la Iglesia era recibida con dudas o, en ocasiones, con una frontal oposición.

Ante esa perspectiva, Juan Pablo II intenta cambiar las bases del debate. Se trata de afrontar el problema de la revolución sexual que tiene sus orígenes en los años sesenta. La línea de investigación que seguirá será la que él mismo había comenzado a desarrollar con sus colegas de Lublin y Cracovia. El análisis bíblico ocuparía un lugar relevante en su reflexión, que quedaría perfectamente plasmado en las ciento treinta catequesis que pronunció a lo largo de cuatro años en las audiencias generales antes reseñadas. La originalidad del método de Juan Pablo II está, según expresión de Benedicto XVI, en: “*su manera original de leer el plan de Dios precisamente en la convergencia de la revelación divina con la experiencia humana, (pues en Cristo, plenitud de la revelación de amor del Padre, se manifiesta también la verdad plena de la vocación del hombre al amor)*”⁴⁴. La propuesta cristocéntrica y eclesiológica del Vaticano II tendrá también un peso decisivo en la reflexión de Juan Pablo II, que culminará en la Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, primer documento programático sobre la familia del Papa polaco.

El diseño de Dios sobre el matrimonio y la familia

Desde los primeros momentos de la exposición de *Familiaris Consortio*, Juan Pablo II quiere expresar lo determinante de presentar al pueblo de Dios y a toda la sociedad el plan que Dios tiene sobre el matrimonio y la familia.

⁴¹ Cfr. G. WEIGEL. *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de esperanza*, Plaza y Janés Editores, Barcelona 1999, p. 453.

⁴² Cfr. *Ibid.*, p. 454.

⁴³ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, nn. 47-52.

⁴⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso al Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia* (11 de mayo de 2006).

“Dado que los designios de Dios sobre el matrimonio y la familia afectan al hombre y a la mujer en su concreta existencia cotidiana, en determinadas situaciones sociales y culturales, la Iglesia, para cumplir su servicio, debe esforzarse por conocer el contexto dentro del cual matrimonio y familia se realizan hoy. Este conocimiento constituye consiguientemente una exigencia imprescindible de la tarea evangelizadora. En efecto, es a las familias de nuestro tiempo a las que la Iglesia debe llevar el inmutable y siempre nuevo Evangelio de Jesucristo; y son a su vez las familias, implicadas en las presentes condiciones del mundo, las que están llamadas a acoger y a vivir el proyecto de Dios sobre ellas”⁴⁵.

En estas coordenadas basa el Papa de las familias la ingente tarea que tiene la Iglesia por delante a la hora de afrontar la evangelización del tercer milenio que estamos comenzando. Sin embargo, la fuerza y la novedad de esta propuesta ha sido acogida con poco entusiasmo en los años sucesivos a la publicación de la Exhortación Apostólica y aun en nuestros días. El Beato Juan Pablo II lo expresaba con determinación en el año 2001, cuando se cumplía el 20 aniversario de la promulgación de la *Familiaris Consortio* y la Iglesia Italiana realizó un congreso con tal motivo, al que el Papa dirigió un mensaje. En él podía leerse: *“Muchos se preguntan: ¿por qué la familia es tan importante? ¿Por qué la Iglesia insiste tanto en el tema del matrimonio y la familia? El motivo es simple, aunque no todos logran comprenderlo: de la familia depende el destino del hombre, su felicidad y su capacidad de dar sentido a su existencia. El destino del hombre depende del de la familia y, por eso, no me canso de afirmar que el futuro de la humanidad está íntimamente vinculado al de la familia. Esta verdad es tan evidente que parece paradójica la actitud, por desgracia muy difundida, de quien descuida, ofende y relativiza el valor del matrimonio y la familia”⁴⁶.*

La urgencia que mostraba el Santo Padre no ha decaído. El conocer y profundizar el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia se ha hecho especialmente urgente en los últimos años. Estoy convencido que estos sínodos sobre la familia convocados por el Papa Francisco, nos van a ayudar a profundizar sobre esta cuestión y a presentarla con toda su belleza.

Es cierto que nuestro entorno social se empeña en reducir la importancia del matrimonio y la familia, pues se propugna que con el paso de los años su identidad se ha visto diluida y en muchos casos se pretende superada. Esta situación no sólo tiene consecuencias teóricas, sino una clara repercusión práctica, como puede comprobarse con la constante pretensión social de proponer nuevos modelos de familia⁴⁷.

La propuesta de Juan Pablo II anima a valorar el gran tesoro que tiene la Iglesia en la familia cristiana, por lo que invita a redescubrir la belleza del matrimonio y la familia como una vocación al amor vivida a la luz del designio amoroso de Dios. Debemos tomar conciencia de que el proyecto originario de Dios sobre el matrimonio y la familia ha de ser reconocido como un don de Dios a la humanidad. Este don inicial es

⁴⁵ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio* (FC), n. 4.

⁴⁶ JUAN PABLO II, *Mensaje en el 20º aniversario de la publicación de la Familiaris Consortio* (15 de octubre de 2001).

⁴⁷ Cfr. D. GRANADA, “El amor como fuente y vida de la familia”, en Id. (ed.), *Ayudar a la familia hoy*, UCAM, Murcia 2011, pp. 15-21.

previo a todo proyecto humano para cada uno de nosotros. Lo expresa con especial belleza San Pablo en su carta a los Efesios (Ef 1, 4): “Él nos ha destinado en la Persona de Cristo –por pura iniciativa suya- a ser sus hijos”. Esta elección de Dios nos introduce en una historia de amor concreta con cada uno de nosotros, en la que nos convertimos en verdaderos protagonistas y por la que cada matrimonio es conducido a encontrar su plenitud en el proyecto de la familia⁴⁸. Dios tiene un plan que revelarnos, nos invita a participar en una historia de amor, un plan para ser vivido en familia⁴⁹.

Estamos ante un plan que Dios propone al hombre y que, cargado de amor, le descubre horizontes insospechados: “Fundados en este amor, hombre y mujer pueden prometerse amor mutuo con un gesto que compromete toda la vida y que recuerda tantos rasgos de la fe. Prometer un amor para siempre es posible cuando se descubre un plan que sobrepasa los propios proyectos, que nos sostiene y nos permite entregar totalmente nuestro futuro a la persona amada”⁵⁰.

Cuando hablamos de plan de Dios, no estamos, sin embargo, haciendo referencia a algo preestablecido que el hombre debe ejecutar como si de un mero actor escénico se tratase. La apreciación va más allá. Se trata de una plenitud “incoada y presentida que guía las acciones del hombre de forma que manifiesten la excelencia del don inicial de Dios”⁵¹.

Nos encontramos ante una perspectiva apasionante. El plan de Dios para el matrimonio y la familia no consiste tan solo en la exposición de unos principios o unas ideas, sino en una historia de amor que Dios quiere vivir con nosotros y que el hombre debe ir descubriendo paulatinamente, dando los pasos adecuados. La imagen de la semilla escondida en la tierra que va creciendo al ritmo de la vida, excluye la adhesión a las expectativas marcadas por un plan perfecto exterior a nosotros, para adentrarnos en la vida misma en la que Dios nos habla y en la que podemos descubrir su plan sobre nosotros⁵².

La cumbre de este plan de Dios se desvela en Cristo. “Jesucristo revela al hombre la verdad íntegra sobre la persona, el matrimonio y la familia; Él es quien nos desvela el plan originario de Dios en su propia Persona y en sus obras y palabras”⁵³. Cristo, al revelarnos al Padre en la entrega esponsal a su Iglesia en la Cruz, nos dona el Espíritu y revela simultáneamente la verdad más profunda del hombre como varón y mujer que, recibiendo el don de la filiación divina, está llamado a ser esposo y padre⁵⁴. “Esta

⁴⁸ Cfr. R. ACOSTA PESO, *La luz que guía toda la vida. La vocación al amor, hilo conductor de la pastoral familiar*, Apostolado Seglar. Familia y Vida. Formación 3, EDICE, Madrid 2007, p. 56.

⁴⁹ Cfr. *Ibid.*, pp. 95-ss.

⁵⁰ FRANCISCO, *Carta encíclica Lumen Fidei* (29 de junio de 2013), n. 52.

⁵¹ J.J. PÉREZ-SOBA, *El Corazón de la Familia*, Publicaciones de la Facultad de Teología San Dámaso, Madrid 2005, p. 162.

⁵² Cfr. R. ACOSTA PESO, *La luz que guía toda la vida...*, o.c., p. 97.

⁵³ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Instrucción pastoral “La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad”* (27 de abril de 2001) (FSV), n. 45.

⁵⁴ Cfr. J. DE D. LARRÚ, “El designio de Dios sobre el matrimonio y la familia”, en *Iglesia Familia* (2008) p. 3.

*revelación del amor... tiene en la historia del hombre una forma y un nombre: se llama Jesucristo*⁵⁵ .

Las razones de Dios “desde el principio”

Solo desde Cristo podemos redescubrir el plan de Dios para el matrimonio y la familia. El evangelio de San Mateo presenta a Jesús como perfecto pedagogo de una doctrina que adentra al hombre en el descubrimiento de su verdad plena.

“¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo? Él les contesto: ¿No habéis leído que el Creador, desde el principio, los hizo varón y hembra, y que dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre” (Mt 19, 3-6).

Jesús se deja interpelar por una pregunta que de manera recurrente ha ido apareciendo en el horizonte de la historia de los hombres. En el momento actual, la pregunta cobra especial dramatismo pues la posible separación de los cónyuges se plantea como un derecho en sí mismo. La rápida y drástica secularización de la sociedad que ha acontecido en las últimas décadas, ha quebrado la práctica de una moral comúnmente compartida. Fundamentos éticos transmitidos casi sin cambios por generaciones –piénsese en la ética matrimonial y familiar- se pusieron en discusión en muy pocas décadas; costumbres que parecían arraigadas sólidamente en los países de intensa tradición cristiana, mostraron que se apoyaban en fundamentos más frágiles de lo que se suponía poco tiempo antes⁵⁶.

La respuesta de Jesús, que entonces fue profundamente aleccionadora, recobra hoy, como decíamos, un especial interés. Él utiliza una expresión que en una lectura superficial podría presentárenos como meramente anecdótica, pero que tiene un contenido muy revelador: “desde el principio”. La respuesta de Jesús es rotunda y contundente. Él quiere expresar de una forma elocuente y, a la vez, hacer caer en la cuenta de ello a sus interlocutores, de que *existe desde siempre un plan de Dios sobre el matrimonio y la familia!* Conocerlo, como presentábamos en el epígrafe anterior, es de vital importancia, pues nos ayuda a comprender las razones de Dios.

Es interesante hacer notar que el Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España (DPF), cuando explica el designio de Dios para el matrimonio y la familia haciéndose eco de la propuesta de la *Familiaris Consortio*, comienza precisamente con estas mismas palabras: *“Al principio... los creó hombre y mujer” (Mt 19,4).* De este modo Jesucristo presenta a sus interlocutores la existencia de un plan que sólo puede ser plenamente conocido y desarrollado por los creyentes y que concierne al matrimonio y a la familia. Jesucristo, al hacer referencia a la creación, manifiesta la unidad del designio

⁵⁵ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor Hominis* (4 de marzo de 1979) (RH), n. 9.

⁵⁶ Cfr. D. TETTAMANZI, “La familia nel Mistero della Chiesa. La fecondità di *Familiaris Consortio*, 30 anni dopo”, Lección inaugural del curso 2010-2011 del Pontificio Instituto Juan Pablo II de Roma (11 de Noviembre de 2010).

*de Dios sobre el hombre y se introduce en el modo humano de comprenderse a sí mismo y de construir la propia vida*⁵⁷.

Este eco por parte del Directorio de Pastoral familiar a la Familiaris Consortio es importante destacarlo, pues responde a la petición misma de la exhortación apostólica para desarrollar Directorios concretos de actuación por parte de las distintas conferencias episcopales. Se plantea, entonces, como un reto el hecho de poder lograr un mejor desarrollo y aplicación de esta doctrina sobre el matrimonio y la familia y conseguir, en consecuencia, una pastoral familiar renovada⁵⁸.

La vocación al amor como hilo conductor

El descubrimiento de las “razones de Dios” y de su designio para el Matrimonio y la familia nos lleva a introducirnos en un primer concepto que tiene una importancia fundamental: la vocación al amor.

Este concepto aparecería por primera vez en el magisterio de Juan Pablo II en su encíclica programática *Redemptor Hominis*: “*el hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente*”⁵⁹. Desde el principio de la *Familiaris Consortio*, se expondrá la importancia de la vocación al amor, ocupando un lugar central del documento y en el desarrollo posterior de la Pastoral Familiar. El DPF se hará eco del mismo desarrollando en profundidad sus contenidos y mostrándolo como el hilo conductor de la pastoral familiar⁶⁰.

El concepto vocación es en sí mismo muy rico y descriptivo. Tal y como lo utiliza Juan Pablo II en sus catequesis sobre el amor, la categoría vocación indica que se trata de realizar un camino en el tiempo que implica a la libertad. Entender bien a qué llamamos vocación nos permite pasar de una concepción en la que entendemos el amor como un evento que sucede de forma gratuita en nuestra existencia, al acto de amar, es decir un compromiso que se hace presente a lo largo de toda una vida. La vocación en este sentido, se prolonga en el tiempo, no se agota en la fascinación que se produce en el encuentro con el otro, reduciendo el amor al momento estético inicial⁶¹.

La propuesta de la vocación al amor surge de la síntesis que Juan Pablo II realiza en su trabajo teológico al desarrollar los contenidos de dos textos de la *Gaudium et Spes*. En primer lugar nos encontramos ante la revelación del misterio del hombre en Cristo. Tal revelación tiene como fundamento la manifestación de un amor, entendido como

⁵⁷ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio de la Pastoral Familiar en España* (21 de noviembre de 2003) (DPF), n. 25.

⁵⁸ Cfr. FC, n. 66.

⁵⁹ RH, n. 10.

⁶⁰ Cfr. DPF, n. 89.

⁶¹ Cfr. L. Melina, *Imparare ad amare alla scuola de Giovanni Paolo II e di Benedetto XVI*, Ed. Cantagalli, Siena 2009, p. 73.

vocación del hombre: “*En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación*”⁶².

En este texto conciliar se une la creación del hombre, representada por Adán, en referencia a la plenitud de Cristo, que en cuanto hombre vive Él mismo un misterio de amor hacia los hombres por el cual revela la propia vocación de cada persona. El texto parte de la búsqueda del hombre, pero se toma desde el plan de Dios que se manifiesta humanamente⁶³.

El centrar el objeto de la revelación en “el misterio del Padre y su amor” nos ayuda a introducirnos en ese misterio a través de Cristo y el amor filial que ha mostrado en su máxima expresión al entregar su vida en la cruz.

Un poco más adelante, en la misma *Gaudium et Spes*, encontramos una dinámica descendente de la revelación: “*Más aún, el Señor, cuando ruega al Padre que todos sean uno, como nosotros también somos uno (Jn 17,21-22), abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta semejanza demuestra que el hombre, única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrarse a sí mismo, sino en el sincero don de sí*”⁶⁴.

Partiendo de la comunión trinitaria se establece una analogía con la comunión humana. El camino que se muestra tiene un gran interés: Dios se sirve de las experiencias humanas para revelar el misterio de su amor. La experiencia humana, surge en este caso, de un amor específico, aquél que pide al hombre un “sincero don de sí”⁶⁵.

Juan Pablo II realiza la síntesis de ambas aportaciones del concilio en la doctrina de la vocación originaria al amor. Esta se asienta en la disposición del Padre de llamarnos en Cristo a ser hijos, pero es necesario que el hombre la encuentre en su vida, en el modo humano de realizarla. Así descubrimos el valor singular del amor sponsal para la revelación del amor divino.

La vocación al amor introduce en la *Familiaris Consortio* el capítulo que desarrolla el designio de Dios para el matrimonio y la familia. Su inclusión en ese lugar no es casual. Con ella el Papa intenta ofrecernos un concepto que, como ya hemos indicado, se convierte en fundamental para poder descubrir las que anteriormente hemos denominado “razones de Dios”. El Papa la presentará así: “*Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza: llamándolo a la existencia por amor, lo ha llamado al mismo tiempo al amor. (...) Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión personal*

⁶² GS, n. 22. Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar* (26 de abril de 2012), n. 13.

⁶³ PÉREZ-SOBA, *El Corazón de la Familia...*, cit., p. 163.

⁶⁴ GS, n. 24.

⁶⁵ Cfr. PÉREZ-SOBA, *El Corazón de la Familia...*, cit., p. 164.

*de amor. Creándola a su imagen y conservándola continuamente en el ser, Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es, por tanto, la vocación fundamental e innata de todo ser humano*⁶⁶.

Benedicto XVI enriquecerá este debate con una sencilla y sugerente aportación: “*la cuestión de la correcta relación entre el hombre y la mujer hunde sus raíces en la esencia más profunda del ser humano y sólo a partir de ella puede encontrar su respuesta. Es decir, no se puede separar de la pregunta antigua y siempre nueva del hombre sobre sí mismo: ¿quién soy?, ¿qué es el hombre? Y esta pregunta, a su vez, no se puede separar del interrogante sobre Dios: ¿existe Dios? y ¿quién es Dios?, ¿cuál es verdaderamente su rostro?*”.

*La respuesta de la Biblia a estas dos cuestiones es unitaria y consecuente: el hombre es creado a imagen de Dios, y Dios mismo es amor. Por eso, la vocación al amor es lo que hace que el hombre sea la auténtica imagen de Dios: es semejante a Dios en la medida en que ama*⁶⁷.

El amor, la revelación y la comunión de personas se unen en torno a la vocación al amor y a la realización de la propia vida. La vocación al amor y la vida personal se entrelazan de modo inseparable en un proceso de personalización en la que está en juego la propia identidad. El camino de crecimiento en la vocación originaria al amor está constituido por las experiencias de la filiación, la fraternidad, la esponsalidad y la paternidad que aparecen íntimamente unidas entre sí. Este crecimiento debe verse iluminado por la verdad de un amor a otra persona, por medio de los lazos de amor que van entretejiendo la vida de cada hombre y cada mujer⁶⁸.

Vocación al amor, libertad y diferencia sexual

El Directorio para la Pastoral de la Familia acoge la propuesta de la *Familiaris Consortio* y escudriña las razones de Dios, buscando respuesta a la pregunta fundamental sobre el hombre partiendo de la vocación al amor. Esta está inscrita en el mismo ser del hombre, en su propio cuerpo, es originaria, y por lo tanto, anterior a cualquier elección humana como revela el libro del Génesis cuando dice que “a imagen de Dios, hombre y mujer los creo” (Gn 1, 27). Además, para superar tanto todo espiritualismo como todo materialismo, es importante comprender que nunca puede separarse la vocación al amor de la realidad corporal del hombre. La vocación al amor implica toda la persona en su realidad corpóreo-espiritual.

El acto creador de Dios ha hecho que el ser humano pueda existir solo como varón o mujer. En el dato de la diferencia sexual entre el hombre y la mujer se halla inscrita una específica llamada al amor, una llamada a la libertad del hombre a descubrir que

⁶⁶ FC, n. 11.

⁶⁷ BENEDICTO XVI, *Discurso en la ceremonia de apertura en la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma* (6 de junio de 2005).

⁶⁸ Cfr. PÉREZ-SOBA, *El Corazón de la Familia...*, cit., p. 166.

el fin de su vida es una comunión de personas. La diferencia sexual (“hombre y mujer los creó”) está orientada al amor y a la comunión interpersonal⁶⁹.

Hemos introducido la determinante cuestión de la diferencia sexual. El ser humano es creado como varón y mujer, a imagen y semejanza de Dios. Esta dualidad es vista por Juan Pablo II como una llamada a ser una unidad. Dios vive en sí mismo, en el misterio de comunión trinitario, una relación de amor y nosotros somos su imagen corporal. En palabras de Juan Pablo II: *“El hecho de que el ser humano, creado como hombre y mujer, sea imagen de Dios no significa solamente que cada uno de ellos individualmente es semejante a Dios como ser racional y libre; significa además que el hombre y la mujer, creados como “unidad de los dos” en su común humanidad, están llamados a vivir una comunión de amor y, de este modo, reflejar en el mundo la comunión de amor que se da en Dios”*⁷⁰.

Esta es una de las aportaciones más originales del Papa. La diferencia sexual no es la declaración de una mera complementariedad entre el hombre y la mujer, que pudiera quedarse en un nivel funcional (roles) y no en una verdadera aclaración de la naturaleza dual del hombre. La alteridad sexual constituye un verdadero horizonte de comprensión sobre el hombre: él solo se encuentra en el amor, en la salida de sí hacia el otro por el amor, hasta encontrarse a sí mismo – conocerse – en el encuentro con el otro. La diferencia sexual, entonces, es una verdadera declaración de lo humano. El hombre no es autosuficiente ni siquiera en su estructura sexual⁷¹. Se van desvelando “las razones de Dios”.

Este encuentro entre las personas revela la “experiencia humana fundamental” (como categoría empleada por el mismo Pontífice): por el encuentro con la mujer, el hombre se descubre a sí mismo, alcanza su propia identidad personal como hombre y como sexuado (véase de este modo el cambio de nombre del genérico *Adam* (tierra), al masculino *Ish* (*varón*), en relación con el nombre de la mujer, *Isshá* (“*varona*” o *hembra*)) y queda sellado por el llamado misterio nupcial. Todo acto de su persona está como traspasado internamente por la diferencia sexual, el don de sí y la fecundidad, constituyendo una verdadera explicación del misterio de la persona⁷². Esta comunión interpersonal se revela entonces como constitutiva del yo, hasta poder decir que no existe persona del todo fuera de la comunión.

⁶⁹ Cfr. DPF, n. 28; cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar* (26 de abril de 2012), n. 21.

⁷⁰ MD, n. 7.

⁷¹ La diferencia sexual no es, pues, solo la concepción del hombre como incompleto, tratando de realizarse en el otro (la teoría griega del andrógino del Banquete de Platón), sino que supone un dato verdaderamente insuperable. Se trata de que la diferencia sexual identifica al hombre en su complementario, como alteridad verdaderamente original a la que siempre deberá tender para encontrarse. La diferencia sexual es entonces originaria, no derivada ni superable, ni en otras fórmulas (elección de sexo, teorías del género) ni en una experiencia que no sea una opción radical de todo el hombre (el matrimonio como vocación indisoluble y fecunda al don histórico y moral de sí). La reciprocidad hombre / mujer se cumple no en la fusión disolvente de dos mitades, sino en el fruto correlativo a la relación de amor: en la procreación.

⁷² Cfr. A. SCOLA, *Hombre-Mujer, el Misterio nupcial*, Ediciones Encuentro, Madrid 2001, pp. 52-65.

En definitiva, la vocación al amor en la diferencia sexual nos conduce a la construcción de la vida del hombre en plenitud, constituyéndose en su objetivo final, que cumple la propuesta hecha por el mismo Jesús: “he venido para que tengáis vida, y vida en abundancia” (Jn 10, 10): *“Se trata, por consiguiente, de una llamada a la libertad del hombre por la que éste descubre, como fin de su vida, la construcción de una auténtica comunión de personas”*⁷³.

El significado esponsal del cuerpo

El cuerpo cobra entonces una importancia decisiva. Tenemos un cuerpo para amar y sólo en el amor comprendemos su verdadero significado humano. Por el amor, el cuerpo es capaz de expresar a la persona y participa del dinamismo amoroso con el que Dios creó el mundo. Es testigo del amor originario con el que Dios lo creó todo.

Tan fuerte es el testimonio que el cuerpo ofrece, que Juan Pablo II nos habla del cuerpo como el «sacramento primordial», que hace visible el amor invisible de Dios⁷⁴. A esta cualidad del cuerpo humano, Juan Pablo II la identificó como el carácter esponsal del cuerpo. Que el cuerpo tenga un carácter esponsal *“quiere decir que es capaz de expresar el amor con que el hombre-persona se convierte en don, verificando así el profundo sentido del propio ser y del propio existir”*⁷⁵. El cuerpo vendría a ser la manifestación visible de algo invisible que es el Misterio mismo de Dios y de su amor. *“Nos encontramos ante una verdad decisiva de la antropología cristiana: el cuerpo posee un carácter esponsal, esto es, es capaz de expresar el amor personal que se compromete y entrega”*⁷⁶.

El amor esponsal y el amor conyugal

La finalidad de la vocación originaria al amor, inscrita en el corazón y en el cuerpo del hombre, es el don sincero de sí por el que el hombre encuentra su propia identidad. El poder alcanzar este fin implica a toda la persona que es capaz de entregarse plenamente como expresión de máxima libertad. ¿Cómo es capaz el hombre de realizar esta entrega plena de sí? A través de un amor peculiar que denominamos amor esponsal⁷⁷.

El amor esponsal, simultáneamente corporal y espiritual, es un amor personal que exige la fidelidad al compromiso y la verdad en su realización y requiere la reciprocidad como camino de crecimiento y corroboración. Al hablar de una entrega plena, total e indivisible por parte de la de la persona al definir el amor esponsal, descubrimos que está inscrita una promesa de fecundidad que revela la inagotable

⁷³ DPF n. 28

⁷⁴ Cfr. JUAN PABLO II, *Audiencia general* (20-II-1980).

⁷⁵ *Id.*, *Audiencia general* (23-VII-1980).

⁷⁶ FSV, n. 53.

⁷⁷ Cf. DPF, n. 34.

difusividad del amor creador divino, del cual el hombre participa en la medida de su propia entrega.

Este misterio del amor esponsal *“es a la vez fecundo y virginal. La Iglesia expresa la riqueza del amor esponsal cristiano en una doble vocación al amor: matrimonio y virginidad o celibato por el Reino de los cielos. Ambas son signo y participación de ese misterio de amor y modos específicos de realizar integralmente la vocación de la persona humana al amor”*⁷⁸.

La concreción del amor esponsal en la vocación al matrimonio nos introduce en el amor conyugal. La fecundidad del amor que surge de la entrega de los cónyuges, procura la dilatación del matrimonio en la familia y la bendición de los hijos como fruto del amor de los esposos. Así, en el designio divino, el amor conyugal que se vive en el matrimonio, está ordenado inseparablemente a la unión de los esposos y a la procreación y educación de los hijos: *“La «unión en la carne» no alude a un simple hecho fortuito o coyuntural. Designa el compromiso de conformar una intimidad común exclusiva y para siempre, en la que el cuerpo sexuado es la mediación esencial. El valor personal de esta unión hace también que la apertura a la fecundidad, intrínseca al lenguaje propio de la sexualidad, encuentre ahí el marco de realización, acorde con su dignidad”*⁷⁹.

Dimensión sacramental del amor esponsal

La verdad última del amor esponsal la descubrimos en el amor de Cristo crucificado que entrega su cuerpo por amor a su Iglesia. La explicación plena de esta propuesta la encontramos en *“el don de amor que el Verbo de Dios hace a la humanidad asumiendo la naturaleza humana, y en el sacrificio que Jesucristo hace de sí mismo en la cruz por su Esposa, la Iglesia. En este sacrificio se desvela enteramente el designio que Dios ha impreso en la humanidad del hombre y de la mujer desde su creación; el matrimonio de los bautizados se convierte así en el símbolo real de la nueva y eterna Alianza, sancionada con la sangre de Cristo”*⁸⁰.

El amor de Cristo por su Iglesia se convierte entonces en fundamento y modelo del amor de los cónyuges que deben amarse como Cristo ama a su Iglesia, es decir, dando la vida por ella. Es aquí donde *“el amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la que está ordenado interiormente, la caridad conyugal”*⁸¹. La distinción entre amor conyugal y caridad conyugal, nos permite adentrarnos en el significado del matrimonio como sacramento⁸². El sacramento del matrimonio añade una participación de los dos, como pareja, en la vida divina. De tal manera que el amor

⁷⁸ DPF, n. 43; cfr. FC, n. 16.

⁷⁹ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar* (26 de abril de 2012), n. 34.

⁸⁰ FC, n. 13.

⁸¹ FC, n. 13.

⁸² Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar* (26 de abril de 2012), n. 41.

conyugal, que nos desvela el amor entre los esposos, adquiere un nuevo significado en la caridad conyugal al mostrarnos el amor que Cristo pone en la esposa por el esposo y el amor que Cristo pone en el esposo por la esposa. Así podemos decir que la caridad conyugal es *“el modo propio y específico con que los esposos participan y están llamados a vivir la misma caridad de Cristo que se dona sobre la cruz”*⁸³.

Esta participación específica de ambos en la vida divina, propia de todo sacramento, es tan importante que *“el efecto primero e inmediato del matrimonio (res y sacramentum) no es la gracia sobrenatural misma, sino el vínculo conyugal cristiano, una comunión en dos típicamente cristiana porque representa el misterio de encarnación de Cristo y su misterio de Alianza”*⁸⁴.

“Según este pasaje de Familiaris Consortio que recoge la doctrina común de la Iglesia, el primer efecto del sacramento sella de modo indisoluble la pertenencia de los esposos uno a otro, por un don mutuo que trasciende sus fluctuaciones emocionales. Este sello sacramental une a ambas personas indisolublemente en virtud del amor de Cristo que se compromete con ellos y los requiere para representar su propio misterio de alianza (...) Por este lazo los esposos forman una nueva unidad, una pareja sacramental, que constituye la célula de base de la sociedad y de la Iglesia.

*Este lazo sacramental significa que el amor divino se desposa con el amor conyugal y lo compromete al servicio de su misterio de Alianza con la humanidad”*⁸⁵.

La urgente recepción de este mensaje profético

El plan de Dios para el matrimonio y la familia, nos propone una tarea a desarrollar que se convierte en Buena Noticia, en Evangelio que debe ser proclamado, vivido de manera plena y gozosa y testimoniado de forma fiel y valiente, por todos los miembros del Pueblo de Dios. La mejor manera de cumplir ese servicio es proponer caminos que permitan a la familia alcanzar su plenitud de vida humana y cristiana conforme al plan de Dios para la misma⁸⁶. Esta propuesta nos introduce de nuevo en la fuerza que contiene en sí la vocación originaria al amor. Si la plenitud de vida se propone como el centro de la pastoral familiar estamos, de algún modo, determinando su naturaleza y desarrollo⁸⁷. Cada persona, hombre o mujer, niño, joven o anciano debe buscar su plenitud de vida, consiguiendo con esa búsqueda responder a la vocación a la que Dios le ha llamado, que en definitiva forma parte del designio que Dios mismo ha establecido⁸⁸. El Papa Francisco también profundiza en

⁸³ FC, n. 13.

⁸⁴ *Ibid.*

⁸⁵ M. CARD. OUELLET, “La familia, educadora a los valores familiares y cristianos”, en VI ENCUENTRO MUNDIAL DE LAS FAMILIAS, México 2009; cfr. También, E. CARD. ANTONELLI, “La familia, imagen de Dios, célula vital de la Iglesia y la sociedad”, en D. GRANADA (ed.), *Ayudar a la Familia hoy...*, cit., pp. 67-81.

⁸⁶ DPF, n. 3; cfr. FSV, n. 177.

⁸⁷ Cuando en el Evangelio de San Juan podemos leer que el Buen Pastor nos dice: *“Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”* (Jn 10, 10), nos señala claramente qué es lo que pretende la pastoral en general y, en concreto, la pastoral familiar: la “vida en abundancia”.

⁸⁸ Cfr. C. ESCRIBANO, “El trabajo de los C.O.F. al servicio de la familia”, en D. GRANADA (ed.), *Ayudar a la*

esta vocación al amor, y la concreta, en sus consecuencias, en el seguimiento de Jesús: *“El encuentro con Cristo, el dejarse aferrar y guiar por su amor, amplía el horizonte de la existencia, le da una esperanza sólida que no defrauda. La fe no es un refugio para gente pusilánime, sino que ensancha la vida. Hace descubrir una gran llamada, la vocación al amor, y asegura que este amor es digno de fe, que vale la pena ponerse en sus manos, porque está fundado en la fidelidad de Dios, más fuerte que todas nuestras debilidades”*⁸⁹.

Esta gozosa tarea empieza a tomar forma en el pasado siglo y adquiere especial relevancia a partir del Concilio Vaticano II. Juan Pablo II hará una recepción genial, intuitiva e innovadora del plan de Dios para el matrimonio y la familia y lo propondrá como camino de evangelización para el tercer milenio. Benedicto XVI confirmó de manera reiterada y luminosa la bondad de este itinerario evangelizador invitando a seguir profundizando en él⁹⁰. Francisco nos sorprende ahora con la convocatoria de estos dos Sínodos de los obispos para los años 2014 y 2015, en los que estoy convencido de que se profundizará en la importancia de esta propuesta de Dios para el matrimonio y la familia.

La Iglesia española también se siente interpelada por este reto. Sabe que servir a la familia cristiana constituye una de las tareas fundamentales de la Iglesia⁹¹, y prueba clara de ello es la publicación de varios documentos por parte de la Conferencia Episcopal Española, conocidos por todos, y referidos a esta pastoral familiar renovada. En ellos, como hemos podido comprobar a lo largo de esta exposición, se intenta evidenciar ante la sociedad y la iglesia española los principios fundamentales del Evangelio del matrimonio y la familia con el fin de *“ser una llamada a renovar la vida de los matrimonios y las familias cristianas reafirmando su vocación eclesial y social”*⁹². Partiendo del evangelio del matrimonio y la familia *“-que se toma como el marco de referencia que da la luz a las distintas acciones para anunciar, promover y celebrar dicho Evangelio- se dan indicaciones, se presentan directivas de acción y se alientan las iniciativas que desde los diferentes ámbitos puedan y deban favorecer la acción de la familia en su doble condición de “sujeto” y “objeto” de la acción pastoral”*⁹³. Acción pastoral que lo que pretende es ayudar a la familia a alcanzar su plenitud de vida humana y cristiana.

Estamos ante una labor que se presenta como una tarea ingente pero absolutamente necesaria para afrontar con determinación la evangelización del nuevo milenio. La pastoral familiar renovada, conforme al plan de Dios para el matrimonio y la familia, es una propuesta clarividente y esperanzadora, y entiendo que una concreción histórica de la Nueva Evangelización.

Familia hoy..., cit., p. 45.

⁸⁹ Francisco, *Carta encíclica Lumen Fidei* (29 de junio de 2013), n. 53.

⁹⁰ Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso al Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia* (11 de mayo de 2006); cfr. también, J.J. PÉREZ-SOBA, “Vocazione all’amore e teologia del corpo”, en CONGRESSO INTERNAZIONALE, *“Verso Cristo”. A 30 anni da Redemptor Hominis. Attualità di una via all’uomo*, Pontificio Istituto Giovanni Paolo II e Knights of Columbus, Roma (16-17 ottobre 2009).

⁹¹ DPF, n. 1.

⁹² FSV, n. 5.

⁹³ DPF, n.º 3.

El Papa Juan Pablo II, culmina la FC con unas palabras de aliento y exigencia que hace suyas la Iglesia española en la Conclusión del Directorio de Pastoral Familiar: *“¡El futuro de la humanidad se fragua en la familia! Por consiguiente es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover los valores y exigencias de la familia. (...) A este respecto, siento el deber de pedir un empeño particular a los hijos de la Iglesia. Ellos, que mediante la fe conocen plenamente el designio maravilloso de Dios, tienen una razón de más para tomar con todo interés la realidad de la familia en este tiempo de prueba y de gracia”*⁹⁴.

El anuncio del evangelio de la grandeza y la verdad del amor humano ha de ser permanente y realizarse de distintos modos⁹⁵. La Iglesia católica en este tercer milenio, de la mano del Papa Francisco, acoge el reto y la urgencia de desentrañar toda la riqueza de este plan maravilloso de Dios y asume la necesidad de anunciarlo a toda la sociedad: *“A partir de todo esto se comprende la urgencia con la cual el episcopado mundial, cum et sub Petro, considera atentamente estos desafíos. (...) Esta realidad presenta una singular correspondencia con la amplia acogida que está teniendo en nuestros días la enseñanza sobre la misericordia divina y sobre la ternura en relación a las personas heridas, en las periferias geográficas y existenciales: las expectativas que se derivan de ello acerca de las decisiones pastorales sobre la familia son muchas. Por lo tanto, una reflexión del Sínodo de los Obispos sobre estos temas parece tanto necesaria y urgente, cuanto imperativa, como expresión de la caridad de los Pastores, no sólo frente a todos aquellos que son confiados a ellos, sino también frente a toda la familia humana”*⁹⁶.

⁹⁴ FC, n. 86; DPF, n. 306.

⁹⁵ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar* (26 de abril de 2012), n. 143.

⁹⁶ III ASAMBLEA EXTRAORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Documento preparatorio: Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización*, punto I.

Apúntate a lo nuevo

*Qué podemos aportar a este nuevo mundo*⁹⁷

Cándido Orduna, SDB

El evangelio de Jesús

Lo señalo en primer lugar. A este nuevo mundo podemos y debemos aportar el Evangelio de Jesús, como el gran tesoro que tenemos. Esto ya lo sabemos, pero no está mal que nos lo recordemos de vez en cuando.

Por una Iglesia excéntrica

Uno de los grandes favores que el papa Francisco ha hecho a la Iglesia es su constante invitación a salir de sí misma, algo que tenía clarísimo ya antes de ser elegido como Papa. En la congregación general de cardenales previa al cónclave expresó ya esta idea: La evangelización es la razón de ser de la Iglesia, **“La dulce y confortadora alegría de evangelizar”**, que decía Pablo VI. Y explicaba: Evangelizar supone celo apostólico. Evangelizar supone en la Iglesia **la parresía de salir de sí misma**. La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no solo las geográficas, sino también las periferias existenciales...

Porque cuando la Iglesia no sale de sí misma para evangelizar deviene **autorreferencial** y entonces enferma.

La **exhortación apostólica *Evangelii gaudium*** ha sido un desarrollo de esta visión del Papa, que repite con frecuencia.

También en la **“Carta apostólica a todos los consagrados”** del 2014 nos recordaba a los religiosos lo mismo: “Espero de vosotros... lo que pido a todos los miembros de la Iglesia: salir de sí mismos para ir a las periferias existenciales. “Id al mundo entero”, fue la última palabra que Jesús dirigió a los suyos y que sigue dirigiendo a todos nosotros. Hay toda una humanidad que espera, familias en dificultad, niños abandonados, jóvenes sin futuro alguno, enfermos y ancianos abandonados, ricos

⁹⁷ Texto inédito para forum.com.

hartos de bienes y con el corazón vacío, hombres y mujeres en busca de sentido de la vida, sedientos de lo divino.

La verdad es que la tarea de **evangelización nos resulta complicada**. Nos empeñamos en ella y sin embargo los resultados parecen desalentadores. Es más, tenemos la sensación de no saber qué hacer. La raíz del problema radica en la fractura entre fe y cultura. **“La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda, el drama de nuestro tiempo”**, decía Pablo VI. Pero es en esta etapa de la historia en la que debemos llevar adelante nuestra tarea evangelizadora. No valen los lamentos, ni quejarse de la tierra o de la sequía que tenemos. La tierra es la que es y está como está. No podemos excusarnos echando las culpas a la situación que padecemos. Nos guste o no allí nos está esperando Dios, allí nos llama y nos reta para dar nuestra respuesta. Y, si lo pensamos bien, quizás los tiempos no sean tan malos. Quizás se nos brinde una de las mejores oportunidades.

Como los primeros cristianos

Me cae simpática la comunidad de Jerusalén por sus formas entrañables de comunión en la caridad, en la fidelidad en el compartir la Palabra de Dios y en la fracción del pan, en los servicios recíprocos, pero me da la impresión de estar encerrada en sí misma y en sus tradiciones judías. Por eso me resulta más atrayente la comunidad de Antioquía que se ve obligada a ser creativa y enfrentarse a los desafíos culturales de un mundo nuevo.

Cuando, después de la persecución sucedida en Jerusalén, llegaron a Antioquía, empezaron a hablar solo a los judíos. Era lo que habían aprendido y lo que sabían hacer. Repetían lo que sabían. No estaban preparados para afrontar un cambio de lenguaje y de esquemas mentales. Pero el Espíritu Santo les impulsó a hacer frente a nuevos interlocutores. Y fueron unos originarios de Chipre, los que empezaron a hablar también a los griegos. Tuvieron el atrevimiento de hablar en otra lengua y cultura. Los resultados los sabemos.

Antioquía nos demuestra que hay que espabilarse, que hay que arriesgar sin dejarse llevar por miedos infantiles y por la comodidad y seguridad de lo que siempre se ha hecho. Más aún nos demuestra que es el Espíritu el que nos está urgiendo a ello. En aquel momento tuvieron la suerte de contar con Bernabé, hombre abierto **a los nuevos caminos del Espíritu**. Enviado para controlar se deja fascinar por la gracia que florece, reconoce lo positivo de esta nueva fase de desarrollo y no insiste en lo que hay que corregir, sino en la novedad a la que les está llamando el Espíritu.

Y ahora ¿cómo podemos llevar adelante esta tarea?

Señalo, a modo de elenco, algunos elementos que podríamos tener en cuenta en este anuncio del evangelio. Me inspiro en un artículo de Gabino Uribarri aparecido en “Sal Terrae” (1995).

1- Anunciar desde lo recibido

Estamos en una época en que poco cuentan los apoyos institucionales y lo establecido. Por eso **el anuncio pasa inexorablemente por la propia experiencia de fe**. «*Vete a tu casa, donde los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo, y que ha tenido compasión de ti*» (Mc 5,19), le dice Jesús al endemoniado curado de Gerasa.

No podemos hablar de Dios de oídas. Nuestro anuncio no puede prescindir de lo que graciosamente **hemos recibido y experimentado**.

2- Anunciar desde la misión

La misión procede de Dios. Creemos en un Dios misionero, que *quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tm 2,4).

Esta voluntad de Dios se hace patente y explícita en Jesús, el enviado del Padre; se continúa en los discípulos, y en la Iglesia, que se siente también enviada (Mt 28,19-20). En este mismo dinamismo nos encontramos nosotros. Así, pues, junto a impulso espontáneo de querer compartir lo bueno de la vida con otras personas, está **el encargo explícito y la tarea encomendada por el Señor**. “**Id por todo el mundo a predicar el evangelio**”. Pablo interiorizó esta urgencia hasta el punto de exclamar: «*iAy de mí si no evangelizare...!*» (1 Cor 9,16).

3- Anunciar desde la unión con Dios y el discernimiento

Si hemos recibido una misión de Alguien, hemos de estar en contacto con el que nos la ha dado. **Necesitamos orar, escuchar la Palabra de Dios**. Imitando a Ezequiel, antes de proclamar el mensaje, nos hemos de **tragar el rollo** donde se contienen las palabras que Yahvé quiere poner en nuestros labios. Y nos hemos de preguntar una y otra vez qué es lo que Dios nos está pidiendo en este momento de la historia.

Jesús oraba, se comunicaba con el Padre y cuando hablaba, hablaba palabra de Dios. Las primeras comunidades hacían lo mismo: El Espíritu Santo y nosotros, hemos decidido... Sin esta unión nuestros mensajes pueden ser más nuestros que de Dios.

4- Anunciar desde el cariño por la gente

La gente percibe inmediatamente si se habla desde el interés sincero por su bien, **si se habla desde el amor**, o si se está cumpliendo el expediente. Sin conectar con los oyentes, sin quererlos de verdad, no se crea el clima necesario para la evangelización. No somos funcionarios, ni nos deben mover otras motivaciones por muy lícitas que sean.

Lo que más enamoraba de Jesús no era precisamente la doctrina que predicaba o las normas de vida que daba, sino su forma de tratar a cada persona, de relacionarse con todos los que se encontraba, especialmente con los que se sentían desgraciados. Su palabra, sus gestos llegaban al corazón, porque estaban movidos por el amor y la misericordia. Si nuestras palabras no llegan al corazón, sanando heridas, compartiendo dudas y dificultades de nuestra gente mal van a sentir que el evangelio es buena nueva para ellos.

5- Anunciar desde la confianza

Salir al ruedo con un mensaje religioso exige, en nuestra sociedad, una cierta valentía. Sin embargo, Jesús puso la continuidad del evangelio en manos de sus discípulos. **Si Dios nos envía es que Él va a actuar.**

Si nosotros vamos sembrando, Dios cumplirá con la parte que le corresponde. Él nos asegura: **«Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»** (Mt 28,20). Nos asusta demasiado el fracaso. Pero nos debe alentar la confianza de que hasta en el mismo fracaso o en lo que nosotros consideramos fracaso Dios sabe sacar vida. Lo nuestro es sembrar. La fuerza está en la semilla.

6- Anunciar con humildad y claridad

Vivimos en una situación de incertidumbre. No es que no sepamos dar respuestas. Es que nos han cambiado las preguntas. Hemos de ser humildes y reconocer que no lo sabemos todo. Lo importante es saber a dónde vamos, ir en la buena dirección y dar los pequeños pasos que podamos. Pocas cosas molestan tanto como la arrogancia y la imposición.

La humildad implica la **apertura para recibir y aprender** de la gente, de los alejados y de los ácidamente críticos. Por eso hoy debemos hacer pastoral desde **el compartir, desde el diálogo, desde la búsqueda** codo a codo con el otro.

7- Anunciar acompañando y atendiendo a situaciones concretas

El Papa Francisco decía a los participantes en el Congreso Internacional de Teología que se realizó en la Universidad Católica de Argentina (2015). “Las preguntas de nuestro pueblo, sus angustias, sus peleas, sus sueños, sus luchas, sus preocupaciones poseen un valor hermenéutico que no podemos ignorar si queremos tomar en serio el principio de encarnación. **Sus preguntas nos ayudan a preguntarnos, sus cuestionamientos nos cuestionan.** Todo esto nos ayuda a profundizar en el misterio de la Palabra de Dios, Palabra que exige y pide dialogar, entrar en comunicación. **De ahí que no podemos ignorar a nuestra gente a la hora de realizar teología”.**

“No hacer este **ejercicio de discernimiento** hace que la Buena Nueva deje de ser nueva y especialmente buena, volviéndose una palabra estéril, vacía de toda su fuerza creadora, sanadora, resucitadora, **poniendo así en peligro la fe de las personas de nuestro tiempo**”.

8- Anunciar por todas partes y en cualquier momento

Descubrimos la audacia y creatividad de los primeros creyentes en Jesús a la hora de testimoniar su fe. Los encontramos difundiendo la Buena Noticia de Jesús, muerto y resucitado, allí donde alguien podía escucharlos: **en la calle** (Hch 2,14), **a la puerta del templo** (Hch 3,11), **por todas partes** (Hch 8,4), **en el camino hacia otros lugares** (Hch 8,27), **en la plaza pública** (Hch 17,17), **junto al río** (Hch 16,13); aprovechando incluso situaciones adversas como **la prisión** (Hch 4,8; 16,23; 21,40). Pablo solía dirigirse a los judíos **en las sinagogas** (Hch 9,20; 13,5.14; 17,1.10; 19,8...) y a los paganos **en el Areópago de Atenas** (Hch 17,22s). Y de manera especial lo hacían **en las casas**, que se convertían en «**Iglesias domésticas**» donde se posibilitaban las relaciones interpersonales basadas en la fraternidad, la comunicación de la fe y la participación real de todos los miembros (Hch 1,13; 2,42).

Esto nos hace reflexionar sobre nuestros lugares de evangelización hoy, porque tal vez han quedado reducidos a lugares muy concretos y cerrados, aunque estemos presentes en el mundo tan amplio y abierto que nos proporcionan las redes sociales.

9- Proclamar con credibilidad

Si la palabra es importante, **sin testimonio de vida** será como una campana que retiñe o unos platillos estridentes (1 Cor 13,1). Más que nuestras palabras, **nuestra vida es una proclamación**. El Papa nos dice: Ten en cuenta que mucha gente el único evangelio que leerá es tu propia vida, tu propia persona.

La proclamación de la llamada del Reino por parte de Jesús **fue acompañada de signos, de milagros**. De modo semejante, Jesús no sólo encargó a sus discípulos que predicaran; también les dio poder para expulsar demonios (Mc 3, 14,15). La Iglesia apostólica realizó signos (Hch 2, 43; 5,2). Jesús aseguró a sus discípulos: «**El que cree en mí, también hará las obras que yo hago, y las hará mayores que éstas**» (Jn 14,12). Ciertamente hemos de predicar algo que no cumplimos del todo. Lo tenemos que reconocer, pero no podemos prescindir de nuestro testimonio.

10- Anunciar con creatividad y audacia

“No hagamos entristecer al Espíritu, que siempre indica nuevos senderos para recorrer y llevar a todos el Evangelio que salva” (*Misericordia et miseria*).

Estamos en un tiempo en el que hay que hacer un esfuerzo de inculturación, es decir, de penetrar en los centros vitales, en los núcleos dinamizadores de la cultura para poder evangelizar la cultura.

No podemos vivir a la defensiva ante lo extraño o diferente. Hemos de recuperar cierta provisionalidad en las formulaciones, un talante vital que permita vivir a la intemperie, «ligeros de equipaje».

En fin, como la comunidad de Antioquía hemos de arriesgarnos a hacer las cosas de otra manera. Pero de esto ya hablaremos en otra ocasión.

Ahora que quede clara una invitación: si el evangelio es luz, es sal, es levadura... está para ponerlo en el candelero o para arrojarlo al mundo. Y dejar que fermente la masa, que masa no falta y la levadura es de la buena la mejor.



Lectio Divina

Tercera etapa: Identificar a Jesús posibilita su seguimiento⁹⁸

El camino de fe de los primeros discípulos de Jesús en el cuarto evangelio

Juan José Bartolomé

Lectio sobre Jn 1,35-42

«Al día siguiente», el **tercero de la semana** (Jn 1,35-42), Jesús, quien todavía no había dicho una sola palabra, fue proclamado de nuevo «*cordero de Dios*» (Jn 1,35; cf. 1, 29). A raíz de ello, «*los dos discípulos, que estaban con Juan y oyeron sus palabras, siguieron a Jesús*» (cf. Jn 1,35-37). Puesto que el cuarto evangelio omite la escena inaugural de bautismo de Jesús (Mc 1,9-11) y las tentaciones en el desierto (Mc 1,12-13), presenta *el nacimiento del discipulado* como la consecuencia, un tanto fortuita, del testimonio del Bautista, su primer efecto tangible.

Esta presentación, única en la tradición evangélica, puede muy bien reflejar los orígenes históricos de la comunidad juánica, algunos de cuyos primeros miembros habrían sido discípulos de Juan, antes de llegar a ser seguidores de Jesús. Al narrar el encuentro de Jesús con los primeros discípulos, el cuarto evangelio subraya la capacidad de atraer, seducir incluso, a quien encuentra en el camino y la rapidez con que se convierte en compañero suyo quien con él se topa.

En Juan Jesús no llama con un potente «*sígueme*» (Mc 1,17.19; Mt 4,19); atrae a sí las personas sin decir una palabra, respondiendo más bien a sus deseos (Jn 1,38). En Juan Jesús no llama tras haber anunciado el reino de Dios próximo y exigido urgente conversión (Mc 1,14-15); van tras él después de haber sido identificado como el «*cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*» (Jn 1,29). En Juan Jesús no escoge dos parejas de hermanos que ha visto mientras trabajaban; es él quien es buscado por discípulos del Bautista que, después, se dedicarán a llevar hasta Jesús amigos o hermanos para que lo conozcan. En Juan Jesús no lleva sus primeros discípulos a Cafarnaún para hacerlos contemplar, un sábado, cómo enseña con autoridad en una sinagoga (Mc 1,21); los hace participar, en Caná, a una boda a la que había sido invitado (Jn 2,2).

⁹⁸ Texto inédito para forum.com.

Comienza así una historia de fe, inicio de esa aventura insustituible que es el descubrimiento gradual del misterio personal de Jesús, una historia que según el esquema narrativo juánico, se desarrolla – también ahora – en dos jornadas (Jn 1,35-42.43-51) y pasa por diversas etapas: testimonio cualificado sobre Jesús (Jn 1,36.41.45), encuentro con él (Jn 1,39.42.43.46.49) y confesión de fe (Jn 1,41.45.49). Juan, pues, presenta la primera *convocación de discípulos como parte integrante, y previa, de la manifestación de la gloria de Jesús*. La historia, que se inicia con la invitación de Jesús (Jn 1,39: «*venid y veréis*»), se cerrará cuando Jesús, dando inicio a sus milagros, deje ver su gloria y sus discípulos crean en él (Jn 2,11: «*vieron su gloria y creyeron en él*»).

1. Lectura del texto: entender qué dice fijándose cómo se dice

La **tercera ‘etapa’** del camino del discipulado corresponde al *primer encuentro con Jesús de dos discípulos* del Bautista que, en este momento, aún no ‘tienen nombre’ (Jn 1,35.37.40) y, parece, tampoco tenían ‘buenos motivos’ para seguirlo. Si bien habían escuchado ya la presentación de Jesús como «*el cordero que quita el pecado del mundo*» (Jn 1,29), cuando Jesús les pregunta por sus intenciones, solo saben responder preguntando por su domicilio. ¡Qué pocos, y modestos, motivos para ponerse en búsqueda de Jesús! ¡Y éstos fueron los primeros discípulos!

³⁵ Al día siguiente, estaba Juan con dos de sus discípulos y, ³⁶ fijándose en Jesús que pasaba, dice:

«*Este es el Cordero de Dios*». ³⁷

Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. ³⁸ Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «*¿Qué buscáis?*».

Ellos le contestaron:

«*Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?*».

³⁹ Él les dijo:

«*Venid y veréis*».

Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima.

⁴⁰ Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; ⁴¹ encuentra primero a su hermano Simón y le dice:

«*Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)*».

⁴² Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo:

«*Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro)*».

El Bautista se encontraba con dos discípulos, cuando vio a Jesús pasar. No sabemos adónde va,⁹⁹ ni de dónde viene¹⁰⁰. Mirándolo fijamente, lo proclama, per segunda vez,

⁹⁹ Ahora no se dirige hacia el Bautista, como en Jn 1,29

¹⁰⁰ En Mt 4,13 viene de Galilea; Mc 1,9 concreta más, llegó de Nazaret.

«*cordero de Dios*» (Jn 1,36.29). El testimonio tiene, como consecuencia inmediata, el inicio del seguimiento.

Hay algo en el relato que hace pensar: estos dos discípulos tenían ‘ya’ un maestro, que les había enseñado a esperar el día del Señor (el reino de Dios) y exhortado a vivir según las exigencias de Dios (la conversión).¹⁰¹ Antes de ser discípulos de Jesús lo habían sido del Bautista. Pero haber sido por un tiempo seguidores del Bautista no era todavía suficiente; pues, si bien fue porque Jesús «*pasó junto a ellos*» que el Bautista pudo «*fijarse en él*» y lo identificó (Jn 1,36.29), será cuando reciban la invitación de Jesús a permanecer con él «*ese día*» que inicien su caminar tras Jesús. Esos dos discípulos tenían un maestro, que abandonaron para permanecer con otro «*aquel día*» (Jn 1,39). Además, y sobre todo, *Jesús se volvió, los miró y conversó con ellos. Tomó la iniciativa y los invitó a «venir y a ver»* (Jn 1,39).

La conversación que se estableció fue, en apariencia, normal. Estos hombres, que iniciaron acercándose a Jesús y terminarán por ser sus discípulos (Jn 1,40.43; 10,4.27; 13,36-38, 21,19.22), llegaron a él impulsados por indiscreciones o propaganda sobre Jesús. Solo uno, Felipe, oír la invitación inapelable a seguirlo (Jn 1,43; cf. 1,42.45). Se presentaron a Jesús ignorando por completo su misión y la persona, buscando conocer algo tan banal como su residencia: «*¿dónde moras?*» (Jn 1,38.46). En cualquier caso, fue Jesús quien tomó la iniciativa, no con una orden (cf. Mc 1,17.19), sino con una pregunta (Jn 1,38: «*¿qué buscáis?*») y una invitación (Jn 1,39: «*venid y veréis*»). En su compañía iniciarán una larga marcha: deberán ir, ver y permanecer con él. Todo comenzó el día en que «*se quedaron con él*» (Jn 1,39).

Encontrarse con Jesús no produce siempre los mismos efectos. Una segunda escena lo describe con acierto (Jn 1,40-42): mientras un discípulo, sin nombre, se queda con Jesús, el otro, ahora identificado como Andrés, va en búsqueda de su hermano que no conoce aún a Jesús. ¡Tan escasa convivencia, un día de duración, lo ha convertido en propagandista (Jn 1,41)! Haberse quedado con Jesús lleva a Andrés, más espontáneo, a buscar a su hermano para hacerlo discípulo. Pero esta vez no lo guía la curiosidad, sino su personal descubrimiento. Apenas un día de convivencia con Jesús le ha llevado a confesarlo mesías. Y la fe lo lleva al testimonio: «*¡Hemos encontrado al mesías!*» (Jn 1,41).

El primer encuentro de Pedro con Jesús es del todo singular. Simón no va porque lo desee, sino porque lo lleva su hermano. No dice una sola palabra a Jesús, ni éste le manda que le sigue (lo hará, una vez resucitado: cf. Jn 21,19). Jesús se limita a «*quedarse mirándolo*» fijamente y a cambiarle el nombre. Jesús, que conoce los hombres (Jn 1,42; 2,25), proclama que Simón, el hijo de Juan, será conocido con el nombre de “*pedra*” y por su función de ser “*roca*” de la fe de los discípulos que vendrán. Jesús tuvo seguidores antes y después de Simón Pedro; solo cambió de nombre, y de destino, al que él quiso.

¹⁰¹ Cf. Mc 1,2-11; Mt 3,1-17; Lc 3,1-18.

2. Comprender el texto: aplicar *lo que dice a la propia vida*

No fue, pues, una imperativa invitación de Jesús el motivo que estuvo al origen del discipulado (Mc 1,17; Mt 4,19). Los dos primeros que le siguieron, antes de ser interpelados por Jesús, habían escuchado un día antes (Jn 1,29) la proclamación de su maestro, el Bautista, quien la repetiría el día siguiente (Jn 1,35). Por eso, antes de ser invitados por Jesús a «*venir y ver*» (Jn 1,39), los discípulos habían oído al Bautista identificarlo como «*cordero e hijo de Dios*» (Jn 1,29.36). Porque Jesús contó con un testigo previo, fidedigno, dos discípulos del Bautista quisieron quedarse con él ese día (Jn 1,39). *Testimoniar a Jesús precede e habilita el seguirlo... Pero no siempre – y es una desgracia – quien lo proclama primero llega a ser su discípulo.* Tal fue el caso del Bautista. ¿No parece que, a veces, *ese sea nuestro caso?*

«*¿Qué andáis buscando?*» (Jn 1,38) es **la primera palabra pronunciada por Jesús**, Palabra de Dios, en el cuarto evangelio. La incisiva pregunta no se la hace a cualquiera, sino a dos que ya le estaban siguiendo (Jn 1,37). *Para que Jesús nos hable, para que nos cuestione, debe vernos siguiéndole;* tiene que saberse buscado, deseado. Y a quien lo sigue, le pregunta sobre la intención que le guía a ponerse tras de él. ¿Qué buscamos nosotros, mientras le seguimos? ¡No es nada inocente la pregunta! Todo el que sigue a Jesús, aunque sea llevado por simple curiosidad, debe sentirse cuestionado: ¿qué buscas cuando me sigues?

El seguimiento es, en primer lugar, **búsqueda que tiene su origen en el anuncio.** Los primeros seguidores alimentaban pequeñas expectativas, más banales incluso que las de los judíos frente al Bautista (Jn 1,19-28). Su curiosidad por saber más sobre la persona de Jesús (Jn 1,38: «*¿dónde habitas?*») les hizo posible ser invitados a convivir (Jn 1,39.46 «*venid y veréis*»). La convivencia será la ocasión para escuchar la promesa de futuras, y mejores, revelaciones (Jn 1,50: «*veréis cosas más grandes*»). *No hizo falta más que simple curiosidad para ser invitado a convivir; pero será necesario convivir para que se nos prometa mayores premios.*

Hay que notar que el evangelista no diga *dónde* habitaba Jesús. La primera pregunta de los discípulos quedará, para siempre, sin respuesta. No sabremos nunca de dónde venía ni en dónde residía; pero lo sabremos *viniendo siempre a nosotros.* No es importante el lugar, sino su persona, mejor quedarse donde vaya. Y solo con quien con él se queda Jesús inicia el proceso de formación del grupo. *Permanecer, fiel y silenciosamente, junto a él es, para el cuarto evangelio, la esencia del discipulado* (cf. Jn 15 3-10). Quien comparte con Jesús morada y vida recibirá, lógicamente, sus más íntimas confidencias; quien no se aleja mucho del maestro, no lo abandonará fácilmente.

En este primer episodio Juan describe el modelo de encuentro con Jesús del que surge no un solo discípulo sino **una pequeña comunidad**, formada por esos dos que se quedaron donde Jesús moraba. De ahí la importancia del momento, señalado con la hora exacta que ha visto nacer la comunidad: «*la hora décima*», las cuatro de la tarde, previo a la caída del sol, tiempo para el reposo e la intimidad. Han hecho experiencia de Jesús en común. *Han ido a él juntos y juntos se han quedado con él.* Andrés, no solo sino acompañado, encontró a Jesús; y en compañía quiso volver a él, llevándole su

hermano. *Así debe ser todo esfuerzo de convocación*: los que han sido conquistados por él, se esfuerzan – isin demasiado esfuerzo!, naturalmente – por ganar un hermano para el maestro. No se puede tener para uno solo a Cristo Jesús.

En la tradición evangélica Simón Pedro se distingue de los demás por su adhesión personal, inmediata y sincera, a Jesús, lo mismo que por su reiterada incapacidad de comprender al maestro y su oposición al plan de Dios sobre él (cf. Jn 13,6-9.36-38; Mt 16,21-23). No se puede ser discípulo alimentándose solo del entusiasmo inmediato por Jesús, si no hay convivencia en la monotonía de los días ordinarios y con el cansancio del camino. *El discípulo se convalida en la aceptación del destino de su maestro*. Cuando Pedro lo entienda y asuma, tras el dolor y las lágrimas, la traición y la huida, se convertirá en “pastor” y “roca” de sus hermanos (cf. Jn 21,15-19). Solo entonces.

Quizá a ningún otro costó tanto recibir la llamada de Jesús: «*sígueme*» (Jn 21,19). Ninguno tuvo un aprendizaje tan duro como Pedro. Ninguno recibió la llamada tan tarde, ni fue sometido a prueba tan humillante y penosa al ser preguntado por Jesús, ante todos, si lo amaba «*más que éstos*» (Jn 21,15.16.17). Para llegar a ser fundamento de la comunidad no es obstáculo ni nuestros errores, ni la incompreensión manifiesta, ni la demostrada terquedad, ni siquiera las tradiciones consumadas. *Jesús, que ha contado con todos nuestros defectos, quiere contar también con todo nuestro amor*, un amor mayor que el de los demás.

El discípulo que no tenga experiencia de su pecado contra el maestro no es apto para representarlo en su ausencia. La fortaleza de Simón no nació de su capacidad para amar al maestro, sino de su certeza de ser amado por él. *Hemos sido fundados sobre la piedra que traicionó a su Señor...* Jesús no confía su iglesia a quien crea que lo ama tanto como para no abandonarlo nunca; se la confió a quien lo abandonó, pero jamás dudó de que lo amaba más que ninguno. Jesús sigue llamando a traidores para que presidan su comunidad; pero deben sentirse más, y mejor, amados.

3. Orar la Palabra: conversar con Dios hasta que convierta nuestro corazón a su querer

Me llama la atención, Señor, que encontraras entre los discípulos del Bautista tus primeros seguidores. No los llamaste tú. Lo que escucharon a su maestro les despertó la curiosidad por conocerte mejor. Y me sorprende aún más que quien vino para anunciar tu llegada e identificarte cuando vinieras, no se animara, después, a seguirte. Puesto que te conocía porque se le reveló tu identidad, ¿no estaba mejor preparado para optar por ti? No fue su misión ser tu discípulo, sino solo tu precursor. No quiso convivir contigo, se conformó con permitir que te siguieran algunos de los que estaban con él. ¡Triste destino el de tus testigos!: saben quién eres y para qué has venido; pero no siempre se sienten llamados a compartir tu vida y misión. Para que tengas seguidores, tienes que contar con testigos. Pero no todos los que más saben de ti, encuentran razones para ir tras de ti. ¿No estará siendo este mi caso? ¿Tendré que

conformarme con que de entre los que están conmigo salgan tus seguidores y yo me quede sin conocer «*dónde moras*» (Jn 1,38)?

Me parece relevante que la primera palabra que pronunciaste se la dirigiste a quienes te seguían sin que tú se lo hubieras pedido. ¿Te pareció extraño que fueran tras de ti, después de haber sido señalado por el Bautista como «*el cordero de Dios*» (Jn 1,36)? ¿O no te valía la simple curiosidad como motivo del inmediato seguimiento? El caso es que, como discípulo tuyo, me siento profundamente cuestionado por esa pregunta con la que se inició el discipulado. ¿Qué busco, Señor, en realidad, cuando te sigo? ¿Qué me lleva a ti, cuando oigo hablar de ti? ¿Qué razones tengo para dejar de estar con otros y ponerme a seguirte solo a ti? Por más que me lo pregunto, aún no he llegado a darme una respuesta satisfactoria.

Mira tú por dónde: acabo de encontrar una buena razón para ir tras de ti. Te seguiré de cerca, para que sigas cuestionándome. Así me obligarías a no cesar de preguntármelo. ¡Ojalá te buscara yo, como la primera pareja que te siguió, para encontrarte, conocerte y quedarme a convivir contigo! Aunque fuera un solo día. Y es que solo a esos dos que deseaban saber dónde residías, los apremiaste a que ellos mismos vinieran – contigo, por supuesto – y vieran con sus propios ojos. No les hablaste de tu casa, los invitaste a ella. También yo quiero saber dónde te encuentras, para poder encontrarte: ¡me faltas tanto!

Posiblemente te eche tanto de menos, porque no voy a ti acompañado de quien te desea encontrar tanto como yo. Aunque encontrarte sea siempre una vivencia personalísima, el camino hacia ti ha de recorrerse junto a los que, hermanados por la fatiga y el anhelo, andemos en tu búsqueda. Solo te hallaré, si siempre voy acompañado. Tu búsqueda, no solo el encuentro, crea ya comunidad de vida. Antes de lanzarme en pos de ti, necesito de unos hermanos – ¡bastaron dos en un inicio! – para toparme contigo. Te ruego me des compañeros que compartan el anhelo de encontrarte y el deseo de quedarnos contigo.

Envidio a Simón que tuvo la suerte de que Andrés, su hermano, hubiese pasado una jornada contigo. ¿Dónde están el hermano que te haya conocido y me lleven a ti, donde tú moras? ¿Por qué no me basta a mí un solo día conviviendo contigo para proclamar a mis hermanos que sí, que «*¡hemos encontrado al Mesías!*» (Jn 1,41). Si no tengo quien me lleve a ti, ¿cómo podré encontrarte? Si te encuentro y no busco hermanos a quienes confiar mi

secreto, ¿cómo podrán ellos saber que te he encontrado? Haberte conocido me impone darte a conocer. Si necesito hermanos con los que ir en pos de ti, también necesito hermanos a quienes anunciar que te he encontrado. Me quedaría sin ti, tanto si no dispongo de alguien que me acompañe en la búsqueda, como si me faltan hermanos a quienes decirles a quién he encontrado. Jamás llegaré a ti, si no voy con quien comparta mi búsqueda. Estaré seguro de haberte encontrado, si busco a quien anunciar mi hallazgo.

Pero la verdadera fortuna de Simón no fue tener en Andrés el hermano que lo condujo hasta ti. Aunque, supongo, tendrá que estarle por ello agradecido

eternamente. Su dicha, totalmente inesperada, fue encontrarse con tu mirada penetrante y la decisión de cambiarle el nombre e imponerle una nueva misión. Le bastó a Pedro un solo encuentro contigo para sentirse un hombre totalmente nuevo. ¿Para qué me sirve ser llevado hasta ti, si encontrarte no me cambia? ¿Qué tendré que cambiar yo, para que estar contigo provoque un nuevo inicio en mi vida? ¡Cámbiame de nombre, de identidad, y dame a mi vida una nueva misión, para que sepa que te has fijado en mí y me quieres a tu servicio!

► El anaquel

“No amemos de palabra sino con obras”, mensaje para la I Jornada mundial de los pobres

Papa Francisco

1. «Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras» (1 Jn 3,18). Estas palabras del apóstol Juan expresan un imperativo que ningún cristiano puede ignorar. La seriedad con la que el «discípulo amado» ha transmitido hasta nuestros días el mandamiento de Jesús se hace más intensa debido al contraste que percibe entre las *palabras vacías* presentes a menudo en nuestros labios y los *hechos concretos* con los que tenemos que enfrentarnos. El amor no admite excusas: el que quiere amar como Jesús amó, ha de hacer suyo su ejemplo; especialmente cuando se trata de amar a los pobres. Por otro lado, el modo de amar del Hijo de Dios lo conocemos bien, y Juan lo recuerda con claridad. Se basa en dos pilares: Dios nos amó primero (cf. 1 Jn 4,10.19); y nos amó dando todo, incluso su propia vida (cf. 1 Jn 3,16).

Un amor así no puede quedar sin respuesta. Aunque se dio de manera unilateral, es decir, sin pedir nada a cambio, sin embargo, inflama de tal manera el corazón que cualquier persona se siente impulsada a corresponder, a pesar de sus limitaciones y pecados. Y esto es posible en la medida en que acogemos en nuestro corazón la gracia de Dios, su caridad misericordiosa, de tal manera que mueva nuestra voluntad e incluso nuestros afectos a amar a Dios mismo y al prójimo. Así, la misericordia que, por así decirlo, brota del corazón de la Trinidad puede llegar a mover nuestras vidas y generar compasión y obras de misericordia en favor de nuestros hermanos y hermanas que se encuentran necesitados.

2. «Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha» (Sal 34,7). La Iglesia desde siempre ha comprendido la importancia de esa invocación. Está muy atestiguada ya desde las primeras páginas de los Hechos de los Apóstoles, donde Pedro pide que se elijan a siete hombres «llenos de espíritu y de sabiduría» (6,3) para que se encarguen de la asistencia a los pobres. Este es sin duda uno de los primeros signos con los que la comunidad cristiana se presentó en la escena del mundo: el servicio a los más pobres. Esto fue posible porque comprendió que la vida de los discípulos de Jesús se tenía que manifestar en una fraternidad y solidaridad que correspondiese a la enseñanza

principal del Maestro, que proclamó a los pobres como *bienaventurados y herederos* del Reino de los cielos (cf. *Mt* 5,3).

«Vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (*Hch* 2,45). Estas palabras muestran claramente la profunda preocupación de los primeros cristianos. El evangelista Lucas, el autor sagrado que más espacio ha dedicado a la misericordia, describe sin retórica la comunión de bienes en la primera comunidad. Con ello desea dirigirse a los creyentes de cualquier generación, y por lo tanto también a nosotros, para sostenernos en el testimonio y animarnos a actuar en favor de los más necesitados. El apóstol Santiago manifiesta esta misma enseñanza en su carta con igual convicción, utilizando palabras fuertes e incisivas: «Queridos hermanos, escuchad: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino, que prometió a los que le aman? Vosotros, en cambio, habéis afrentado al pobre. Y sin embargo, ¿no son los ricos los que os tratan con despotismo y los que os arrastran a los tribunales? [...] ¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Es que esa fe lo podrá salvar? Supongamos que un hermano o una hermana andan sin ropa y faltos del alimento diario, y que uno de vosotros les dice: “Dios os ampare; abrigaos y llenaos el estómago”, y no les dais lo necesario para el cuerpo; ¿de qué sirve? Esto pasa con la fe: si no tiene obras, por sí sola está muerta» (2,5-6.14-17).

3. Ha habido ocasiones, sin embargo, en que los cristianos no han escuchado completamente este llamamiento, dejándose contaminar por la mentalidad mundana. Pero el Espíritu Santo no ha dejado de exhortarlos a fijar la mirada en lo esencial. Ha suscitado, en efecto, hombres y mujeres que de muchas maneras han dado su vida en servicio de los pobres. Cuántas páginas de la historia, en estos dos mil años, han sido escritas por cristianos que con toda sencillez y humildad, y con el generoso ingenio de la caridad, han servido a sus hermanos más pobres.

Entre ellos destaca el ejemplo de Francisco de Asís, al que han seguido muchos santos a lo largo de los siglos. Él no se conformó con *abrazar* y dar *limosna* a los leprosos, sino que decidió ir a Gubbio para *estar* con ellos. Él mismo vio en ese encuentro el punto de inflexión de su conversión: «Cuando vivía en el pecado me parecía algo muy amargo ver a los leprosos, y el mismo Señor me condujo entre ellos, y los traté con misericordia. Y alejándome de ellos, lo que me parecía amargo se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo». Este testimonio muestra el poder transformador de la caridad y el estilo de vida de los cristianos.

No pensemos sólo en los pobres como los destinatarios de una buena obra de voluntariado para hacer una vez a la semana, y menos aún de gestos improvisados de buena voluntad para tranquilizar la conciencia. Estas experiencias, aunque son válidas y útiles para sensibilizarnos acerca de las necesidades de muchos hermanos y de las injusticias que a menudo las provocan, deberían introducirnos a un verdadero *encuentro* con los pobres y dar lugar a un *compartir* que se convierta en un estilo de vida. En efecto, la oración, el camino del discipulado y la conversión encuentran en la caridad, que se transforma en compartir, la prueba de su autenticidad evangélica. Y esta forma de vida produce alegría y serenidad espiritual, porque se toca con la mano la *carne de Cristo*. Si realmente queremos encontrar a Cristo, es necesario que

toquemos su cuerpo en el cuerpo llagado de los pobres, como confirmación de la comunión sacramental recibida en la Eucaristía. El Cuerpo de Cristo, partido en la sagrada liturgia, se deja encontrar por la caridad compartida en los rostros y en las personas de los hermanos y hermanas más débiles. Son siempre actuales las palabras del santo Obispo Crisóstomo: «Si queréis honrar el cuerpo de Cristo, no lo despreciéis cuando está desnudo; no honréis al Cristo eucarístico con ornamentos de seda, mientras que fuera del templo descuidáis a ese otro Cristo que sufre por frío y desnudez» (*Hom. in Matthaeum*, 50,3: PG 58).

Estamos llamados, por lo tanto, a tender la mano a los pobres, a encontrarlos, a mirarlos a los ojos, a abrazarlos, para hacerles sentir el calor del amor que rompe el círculo de soledad. Su mano extendida hacia nosotros es también una llamada a salir de nuestras certezas y comodidades, y a reconocer el valor que tiene la pobreza en sí misma.

4. No olvidemos que, para los discípulos de Cristo, la pobreza es ante todo *vocación para seguir a Jesús pobre*. Es un caminar detrás de él y con él, un camino que lleva a la felicidad del reino de los cielos (cf. *Mt* 5,3; *Lc* 6,20). La pobreza significa un corazón humilde que sabe aceptar la propia condición de criatura limitada y pecadora para superar la tentación de omnipotencia, que nos engaña haciendo que nos creamos inmortales. La pobreza es una actitud del corazón que nos impide considerar el dinero, la carrera, el lujo como objetivo de vida y condición para la felicidad. Es la pobreza, más bien, la que crea las condiciones para que nos hagamos cargo libremente de nuestras responsabilidades personales y sociales, a pesar de nuestras limitaciones, confiando en la cercanía de Dios y sostenidos por su gracia. La pobreza, así entendida, es la medida que permite valorar el uso adecuado de los bienes materiales, y también vivir los vínculos y los afectos de modo generoso y desprendido (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 25-45).

Sigamos, pues, el ejemplo de san Francisco, testigo de la auténtica pobreza. Él, precisamente porque mantuvo los ojos fijos en Cristo, fue capaz de reconocerlo y servirlo en los pobres. Si deseamos ofrecer nuestra aportación efectiva al cambio de la historia, generando un desarrollo real, es necesario que escuchemos el grito de los pobres y nos comprometamos a sacarlos de su situación de marginación. Al mismo tiempo, a los pobres que viven en nuestras ciudades y en nuestras comunidades les recuerdo que no pierdan el sentido de la pobreza evangélica que llevan impresa en su vida.

5. Conocemos la gran dificultad que surge en el mundo contemporáneo para identificar de forma clara la pobreza. Sin embargo, nos desafía todos los días con sus muchas caras marcadas por el dolor, la marginación, la opresión, la violencia, la tortura y el encarcelamiento, la guerra, la privación de la libertad y de la dignidad, por la ignorancia y el analfabetismo, por la emergencia sanitaria y la falta de trabajo, el tráfico de personas y la esclavitud, el exilio y la miseria, y por la migración forzada. La pobreza tiene el rostro de mujeres, hombres y niños explotados por viles intereses, pisoteados por la lógica perversa del poder y el dinero. Qué lista inacabable y cruel nos resulta cuando consideramos la pobreza como fruto de la injusticia social, la miseria moral, la codicia de unos pocos y la indiferencia generalizada.

Hoy en día, desafortunadamente, mientras emerge cada vez más la riqueza descarada que se acumula en las manos de unos pocos privilegiados, con frecuencia acompañada de la ilegalidad y la explotación ofensiva de la dignidad humana, escandaliza la propagación de la pobreza en grandes sectores de la sociedad entera. Ante este escenario, no se puede permanecer inactivos, ni tampoco resignados. A la pobreza que inhibe el espíritu de iniciativa de muchos jóvenes, impidiéndoles encontrar un trabajo; a la pobreza que adormece el sentido de responsabilidad e induce a preferir la delegación y la búsqueda de favoritismos; a la pobreza que envenena las fuentes de la participación y reduce los espacios de la profesionalidad, humillando de este modo el mérito de quien trabaja y produce; a todo esto, se debe responder con una nueva visión de la vida y de la sociedad.

Todos estos pobres —como solía decir el beato Pablo VI— pertenecen a la Iglesia por «derecho evangélico» y obligan a la opción fundamental por ellos. Benditas las manos que se abren para acoger a los pobres y ayudarlos: son manos que traen esperanza. Benditas las manos que vencen las barreras de la cultura, la religión y la nacionalidad derramando el aceite del consuelo en las llagas de la humanidad. Benditas las manos que se abren sin pedir nada a cambio, sin «peros» ni «condiciones»: son manos que hacen descender sobre los hermanos la bendición de Dios.

6. Al final del Jubileo de la Misericordia quise ofrecer a la Iglesia la *Jornada Mundial de los Pobres*, para que en todo el mundo las comunidades cristianas se conviertan cada vez más y mejor en signo concreto del amor de Cristo por los últimos y los más necesitados. Quisiera que, a las demás Jornadas mundiales establecidas por mis predecesores, que son ya una tradición en la vida de nuestras comunidades, se añada esta, que aporta un elemento delicadamente evangélico y que completa a todas en su conjunto, es decir, la predilección de Jesús por los pobres.

Invito a toda la Iglesia y a los hombres y mujeres de buena voluntad a mantener, en esta jornada, la mirada fija en quienes tienden sus manos clamando ayuda y pidiendo nuestra solidaridad. Son nuestros hermanos y hermanas, creados y amados por el Padre celestial. Esta *Jornada* tiene como objetivo, en primer lugar, estimular a los creyentes para que reaccionen ante la cultura del descarte y del derroche, haciendo suya la cultura del encuentro. Al mismo tiempo, la invitación está dirigida a todos, independientemente de su confesión religiosa, para que se dispongan a compartir con los pobres a través de cualquier acción de solidaridad, como signo concreto de fraternidad. Dios creó el cielo y la tierra para todos; son los hombres, por desgracia, quienes han levantado fronteras, muros y vallas, traicionando el don original destinado a la humanidad sin exclusión alguna.

7. Es mi deseo que las comunidades cristianas, en la semana anterior a la *Jornada Mundial de los Pobres*, que este año será el 19 de noviembre, Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario, se comprometan a organizar diversos momentos de encuentro y de amistad, de solidaridad y de ayuda concreta. Podrán invitar a los pobres y a los voluntarios a participar juntos en la Eucaristía de ese domingo, de tal modo que se manifieste con más autenticidad la celebración de la Solemnidad de Cristo Rey del universo, el domingo siguiente. De hecho, la realeza de Cristo emerge con todo su significado más genuino en el Gólgota, cuando el Inocente clavado en la cruz, pobre,

desnudo y privado de todo, encarna y revela la plenitud del amor de Dios. Su completo abandono al Padre expresa su pobreza total, a la vez que hace evidente el poder de este Amor, que lo resucita a nueva vida el día de Pascua.

En ese domingo, si en nuestro vecindario viven pobres que solicitan protección y ayuda, acerquémonos a ellos: será el momento propicio para encontrar al Dios que buscamos. De acuerdo con la enseñanza de la Escritura (cf. *Gn* 18, 3-5; *Hb* 13,2), sentémoslos a nuestra mesa como invitados de honor; podrán ser maestros que nos ayuden a vivir la fe de manera más coherente. Con su confianza y disposición a dejarse ayudar, nos muestran de modo sobrio, y con frecuencia alegre, lo importante que es vivir con lo esencial y abandonarse a la providencia del Padre.

8. El fundamento de las diversas iniciativas concretas que se llevarán a cabo durante esta *Jornada* será siempre la *oración*. No hay que olvidar que el *Padre nuestro* es la oración de los pobres. La petición del pan expresa la confianza en Dios sobre las necesidades básicas de nuestra vida. Todo lo que Jesús nos enseñó con esta oración manifiesta y recoge el grito de quien sufre a causa de la precariedad de la existencia y de la falta de lo necesario. A los discípulos que pedían a Jesús que les enseñara a orar, él les respondió con las palabras de los pobres que recurren al único Padre en el que todos se reconocen como hermanos. El *Padre nuestro* es una oración que se dice en plural: el pan que se pide es «nuestro», y esto implica comunión, preocupación y responsabilidad común. En esta oración todos reconocemos la necesidad de superar cualquier forma de egoísmo para entrar en la alegría de la mutua aceptación.

9. Pido a los hermanos obispos, a los sacerdotes, a los diáconos —que tienen por vocación la misión de ayudar a los pobres—, a las personas consagradas, a las asociaciones, a los movimientos y al amplio mundo del voluntariado que se comprometan para que con esta *Jornada Mundial de los Pobres* se establezca una tradición que sea una contribución concreta a la evangelización en el mundo contemporáneo.

Que esta nueva *Jornada Mundial* se convierta para nuestra conciencia creyente en un fuerte llamamiento, de modo que estemos cada vez más convencidos de que compartir con los pobres nos permite entender el Evangelio en su verdad más profunda. Los pobres no son un problema, sino un recurso al cual acudir para acoger y vivir la esencia del Evangelio.



La levedad de los días

2 de noviembre de 2017

"Cuando os haya preparado sitio..., volveré y os llevaré conmigo"
(Juan 14,3)

Solo está muerto quien no es recordado

Hoy, accidentalmente, me he perdido en la hilera de los que entraban en el cementerio. Escondido en mi lugar de silencio meditativo, me he encontrado mentalmente con Juan Rulfo y su Pedro Páramo. Tenía la sensación de estar viajando a Comala, la inexplicable ciudad de los muertos, en el realismo del México mágico. Llegué a pensar que toda la fila la componíamos difuntos que parecían vivos. De estos seres ataviados con aromas del pasado, llegaban a mí voces con promesas de ultratumba no cumplidas y disimuladas en un ramo de flores al que no pocos se abrazaban.

Y, al mismo tiempo, me parecía, al estilo de la Santa Compañía o de la estantigua mesetaria, caminar en procesión, a las doce de la noche, por la tupida fraga gallega, con olor a cenizas de muerte... Hasta me pasaba por la mente San Petersburgo, la ciudad de los muertos vivientes en la literatura y las creencias populares rusas, a la vez que recordaba a Gibran Khalil Gibran con su cuento de la ciudad de los muertos... Y en este mundo de fantasías y apuntes literarios resonó en mi pasado el "recuerde el alma dormida... cómo se viene la muerte tan callando".

Y por aquello de que los muertos preguntan siempre por los vivos, por su familia..., alguien musitó en la distancia que, ahora que ya han fallecido abuelos, padres y tíos, nos ha llegado el momento...

Las circunstancias me ofrecían la posibilidad de hacer presentes a los que abrieron para nosotros los caminos de la felicidad, de reconocer que somos por los que fueron antes que nosotros, que somos herederos de unos valores, de una manera de estar en el mundo, que nuestra vida se construye sobre lo que hemos recibido de ellos. Casi nada es nuestro; somos deudores de los que nos precedieron, de los que eran parte de esta hilera que parece caminar a ninguna parte.

Y me pareció que hoy era un buen día, el mejor, para recordar, es decir, para pasar por el corazón, a los que sin salir de la fila ya están en otra hilera, caminando a otro paso, viviendo en otra ciudad, suspirando por lo que nos han dejado como precioso tesoro en herencia. Algo nuevo estaba surgiendo en esta historia nuestra que, por aferrarse a la vida, se olvida de la muerte.... Pensé que solo está muerto quien no es recordado, que la muerte está tan segura de alcanzarnos que nos da toda una vida de ventaja y que la vida de los muertos perdura en la memoria de los vivos, que decía Cicerón.

Vuelvo los ojos a mi fila... Todos los que la formaban han desaparecido. Ahora permanezco, inquieto y solo, a la puerta del cementerio, sin saber bien hacia dónde camino.

Isidro Lozano¹⁰²

¹⁰² Texto inédito para forum.com.

DON BOSCO Y LOS ARTESANOS



No cae Don Bosco, pero podía serlo. Es un salesiano que asiste a los jóvenes artesanos en su clase de carpintería. En Tierra Santa. No cabe duda que Don Bosco y la Congregación han jugado un papel muy especial en la formación de los jóvenes obreros. Cuándo nos planteamos y revisamos nuestro pasado mediante la conmemoración de los cincuenta años de la Inspección o a través de nuestro XVI Capítulo Inspectorial está bien recordar algo de lo que ha constituido nuestro mejor pasado, no para repetirlo, sino para idear el nuevo futuro.

No perdamos el Sur



Estamos en tiempo de Cuaresma. Tiempo de cercanía de Dios. Es un momento privilegiado para dar una mirada en profundidad a nuestra vida y ver por dónde está pasando Dios en este momento, o por dónde debería pasar. Al mirar nuestra vida uno contempla determinadas riquezas donde no falta Dios presente. Experimentamos la santidad de Dios. Es tiempo también para hacer presente a los demás, sobre todo a aquellos que tienen menos, a aquellos que no cuentan, a los jóvenes más pobres y abandonados. La X Asamblea de CONFER nos ha presentado un lema muy interesante que puede ayudarnos a vivir esta Cuaresma, como camino hacia la Pascua, con la mirada puesta en los más pobres: "Practica la justicia, ama con ternura, camina humildemente con tu Dios". Lo dicho, que es importante no perder el Sur.

Pascua florida



Así llamaba el lenguaje popular a las hestas pascuales. El antiguo catecismo había recogido la expresión cuando prescribía a los creyentes "cruzar por Pascua florida". Es un nombre plenamente justificado, porque la Pascua coincide con la estación en la que tras el letargo invernal, la naturaleza vive, de forma reserchita y casi inesperada, la explosión de color, formas, perfumes, vida y belleza que denominamos primavera. "Pascua florida" une en perfecta armonía la fiesta cristiana, litúrgica, y la experiencia natural, profana, que suyoce a ella. A mi me sugiere un problema que el clima de secularización de la cultura impone de forma cada vez más aguda a las comunidades cristianas y una pista -lo confieso, sólo incierta y germinal- para encontrarse respuesta.

El problema es la tensión cada vez mayor entre el ideal salvífico (la fiesta de las fiestas) y la cruda realidad que la reduce para la mayor parte de sus miembros, por presión social, por necesidad real, o por las dos cosas a la vez, a unas breves vacaciones de primavera (Juan Martín Velasco).

Bienvenido Don Pascual



"Os invito a aceptar el reto de seguir siendo significativos y adhiriendo educadores en la fe de tantos años y vidas, adolescentes y jóvenes con quienes cada día compartís vuestro tiempo y vuestra vida. La razón de ser de toda obra salesiana es ser oportuna, actual y pastoral, acompañando con generosidad y caridad a los jóvenes en su propio proceso de maduración humana y cristiana. En una sociedad, cada vez más secularizada, no podemos ofrecer cosas generalistas y sin relieve, ya no nos pide llegar hasta el fondo de nuestra especificidad: presentar la persona de Jesús a los jóvenes como la mejor noticia que podemos dárles, porque en Él está la plenitud de la vida: Cristo Hoy, hoy y siempre el Camino, la Verdad y la Vida" (D. Pascual Chávez, extracto de la carta enviada a la Inspección).

Gracias, Don Pascual



La Visita del Rector Meyer ha supuesto una bofetada de aire fresco, ante este final de curso que se avizora. En este año cincuentenario supone un lanzamiento hacia el futuro con fuerzas renovadas. Nos ha dicho muchas cosas. No es fácil asimilar en poco tiempo tantas. Con todo, hacemos lo posible por ir trabajando sus indicaciones y haciéndolas realidad. Es quedó muy contento de la visita y nosotros nos hallamos satisfechos por su presencia y animación. Como dijo el inspector en el encuentro del Rector Meyer con los hermanos: "Este año está siendo una oportunidad para la reflexión y la proyección. Nos sentimos abiertos a todo lo que nos pueda ayudar en este camino de fidelidad a don Bosco en el seguimiento del Señor Jesús. Por eso mismo agradeceremos enormemente su presencia entre nosotros, como expresión por nuestra parte de la plena comunión con el Rector Meyer y con nuestra Congregación Salesiana. El Rector Meyer sabe que cuenta con esta Inspección y los hermanos que la formamos". Gracias, Don Pascual.

La vida como eterno verano



La vida al cole suele ser un poco costosa, no digamos traumática para algunos, especialmente niños y jóvenes de nuestras presencias, que con el comienzo de las clases ven truncados sus ansias de diversión y tiempo libre. La verdad es queafortunadamente hoy el tiempo libre es una calidad que nos acompaña no sólo durante el verano, sino que podemos disfrutar algo a lo largo de todas las estaciones. Sin embargo, el tiempo de ocio, el tiempo de trabajo, es necesario para irnos construyendo como personas, para ir labrando un futuro que no se puede hacer sin esfuerzo, sin lucha, sin implicación personal. Si hubiera que resumir las cosas, diríamos que aprendemos no sólo en el tiempo escolar y de trabajo, sino también en el tiempo libre. Ambos son necesarios en nuestro desarrollo humano. De tener que escoger, yo sería partidario de un "eterno verano", sino de una "eterna primavera". ¡Feliz curso!

Los suyos no le recibieron



"Los suyos no le recibieron" (Jn 1, 11). En fin de cuentas, nosotros preferimos nuestra tierra cespesugosa a la bondad de Dios, la cual, partiendo de sí misma, podría tocar nuestro corazón, en fin de cuentas, somos demasiado soberbios para dejarnos salvar y redimir.

"Los suyos no le recibieron", el silencio de esta frase no se agota con la historia de la búsqueda de alojamiento, que nuestros movimientos representan y actualizan con tanta amor. Tampoco se agota con el llamamiento moral a pensar en los que no tienen techo en todo el ancho de la tierra y también aquí en nuestras ciudades, por muy importante que sea esa llamada. Esta frase apunta y afecta a algo más profundo de nosotros, a la causa más profunda de que la tierra no ofrece a muchos ningún cobijo o techo, nuestra soberbia cierra las puertas a Dios y de esa manera también a los hermanos.

Intentemos una Navidad diferente, algo más acogedora.

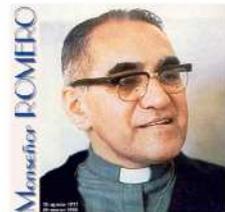
**El Rapto de Europa
Europa y la Cuaresma**



El Prelámbulo de la Constitución sometida a la ratificación popular dice lo siguiente: "Consideramos que Europa es un continente portador de civilización, de que sus habitantes, después de sucesivas oleadas desde los tiempos más remotos, han venido desarrollando. En síntesis que sostenemos el principio de la igualdad de las personas, la libertad y el respeto a la razón. Con la inspiración de los valores culturales, religiosos y humanistas de Europa, cuyos valores, aún presentes en su patrimonio, han hecho surgir en la vida de la sociedad el lugar primordial de la persona y de sus derechos individuales e inalienables, así como el respeto del Derecho..."

Esta formulación puede verse incluida en la alusión a las tradiciones religiosas. Este silencio resulta más llamativo si tenemos en cuenta tres datos: a) se han rechazado propuestas concretas y directas que solicitaban una mención expresa; b) no se puede negar la sensación de marginación que se ha hecho mención la mayoría de la democracia griega (que no se puede identificar sin más con la tradición democrática actual) y a la ideología ilustrada que no está libre de deficiencias y se manifiesta por parte de la Iglesia actual; c) en otros textos constitucionales europeos se encuentran referencias explícitas al cristianismo, lo cual significa que se dan precedentes y analogías en que podía haberse adoptado un reconocimiento expreso de cristianismo. En el artículo de la Constitución se acepta el papel social de los Iglesia. Pero se ha procurado silenciar el hecho cristiano entre los valores y elementos que identifican a Europa. ¿Qué hacer?

EL TIEMPO DE LOS TESTIGOS



En estos tiempos difíciles que vivimos el testimonio claro, fehaciente, de los testigos es una guía segura en nuestro camino de búsqueda de nuevos senderos de fidelidad al Evangelio. A los cincuenta años de su muerte la voz cada vez se oye más clara: "He sido frecuentemente amonestado de muerte. Debe decirse que, como cristiano, no era en la muerte un resurrección. Si me matan resucitaré en el pueblo salvador. Se le dijo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad.

Como padre estoy obligado por mandato divino a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadores, aun por aquellos que voyan a asesinarlos. Si llegaran a cumplir las amenazas, desde yo ofrezco a Dios mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador. El martirio es una gracia que me hace crecer. Poco si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad. Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Puede usted decir, al llegar a mañana, que perdono y perdona a quienes lo hayan.

Quisiera si se convenceran que perderán su tiempo. Un tiempo mueren, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás."